ADAM SOBOCZYNSKI

El arte de no decir la verdad



A lo largo de treinta y tres historias ejemplares, Adam Soboczynski demuestra que el arte del fingimiento, que jugaba un papel esencial en la vida cortesana, experimenta un nuevo auge en la era capitalista. En esta vida, que define como un campo minado en el que el amor es el más bello de los engaños, no hay que ser auténtico, sino fingir para parecerlo. No en vano salpican el texto las citas de ilustres moralistas como Gracián, La Rochefoucauld o Baltasar de Castiglione.

Un tipo casado que liga en una fiesta, un empleado que se busca la ruina por responder impulsivamente a un correo electrónico, un escritor fracasado, una joven historiadora del arte que pasa un fin de semana en una isla remota, un peluquero que celebra entre amigos la inauguración de su nuevo negocio o una maquetista de una revista de moda con problemas con los hombres son sólo algunos de los personajes que ilustran un auténtico catálogo de situaciones que podríamos protagonizar cualquiera de nosotros.

Hilarante, ameno y agudo, pero a la vez profundo, brillante y provocativo, corresponde al lector decidir si se toma este texto inclasificable como un retrato crítico de nuestra sociedad o como un peculiar manual de instrucciones para triunfar en ella.

«Adam Soboczynski escribe frases bonitas e inteligentes como las de antaño. Algo en el tono y en el contenido recuerda a Adorno, a Walter Benjamín y a Siegfried Kracauer, aunque con menos *pathos* y más humor».

TOBÍAS BECKER, Der Spiegel.



Adam Soboczynski

El arte de no decir la verdad

ePub r1.1
German25 17.06.15

Título original: *Die Schonende Abwehr Verliebter Frauen*
Adam Soboczynski, 2008
Traducción: Francesc Rovira

Editor digital: German25
ePub base r1.2



Y adelante el arte lo que comenzó naturaleza.

BALTASAR GRACIÁN

NOTA PREVIA

Este libro, apreciada lectora, apreciado lector, contiene treinta y tres historias que tratan de cómo desenvolverse con habilidad en un mundo en el que acechan las trampas y reinan las intrigas. El arte del fingimiento, con una tradición milenaria a sus espaldas, experimenta un retorno.

Todas estas historias ocurrieron exactamente o casi como se relatan; sólo se han modificado los nombres de las personas, en ningún caso sus rasgos ni su profesión, como tampoco el lugar en el que transcurre la acción.

1

CÓMO RECHAZAR CONSIDERADAMENTE A LAS MUJERES ENAMORADAS

Una situación peliaguda: alguien está enamorado de uno, pero uno no le corresponde. En un caso así, la cortesía obliga a proceder con delicadeza.

Pongamos que usted es un hombre. En la fiesta de cumpleaños de una vieja amiga suya, hacia la una de la madrugada, conoce a una mujer. Ya está comprometido, pero la mujer lo ignora, y usted tampoco se apresura a revelarle que sale con alguien que esa noche se ha quedado en casa por culpa de un ligero resfriado. Tiene dos motivos para ocultarle esta información: por un lado, no hacerlo sería tomado como una ofensa. Una breve mención a la persona con la que comparte su vida sería una manera tosca de dar a entender a la mujer de esa noche que se ha percatado de su interés por usted. Por otro lado, oculta su relación porque el encuentro no está desprovisto de cierta tensión incipiente que a usted, por lo menos durante las horas que dura una fiesta, le apetece saborear.

Habla del trabajo, de sus dificultades de relación con el jefe, de viajes pasados y futuros (¡Roma, Finlandia en otoño!), de si cocinar es divertido o más bien irritante, y tras la tercera copa de vino, que les ha soltado la lengua a ambos, usted y la mujer de esa noche están de un humor divertido-jovial. Observan y critican a los demás invitados. Intercambian comentarios despectivos sobre una mujer de edad madura que se muestra extraordinariamente animada.

Criticar permite medir el grado de familiaridad. El que critica expresa abiertamente sus pensamientos más bajos, y espera de ellos que sean apreciados. Esa noche, efectivamente, son apreciados: usted y la mujer se ríen juntos. De

pronto se ha hecho muy tarde, en algún lugar cae al suelo una botella de cerveza, cuatro mujeres achispadas bailan exaltadas al son de una canción hortera de los ochenta. Usted se mantiene apartado del tumulto, en un rincón solitario, y casi se produce un impensado contacto con su interlocutora, la insinuación de un beso. ¡Hora de marcharse! Tras la cuarta copa de vino, que alberga en su seno el peligro de un encuentro incontrolable, abandona precipitadamente la fiesta. Con el pretexto de tener un montón de trabajo a la mañana siguiente, se despide de su nueva amistad con un discreto abrazo mientras acuerdan encontrarse pronto para tomar un café.

Algo resultaba molesto. ¿Quizá su risa demasiado escandalosa? ¿O aquellos agresivos zapatos de punta que sugerían falta de clase? Al fin y al cabo, son siempre estas nimiedades las que acaban decidiendo en cuestión de amores. Aunque quizá se trataba sencillamente del temor mezquino a las complicaciones que traen consigo las aventuras amorosas, a la confesión que, tarde o temprano, no habría podido evitar: efectivamente, usted ya está con alguien, aunque, bueno, ¡faltaría más!, tampoco tiene nada contra un romance sin compromiso. Ah, pero habría que hablar. No le gusta hablar de una relación antes de que empiece. Después de todo, seguramente los zapatos no han tenido nada que ver.

Dos días más tarde, naturalmente, llega su SMS: «¿Un café? ¿Hoy? ¿O mejor mañana?». Redactado con intencionado buen humor. ¿Qué hacer? Nada, será lo mejor. No reaccionar. Aunque… no responder justo después de la fiesta… no puede ser. Mejor: ganar algo de tiempo. Así que responde: «Encantado, pero ahora demasiado ocupado. Escribo próxima semana. ¡Besos!».

Al cabo de una semana, no escribe nada de nada. Un modo ejemplar de cortar el contacto. Ahora, la rechazada tiene una mala opinión de usted. Ya contaba con ello, pues aquel que pretende rechazar a la enamorada con delicadeza debe dar cuanto antes la impresión de ser una persona de poco fiar, y sobre todo de ser una persona enormemente difícil. Difícil, no malvada, naturalmente… ¿Quién sabe si la enamorada volverá a encontrarse alguna vez con usted? ¿O si, mediante calumnias, intentará dañar su reputación?

Rechazar consideradamente a las mujeres enamoradas jamás debe perjudicar al rechazador. Se trata más bien de conseguir con maestría que las enamoradas crean que son ellas las que han perdido el interés por uno. Tratar a las mujeres enamoradas con delicadeza significa hacer brotar en ellas el autoengaño.

Por otro lado, resulta particularmente enojoso el caso en que, por culpa de una lacónica retirada, a uno se le atribuye cierta aura de misterio; el caso en que

las mujeres, debido al presunto carácter complicado de uno, se sienten atraídas por él y lo quieren curar, motivo por el cual escriben un segundo e incluso un tercer SMS de no menos excelente humor. En este caso, lo único que da resultado es un obstinado silencio.

Sin embargo, como es de suponer, en esa fiesta no todo el mundo es tan prudente como usted. La mayoría, tras la cuarta copa de vino, hace lo posible por abandonarse al viejo juego de los cuerpos. Entonces, a lo sumo unos pocos días tras el primer encuentro, en algún dormitorio sonará de fondo una música suave. Y a la mañana siguiente alguien se sentará a la mesa de la cocina, mirará por la ventana, removerá su taza y fingirá estar de un humor excelente. Y presentirá que, tras una tórrida noche de amor, volverá a ser objeto del deseo. En estos casos, resulta muy socorrida la argumentación, tan manida, de que no se está preparado, que la última relación ha sido tormentosa y traumática, que sencillamente todavía no se ha superado, no se ha recobrado el equilibrio, y que las heridas del alma, aún sin cicatrizar, impiden brotar al nuevo amor, por otro lado tan maravilloso. En ese momento, hay que poner ojos tristes y encogerse de hombros. También se puede mostrar cierto desconcierto. Al menos a algunas enamoradas, eso las desalienta. A otras no.

Existen las enamoradas pertinaces. Las enamoradas pertinaces inquieren el verdadero motivo de la falta de amor; las enamoradas pertinaces, las muy infelices, presienten que uno miente. Pero ¿y si es el aspecto externo lo que no nos es del todo satisfactorio? Resulta impensable responder que la culpa es de la edad, del exceso de kilos, de la piel desagradable de la mujer enamorada. En un caso así, hay que responder siempre con evasivas, mostrando un enorme desconcierto, alegando que cuesta expresar en palabras las cuestiones de amor. Lo que, bien mirado, es completamente falso, pero constituye una afirmación cuya plausibilidad goza del asentimiento general.

Sólo a los bárbaros, los dictadores y los jeques puede no importarles cómo rechazar consideradamente a las mujeres enamoradas. Todos los demás, presten atención: el amor no correspondido sólo se extingue mansamente cuando la enamorada cree, erróneamente, que se ha dejado engañar por la primera impresión que se ha llevado de su enamorado.

2

CONTROLAR LOS ARREBATOS

Los arrebatos incontrolados, ya sean de alegría o de cólera, deben evitarse casi siempre. Exponen nuestras intenciones y nuestras debilidades al oponente. El carácter exaltado es propenso a cometer errores; el pensamiento frío es la base de la inteligencia.

A menudo, el destinatario de un correo electrónico impertinente se enfada con razón. El impulso de responder inmediatamente con un correo todavía más impertinente es enorme. En este caso, lo primero que hay que hacer, en lugar de precipitarse sobre el teclado hecho un basilisco, es tranquilizarse.

Los correos insolentes se suelen camuflar bajo la apariencia de exigencia legítima: «Apreciado señor Walter, tal como acordamos, aquí tiene mi cuenta de gastos correspondiente al viaje a Roma. Agradecería se me abonara una transferencia en el menor plazo posible. En breve le haré llegar los comprobantes. Atentamente, Hans Strass».

El señor Walter, empleado en una prestigiosa agencia inmobiliaria, había encargado al señor Strass, trabajador por cuenta propia, que viajara a Roma con el objetivo de vender dos inmuebles. Su jefe le había rogado insistentemente que, dado que la empresa se encontraba en una situación financiera algo delicada, organizara un viaje económico. Por ello, el señor Walter había acordado con el señor Strass una estancia de tres días con alojamiento en un hotel de dos estrellas.

¡Menudo susto se llevó el señor Walter al abrir el archivo adjunto con el listado de los gastos! En lugar de tres, el señor Strass había pasado siete días en

Roma, y además alojado en el Grand Hotel Parco dei Principi, frente a los jardines de Villa Borghese. El señor Walter, temiendo el rapapolvo de su jefe, visualizó al señor Strass en su cabeza: repantigado en el jacuzzi mientras sorbía un cóctel con una sonrisa irritante en el rostro, haciendo subir mujeres jóvenes a su habitación y fumando grandes puros en el vestíbulo del hotel. Así que el señor Walter, corroído por envidiosos pensamientos sobre la Ciudad Eterna, se precipitó sobre el teclado hecho un basilisco: ¿con qué derecho se permitía el señor Strass semejante desfachatez? En primer lugar, las facturas no se enviaban por correo electrónico, sino por correo postal y acompañadas de los correspondientes justificantes. Dejando esto de lado, que ni se le pasara por la cabeza que nadie de la respetable casa le abonaría aquella suma exorbitante.

¡En ese momento, el señor Walter no podía saber que, en Roma, el señor Strass, haciendo gala de sus magníficas habilidades negociadoras, había cerrado unos contratos de compraventa extremadamente ventajosos! En su fuero interno, el jefe estaba tan admirado que había decidido no sólo ofrecer al señor Strass un contrato fijo, sino convertirlo en uno de sus más estrechos colaboradores.

Los correos hostiles casi siempre se reenvían. Por norma general, al jefe. Y así fue también en nuestro caso. Unos minutos más tarde, el jefe, un hombre robusto en la cuarentena, se abalanzaba sobre el señor Walter con el rostro encendido de ira: ¿se había vuelto loco? ¡Importunar de ese modo al amable señor Strass por un par de euros! ¿Quién se había creído, para darse aquellos aires? ¿Es que él, el jefe, tenía que encargarse personalmente de todos los asuntos del negocio?

El señor Walter, agitándose alterado en su silla, palideció: ¿qué había hecho mal? El jefe no respondió, hizo un gesto despectivo con la mano, sacudió la cabeza y, dando un portazo, abandonó el despacho con todo el aspecto de estar disgustado.

¡Qué mal durmió el señor Walter las noches siguientes! Haber perdido la simpatía del jefe de aquella manera se le hacía insoportable. Desde que su hija se había ido de casa y su mujer había fallecido, la agencia era para él como un elixir de vida en medio de una existencia, por lo demás, poco dada a las alegrías. ¡Cómo habían cambiado los tiempos!, reflexionaba a menudo el señor Walter durante esas noches mientras daba vueltas cansinamente en la cama. Antes, cuando aún estaba el viejo, el padre de su jefe actual, el mundo guardaba un orden. Ciertamente, el padre tampoco tenía un carácter fácil y solía beber a escondidas, lo que le confería un humor voluble, pero en aquel entonces todavía

valía el principio la palabra es de oro. El viejo nunca habría tergiversado los hechos de un modo tan burdo («¡un par de euros!»), nunca le habría humillado de aquella manera.

Resulta fácil advertir que el señor Walter cometió dos errores graves. No sólo no contempló la posibilidad de comentar primero discretamente con su jefe la contrariedad que suponía una factura excesiva, sino que además, no pudiendo reprimir su arrebato, se había precipitado a contestar el correo irreflexivamente. Sin duda alguna, su respuesta rezumaba una vieja antipatía hacia el señor Strass, a quien había conocido unos meses atrás durante una cena de la asociación de las agencias inmobiliarias de la ciudad. Esa noche, el señor Strass, un hombre joven y alto, se había mostrado muy locuaz. Se le oía contar todo tipo de anécdotas y, más tarde, cuando la reunión empezaba a disolverse, él seguía charlando familiarmente con el jefe en la barra, tal como, no sin inquietud, pudo observar el señor Walter.

El correo del señor Strass era una trampa evidente que el señor Walter habría podido evitar fácilmente. Hay un principio que siempre se cumple: una frase que ha sido pronunciada o escrita ya no se puede retirar; en cambio, el que se muerde la lengua y controla sus emociones se deja puertas abiertas. Si el señor Walter hubiera reflexionado unos instantes, con toda seguridad su respuesta habría sido distinta. Por ejemplo, así: «Apreciado señor Strass, muchas gracias por su correo. ¡Espero que, aparte del trabajo, haya podido disfrutar de algunas horas de ocio en Roma! Tras examinar su hoja de gastos, he advertido que éstos han sido más elevados de lo acordado. Si me pudiera explicar brevemente el motivo de ello le estaría enormemente agradecido. Atentamente, y en la esperanza de que volvamos a coincidir en breve, Heinrich Walter».

En este caso, el señor Strass habría tenido que dar explicaciones. Seguramente le habría respondido al señor Walter que precisamente en esas dos fechas en las que tenía lugar el viaje había sido imposible encontrar habitación en ningún hotel de dos estrellas. Entonces, con una pequeña investigación, el señor Walter habría tenido ocasión de comprobar que en los dos días en cuestión habría sido perfectamente posible, de hecho habría sido de lo más sencillo, encontrar un alojamiento económico. Se lo habría escrito al señor Strass con la más exquisita cortesía, aunque sin esconder una ligera irritación.

En definitiva: a medida que se hubiera desarrollado ese intercambio de correos, el señor Strass se habría sentido cada vez más abochornado. Con un poco de suerte, pronto habría reaccionado con ofuscación y, en vista de su

escasez de reservas financieras, habría exigido con intransigencia la suma reclamada y, una mañana en la que se hubiera levantado con mal pie, habría escrito un correo al señor Walter en el que le habría instado a «ahorrarle de una puta vez aquellas minucias». El señor Walter se habría tomado su tiempo, habría impreso el intercambio de correos, se lo habría mostrado a su jefe y habría expuesto humildemente que no era su intención hablar mal de los colaboradores externos, pero que había surgido un problema cuya solución requería su consejo.

¡Qué sencillo habría sido darle la vuelta a toda esta historia sólo con que el señor Walter no se hubiera alterado tanto!

Aquel que no es capaz de controlar sus arrebatos, deja su interior al descubierto y se vuelve muy vulnerable. Esto no significa que no podamos mostrarnos enojados o tristes. Enfurecerse certeramente para intimidar a un oponente es una práctica de lo más habitual. Pero jamás debe hacerse por correo, ya que, como todo el mundo sabe, los correos se suelen reenviar. En cambio, irrumpir de vez en cuando en el despacho de un compañero susceptible para llamarle la atención con desmesurada violencia sobre algún error o algún pequeño descuido puede resultar útil para ganarse un poco de respeto.

Todo un arte, mostrarse premeditadamente airado en público, por ejemplo durante una reunión. En este caso, deberemos defender nuestro punto de vista con una vehemencia tal que los presentes crean que la ira nos perjudica más que nos ayuda. Nos lo podemos permitir de vez en cuando, siempre que con ello transmitamos la imagen de ser una persona muy nuestra y con las cosas muy claras. Nuevamente, esta estrategia exige un grado tan refinado de fingimiento que sólo es recomendable para los expertos en dicho arte.

3

FINGIR

Hemos dejado atrás dos historias que nos han ilustrado el hecho de que nos pasamos la vida actuando, teniendo que actuar, para expresar deseos, pensamientos y anhelos que en realidad ¡son fingidos! Y todo para tratar a los demás con delicadeza, para que en el futuro no nos perjudiquen y para tomar ventaja frente a nuestros competidores. Para ello, nos servimos del cuerpo y del lenguaje, frágiles herramientas que ponen al descubierto que desde que nos asomamos a este mundo una grieta nos recorre; que estamos escindidos en un interior espiritual y un exterior corpóreo; que queremos ser auténticos y, como mucho, lo parecemos. Nunca somos del todo nosotros mismos; la Creación, desde que caímos en el pecado original, es puro teatro. «Ser veraz», ya lo dijo el filósofo, significa simplemente «mentir según una convención establecida, mentir borreguilmente en un estilo obligatorio para todos».

Fingir es ocultar las intenciones, los rasgos del carácter, las opiniones. El amable saludo a un compañero de trabajo que no nos cae bien, el mismo que en la oficina siempre sonríe con suficiencia y se cree sin motivo alguno superior a nosotros, ya es, en rigor, fingimiento. Hay días en que le daríamos una bofetada. Pero no lo hacemos. Cuando despreciamos a alguien, lo saludamos si cabe con mayor amabilidad. Sin la buena educación, que amortigua nuestras pasiones y transforma la vida cotidiana mediante leves mentiras, sin la represión de los instintos, sin la obligada distancia, seríamos tan abiertamente peligrosos como sólo lo son los animales. Resulta asombroso comprobar hasta qué punto nuestra convivencia está impregnada del obstinado autocontrol de todos nosotros, o,

mejor dicho, hasta qué punto este autocontrol la hace posible. Y con qué facilidad la mayoría de personas consiguen, a pesar de todo, creerse seres morales. En este autoengaño, lo que se finge es el propio fingimiento.

Hace algún tiempo, se observó que el arte del fingimiento experimenta un auge cada vez que una época de crisis golpea al hombre. En otro tiempo los cortesanos revoloteaban con ahínco alrededor de los príncipes, como polillas alrededor de la luz, y lo que hoy llamamos *mobbing* era práctica habitual: se daban codazos los unos a los otros, se ridiculizaba al contrario, se buscaban con empeño sus puntos flacos; todo para no sufrir en carne propia el declive social. Igual que ocurre hoy en día en cualquier departamento de ejecutivos, en cualquier empresa mediana, en cualquier colectivo de profesionales liberales, en cualquier comercio, en cualquier brigada de limpieza.

La vida pacífica sólo se puede alcanzar viviendo en un país próspero que no conozca triunfadores y perdedores. Algunos lo llegaron a experimentar: hijos de un asombroso crecimiento económico, estudiaron hasta que se les encanecieron las sienes, discutieron sobre Trotski hasta quedar afónicos, intercambiaron parejas hasta que la libido se agotó. Entonces se refugiaron en las apacibles orillas del funcionariado y el matrimonio para engendrar algún que otro retoño.

En las cocinas de los pisos compartidos había que ser auténtico. En ellas alcanzó su cénit la gran eclosión de la psicología que habían cultivado los siglos burgueses. Alrededor de las mesas salpicadas de cera, tras satisfactorios juegos amorosos, se discutía sobre el orgasmo femenino y sobre cómo éste se vivía a la vista del patriarcado, aún no del todo superado. ¡Menudo triunfo sobre los recatados padres: finalmente se podían desnudar con voz afeminada los más sutiles recovecos de la mente!

Algo parecido cuentan algunos alemanes de la RDA cuando recuerdan con vaga melancolía la amabilidad que en otro tiempo brotaba en cada esquina de cada fachada desconchada. ¡Con qué naturalidad se ayudaban unos a otros con raras piezas para sus automóviles destartalados! Y, en los bares, ¡los obreros se sentaban en la barra junto a los catedráticos, y todos vivían en el mismo edificio!

Aquel que entre hoy en día en uno de esos acogedores bares en los que suena de fondo una música suave puede aún vislumbrar restos del antiguo culto a la autenticidad. Hombres y mujeres, sentados con empalagosa intimidad bajo la luz mortecina, exploran minuciosamente los entresijos del alma humana. Somos la última generación que todavía podrá vivir por un breve espacio de tiempo del milagro económico de sus abuelos.

La vida de esos hombres y mujeres había transcurrido como una larga tarde de domingo. Crecieron en los años ochenta, la década más aburrida del siglo, como se ha dicho con acierto: Nicole cantaba en Eurovisión por un poco de paz y Boris Becker jugaba un poquito al tenis. Pero, hoy, aquel que escuche atentamente conversaciones en los dormitorios equipados con estanterías Billy como un espectador que entra en ellos distraídamente, escuchará y contemplará de nuevo el viejo juego del fingimiento.

Naturalmente, el fingimiento nunca desapareció del todo. Forma parte de la naturaleza del hombre, como cortarse las uñas o caminar erguido. Sólo que, dado que el porvenir parecía perfectamente previsible, durante un tiempo no valió la pena intrigar.

Ahora, como antaño, lo que realmente importa es qué vestir, qué camiseta tiene más estilo, con qué coche lucimos más; pero aquel melancólico buen humor se ha agotado, y desde luego no sólo en esta generación: el estrés, el móvil que suena incluso en plena noche, el quinto contrato de prácticas consecutivo y todavía ningún trabajo decente en perspectiva… Demasiado poco tiempo, dicen los triunfadores. Otro traslado, dicen los que se ven superados. Vamos de ciudad en ciudad, cambiamos de trabajo, ascendemos de categoría, descendemos de nuevo, colaboramos en proyectos que cambian, con equipos que cambian, a las órdenes de jefes que cambian, y comprobamos sesenta y siete veces al día nuestro correo electrónico. La movilidad es frenética, la competencia feroz, pero el fingimiento resplandece por doquier: el mundo nunca ha sido tan amable, raras veces ha venido envuelto en tan dulces palabras. El colérico pertenece al pasado; el futuro es de los seductores.

En tiempos de convulsión social hace su aparición estelar el artista del fingimiento. Pasaron de moda los grandes burgueses que posaban en arrugados álbumes de fotos con traje de tres piezas y monóculo, así como los obreros de porte orgulloso, majestuosamente erguidos frente a enormes máquinas, con las mangas remangadas, armados para la lucha de los cuerpos; pasó de moda la certeza de un empleo fijo en el sentido clásico.

Nadie se rebela. No se amotina el empleado, tampoco el profesional liberal ni el autónomo económicamente dependiente. Sólo las clases más desfavorecidas se arrastran de vez en cuando por las calles de la capital, en grupos dispersos y desolados, armados con pancartas deshilachadas, silbatos y aliento a alcohol. ¿Rebelarse? Eso pertenece al pasado. ¿Rebelarse contra quién? ¿Contra el jefe que atiza con el látigo a los empleados? ¿Deberíamos entrelazar los brazos y

derribarlo? Impensable: ya no existe el jefe contra quien dirigir la ira; ahora es la persona más amable del mundo. Además, no existe ningún Nosotros. Existe el Yo, el Yo acorazado que lucha hábilmente por su carrera. El enemigo ya no se sienta arriba; arriba ya sólo está el cielo. El enemigo se sienta al lado, en la misma planta llena de mesas de oficina. Es lo que se llama jerarquía plana.

¿Cómo hay que comportarse para imponerse? Siempre con una sonrisa. El hombre versátil de nuestro tiempo no hace jamás lo que finge hacer. Se comporta como el camaleón: adopta el color de la piedra sobre la que reposa.

El hombre de hoy en día, se dice, es rápido de reflejos, no tiene ataduras con el lugar en el que se encuentra y tiene capacidad de adaptación. Conceptos muy acertados, sin duda. Se trata de conceptos propios de la vida aristocrática, de cuando el cortesano era enemigo de todos los demás cortesanos, labraba su carrera con ahínco o rivalizaba por una conquista amorosa. En la corte ya no era el caballero de antaño, que luchaba con lanza y espada; ahora, sus armas eran las palabras atinadas y los gestos maliciosos. Igualmente, hoy ya nadie profiere eslóganes en el matadero de la calle, sino que se camufla en su vida diaria detrás de la amabilidad.

El padre del arte del fingimiento, el sombrío jesuita Baltasar Gracián, conocía perfectamente el engaño, la adulación y el hablar a espaldas de los demás que caracterizan nuestros días. Y de eso hace trescientos cincuenta años. Él y otros moralistas contemporáneos suyos nos acompañarán de vez en cuando en nuestras historias. Estos pensadores no pretendían hacer progresar moralmente al ser humano, sino únicamente desenmascararlo; no pretendían mejorarlo, sino sólo comprender su red de coordenadas moral; no pretendían refinarlo éticamente, sino enseñarle a comportarse con astucia.

Y eso mismo pretendemos nosotros. Para el hombre de nuestro tiempo. Pues si el mundo era duro entonces, duro sigue siendo hoy en día: basta echar un vistazo alrededor.

¿Qué es la vida? Un campo minado.

¿Y el fingimiento? La condición necesaria para nuestra ascensión.

¿Y qué es el amor? El más bello de los engaños.

4

MOSTRAR INTERÉS

¡Cuánto anhelamos captar la atención! A menudo el que se convierte en centro de la conversación se gusta enormemente a sí mismo. Pocas cosas satisfacen más nuestra vanidad. Sobre todo en aquel que consigue cautivar a su público hasta el punto de que gusta a los que le escuchan por su narcisismo. Sólo entonces éstos muestran atención e interés hacia el que habla. Se olvidan de sí mismos y, como dice la bella expresión, beben de sus palabras. Y esto nuevamente complace mucho al narrador, que sabe perfectamente que gustarse a sí mismo sirve de bien poco si no se gusta también a los demás. Y lo mismo se puede decir en sentido inverso: el que quiere adular al narrador, lo escucha atentamente.

Y hacerse escuchar atentamente es lo que hace una mujer durante un paseo a orillas del Rin. Es el primer día cálido del año: los patinadores se aventuran a salir con sus patines en línea y pasan de largo junto a la pareja de paseantes. La mujer observa algo absorta un barco de pasajeros que avanza parsimoniosamente río abajo.

La mujer, que es cirujana, tiene el día libre. Los últimos días han sido agotadores: dos apendicitis, un aneurisma con complicaciones, y luego la historia con el enfermero. ¡Qué bien que hoy haya podido convencer a su viejo y buen amigo para salir a pasear un rato!

Para simplificar, pongamos que el viejo y buen amigo se llama Andreas y la mujer Maria.

Se conocen de la época de la universidad. Andreas sigue trabajando en su

doctorado aún inacabado sobre los merovingios. En aquellas semanas llenas de privaciones que, como siempre, pasaba inclinado sobre un montón de fotocopias, asqueado por la desagradable maleza de las notas a pie de página de la bibliografía académica, víctima del síndrome de la página en blanco, Maria, que aún estudiaba, llamaba algunas noches a la puerta de su pequeño apartamento y traía consigo unas cervezas. Se las bebían juntos en la cama. También tenían patatas fritas y vídeos: todos los Bond que se podían conseguir. A Andreas le gustaba eso de beber cerveza en lugar de vino. Algunas noches, ella se quedaba dormida como un tronco y él, fumando un último cigarrillo junto a la ventana, descubría con cierta sorpresa que ya despuntaba el día. Le gustaba quedarse despierto mientras Maria dormía. Posaba complacido la mirada en sus párpados, ligeramente agitados en medio del sueño.

Han pasado ya algunos años de todo aquello. Entonces, a los dos el mundo se les aparecía, al menos a veces, como un mar de posibilidades. Nunca habían salido lo que se dice juntos. En aquellos años de grandes ambiciones juveniles, se consideraban demasiado distintos. Era eso y nada más, pero tampoco nada menos: una idealización de la vida cotidiana incitada por el ansia de diversión. Cuando Maria se enamoró de otro hombre, ambos acordaron transformar su relación en una amistad sin mayores complicaciones. «Ahora sí que estoy enamorada de verdad», decía ella con orgullo.

Y mientras Andreas se enterraba cada vez más en su doctorado, que hasta el día de hoy financia gracias a una plaza como asistente universitario en el Instituto de Historia, Maria, tras finalizar la licenciatura, se dedicaba con perseverante pasión a su carrera. ¡Aún no había cumplido los treinta y ya era médica adjunta! Nadie podía quejarse; tampoco sus padres, que con motivo de la noticia le habían regalado un Volkswagen Polo, lo que a Maria le había parecido un tanto ridículo, puesto que precisamente entonces ya se podía permitir ella pagarlo a plazos.

¿Por qué contamos todo esto? Porque, secretamente, Andreas desea a Maria más de lo que se le suele suponer a una simple amistad. Aquellos párpados agitados a la luz del amanecer se le habían quedado grabados a fuego. Desde que acordaron evitar todas las muestras de cariño que iban más allá de una relación de amistad, Andreas no desea otra cosa que esas muestras de cariño. Hace mucho tiempo que espera la ocasión idónea para devolver la relación a su antiguo estado más apasionado.

Andreas presiente que hoy puede ser el gran día. Maria está confusa, el

mejor de los escenarios. Entrecortadamente, gesticulando, recorriendo la orilla a paso lento, habla de su novio, médico como ella (aunque en otra clínica), de lo fiel y atento que es, de que quiere tener hijos, es cariñoso y le gusta cocinar. Lo ama. Hasta cierto punto, al menos.

Todo eso ya lo sabe, dice Andreas. ¡Suena maravilloso! ¿Cuál es el problema entonces?

—¿El problema? —María suelta una carcajada de desesperación—. ¡El problema es el enfermero!

—¿El enfermero? ¿Qué enfermero?

—¡Es tan embarazoso! —exclama Maria, llevándose las manos a la cabeza y ruborizándose. Entonces cuenta el terrible lío. Al principio, todo se limitaba a algunas miradas furtivas y a algún que otro contacto cuando el enfermero le alcanzaba los instrumentos médicos en alguna intervención. Aquello dio paso, primero, a los inevitables encuentros en la cantina, donde comían juntos escalope empanado con patatas fritas, luego a la breve y aún completamente inocente cerveza tras una guardia compartida, y finalmente al súbito retorno a los largamente olvidados arrebatos de la juventud, que empezaron con la exploración frenética de los diversos trasteros de la clínica durante pausas que programaban de mutuo acuerdo.

¿Qué debía hacer? ¿Confesarlo todo y acabar con aquella aventura? ¿Dejar a su novio? Todo era tan confuso: aquí la seguridad, allá la tremenda excitación… ¡Ni siquiera conseguía concentrarse durante las incisiones de filigrana que le exigían las operaciones complicadas!

Alguien podría pensar que, frente no a uno sino dos competidores masculinos, Andreas no tiene ninguna posibilidad. Es justo lo contrario. Andreas supone, con toda la razón, que tanto el novio como el enfermero ya han peleado bastante. Sin que ellos tengan ninguna conciencia de ello, el enfermero es para Maria la prueba del aburrimiento de su novio, y su novio es la prueba de la poca solidez de la vida del enfermero: no sólo es que gane muy poco dinero, es que el simple hecho de llevarlo a una fiesta resultaría impensable. Maria se avergonzaría de la simplicidad de sus pensamientos.

Pero todo esto, aunque lo piense, Andreas no lo dice. Escucha a Maria con atención, pone cara pensativa, fuma un cigarrillo y de vez en cuando, cuando quiere que ella le precise algo, le hace alguna pregunta. De este modo, consigue que el conflicto salga a la luz en toda su crudeza. Desde luego, no cae en el error de criticar a uno de los competidores, ni tampoco a los dos. Al contrario: si bien

tímidamente, elogia, por un lado, el bello apasionamiento de la aventura amorosa («¡Qué emocionante!»), y por otro la sólida serenidad de su pareja («¡Un tipo de lo más agradable!»). De este modo, provoca la réplica de su vieja y buena amiga, que se lamenta de los apáticos e interminables domingos con su novio («Últimamente jugamos a cartas… ¡y a mí ni siquiera me gustan las cartas!»), para quejarse luego del enfermero, que se ha dedicado a contar su conquista a los cuatro vientos. En todo caso, los compañeros no paran de pinchar a Maria con las bromas más repugnantes («¿Vas a que te pongan la inyección?»).

Si lo piensa un poco, afirma Maria, el dichoso enfermero, que por cierto es muy guapo, no es más que una aventura de transición anticipada. Nada más.

Sólo en este momento, en el que el juego parece casi ganado, Andreas pasa de su actitud comprensiva al ataque. Señala hacia un lujoso pabellón de ladrillo rojo, situado sobre una pequeña colina, resplandeciente al sol de la tarde, donde hace poco han abierto un bar.

A la segunda cerveza, los viejos y buenos amigos charlan de los viejos buenos tiempos («¡Qué días más locos, aquéllos!»). A la tercera, la conversación se pone momentáneamente seria cuando Maria pregunta por el doctorado a Andreas, quien, en una interpretación extremadamente benévola de los hechos, lo describe como cercano a su fin. A la cuarta cerveza, Maria cae en la cuenta de que, en las últimas semanas, Andreas ha adelgazado bastante («¡Te sienta de maravilla!»).

Como colofón del día, Andreas propone alquilar una película. Tras una breve vacilación (no por la existencia de una duda, sino como pausa dramática), Maria responde:

—¡Venga, por qué no!

Unas horas más tarde, Andreas, fumando un último cigarrillo junto a la ventana, descubre con cierta sorpresa que ya despunta el día. Le gusta quedarse despierto mientras Maria duerme. Posa complacido la mirada en sus párpados, ligeramente agitados en medio del sueño.

Y así es como el mostrar interés y el escuchar con paciencia vencen sobre la charla irreflexiva. Los demás, envidiosos, se burlan del que muestra un absorto interés tildándolo de «amigo de las mujeres». Sin embargo, el que acierta en su proceder, evidentemente, es aquel que jamás infravalora la vanidad del que habla. Lo que más detesta el que habla es percibir que su interlocutor, en lugar de beber de sus palabras, está pensando ya en lo que va a replicar. Sólo cuando éste muestra una atención incondicional, el narrador cae en la trampa de abrirse

completamente.

5

PARECER AUTÉNTICO

Rehuimos al estratega que no consigue disimular su estrategia y al mentiroso que no maneja bien la mentira. Nos reímos con desprecio del mago cuyo doble fondo descubrimos. Siempre y en toda circunstancia, la cuestión radica en dominar el arte del fingimiento.

No hace mucho, un hombre joven se enfadó porque una compañía aérea del sur de Europa anunciaba en su folleto que en sus aviones se podía disfrutar de un «ambiente íntimo y acogedor». Lo leyó durante un vuelo de Zagreb a su ciudad. El avión iba hasta los topes. Delante de él vibraba nerviosamente el asiento de un compañero de viaje; a su izquierda, una mujer sudorosa de considerable corpulencia se reclinaba sobre su hombro; a la derecha, gracias a Dios, se sentaba un asiático delgaducho, que sin embargo respiraba con desagradable dificultad por culpa, según le pareció a nuestro hombre, de la falta de espacio. Sólo quienes procuraban escrupulosamente no moverse de su pequeño habitáculo conseguían sobrellevar mínimamente el viaje. Una ligera inclinación para rascarse la pantorrilla podía convertir la delicada y armoniosa estructura del propio cuerpo en un galimatías.

Así pues, los pasajeros viajaban a bordo de un minúsculo Boeing en el que se habían colocado, sin duda para bajar los precios, tantos asientos como había sido posible. Antes del despegue, la sonriente tripulación cogía el equipaje de mano y lo llevaba a la bodega de carga, ya que, como se pudo comprobar enseguida, no había ningún compartimiento sobre los asientos de los pasajeros. Tal como indicaba el folleto, no se habían quitado por ningún servicio especial. Se había

hecho para «descongestionar a los viajeros».

El joven relataba todo esto con voz temblorosa, añadiendo que lo que le sacaba de quicio era que el mensaje del anuncio contrastara tan descaradamente con el producto. Era un hecho, contaba, con el que estaba familiarizado, ya que era portavoz de prensa de una gran marca de coches alemana. Pero la publicidad que utilizaban ellos era mucho más sutil… Y además, era divertida. Una empresa sólo consigue caer bien si no se toma demasiado en serio. «¡Hay que hacer reír a la gente!», declaraba el portavoz de prensa, añadiendo que, sobre todo en el cine, la publicidad había alcanzado tal calidad que a menudo la película terminaba resultando decepcionante.

Toleramos pacientemente, a veces incluso con placer, las desvergonzadas mentiras de los anuncios luminosos, de los spots televisivos o de las ventanas emergentes de nuestro ordenador, aun sin creernos una sola palabra. Pero lo que permitimos a las marcas que se alaban, lo despreciamos en nuestros congéneres.

«¡No es nada auténtica!». Esta frase, pronunciada con vehemencia, no resulta precisamente halagadora. Anja, una mujer en la mitad de la treintena que charla en un café con una amiga un poco mayor que ella, acaba de expresarse de este modo a propósito de su jefa y sacude la cabeza con desprecio. Es otoño, las hojas cubren las calles, pero gracias a las estufas exteriores que ocupan la acera, las dos amigas sólo sienten un ligero frío alrededor de los tobillos. Y como de vez en cuando el sol atraviesa la espesa capa de nubes, las dos mujeres han dejado sus grandes gafas de sol entre los cafés, al alcance de la mano.

Anja trabaja en un instituto demoscópico y tiene que hablar mucho por teléfono. Hacer preguntas sobre esto y aquello. Qué partido saldrá elegido el domingo, qué valores son importantes para la gente, en qué franja horaria hacen sus compras… Ese tipo de cosas.

Hace unos días, durante la reunión semanal, se planteó a la jefa que últimamente había cada vez menos trabajo. Que entre las empleadas, pues no hay ni un solo hombre en toda la oficina, se extendía la preocupación de que el instituto quizá no fuera demasiado bien. La jefa, nada dueña de sí misma sino, como todas pudieron observar, con mano temblorosa, esbozó una sonrisa ausente y argumentó que sólo se trataba de una disminución momentánea de los encargos, que no había motivo para que nadie se inquietara por su puesto de trabajo. La jefa, a quien gustaba recibir en el instituto con vestido ceñido y sonrisa confiada a políticos y hombres de negocios, se ruborizó tras su respuesta algo entrecortada. A nadie sorprendió que tan sólo dos días más tarde circulara el

rumor, en absoluto infundado, de que por motivos estructurales había que despedir a tres personas.

Tras escuchar el relato de la más joven, la amiga de más edad se mostró indignada:

—¡No jodas! ¡Qué falsa, la tía!

—Y que lo digas —dijo Anja, acariciándose fugazmente la larga cabellera con la mano derecha—, no es nada auténtica.

Luego añadió que ella era una de las tres mujeres que debían abandonar la empresa. La mayor reaccionó con estupefacción y le cogió la mano a Anja, por cuya cabeza desfilaban un montón de recuerdos. Bien mirado, la jefa siempre se había mostrado distante y falsa, con todas aquellas risas forzadas y aquellas bromas impostadas. Le vino a la memoria la entrevista de trabajo, en la que la jefa había cantado las excelencias de la empresa y había hablado de grandes oportunidades de promoción. Y recordó la frase que cada día, tras la breve reunión matinal, les soltaba la jefa: «¡Y ahora, chicas, al trabajo!». Siempre había sonado artificial, no conseguía motivar a nadie.

¡En fin, si la jefa, cuya esforzada carrera le había surcado el rostro de profundas arrugas que no la desfavorecían en absoluto, hubiera pronunciado un emotivo discurso sobre las dificultades que atravesaba la empresa, mostrando su enorme desolación! En ese caso las empleadas habrían reaccionado con respeto y consideración. Se habrían automotivado. Se habrían preparado para los malos tiempos.

A partir de aquí, cualquiera con un mínimo de experiencia en la vida puede prever qué sucede a continuación: la nada auténtica jefa ha perdido su credibilidad. Algunas de las telefonistas, precisamente las más motivadas, envían el currículo a otras empresas. Las demás, con los nervios a flor de piel, pues se ha desatado la envidia generalizada, la guerra de todas contra todas, solicitan la baja por enfermedad cada dos por tres. El presidente de la junta directiva, de quien la jefa es subordinada, se pregunta no sin motivo si ésta no se habrá visto desbordada por el trabajo. ¿Cómo se explica, si no, tanto alboroto en su instituto?

Tan sólo medio año después, la misma jefa que lo ha sacrificado todo por su carrera está sentada en su enorme *loft* y no alcanza a entender su propio despido; frente a ella, un puñado de facturas que no puede pagar. Sola, bebe un gin-tonic tras otro y llama sin parar a su ex, pero el muy cerdo no coge el teléfono.

Bueno es aparentar una actitud natural y resultar convincente. Ya lo sabía el

diplomático Baltasar de Castiglione cuando escribió hace quinientos años un libro llamado *El cortesano*. En las cortes de todo el mundo, el cortesano aprende a practicar la esgrima, a mantener sutiles conversaciones, a empolvarse bien la cara y a seducir a las mujeres. Todas estas habilidades las consigue a través de la gracia, que, para que cada movimiento parezca auténtico, exige un duro entrenamiento: «El verdadero arte», escribe Castiglione, «es el que no parece serlo, y no se ha de poner estudio en otra cosa que en ocultarlo».

Nada hay más arduo que aparentar desenvoltura, nada más difícil que tener una conversación fácil. Es pernicioso que uno no logre adornar su fingimiento con muestras de sentido dolor o de desbordante alegría. Y aún peor es cuando el fingimiento muestra indicios de fracaso: sonrojarse a destiempo, tartamudear o palidecer.

Un carácter auténtico puede servir de adorno, pero nadie prescinde de cierta dosis de astuta estrategia. Ése es el campo de fuerzas en el que vivimos. El que no logra aparentar cierta sinceridad patética, el que carga siempre y a la vista de todos con la coraza de su fingimiento, nunca consigue ser querido. El fingimiento alcanza su cima en el instante en el que parece que no se hace uso de él.

Antaño, los jefes eran patriarcas despóticos que lanzaban sus zapatos contra los empleados, eran caprichosos como divas tras una noche de juerga, abroncaban con voz quebrada en el pasillo a sus trabajadores, y las secretarias eran sus devotas amantes. Pero el malvado patrón con el puro en la boca ha desaparecido, aquel tipo iracundo del viejo capitalismo, caricaturizado hasta la saciedad, es una especie en extinción que sólo sobrevive en viejas empresas familiares. Por norma general, hoy todo el mundo se muestra más ponderado, más flexible y más amable. Tras cada seminario de directivos, las cuentas de correo de los empleados se llenan de mensajes motivadores. Todo el mundo se tutea. Las puertas transparentes de los edificios acristalados de oficinas, que ya no disponen de salas privadas donde refugiarse, simbolizan la soleada felicidad. Hoy, un jefe puede lucir un descocado peinado a lo Jorg Pilawa sin parecer poco serio.

En los debates televisivos, los directivos proclaman con tono amable que no decidirían ningún despido si no fuera por la competencia de Chongqing; que jamás cerrarían la empresa si no fuera por la cotización de las acciones. Obligaciones y compromisos que los asedian por doquier. Su trampa: sibilinos, exhiben el buen humor propio de la inteligencia anglosajona mal entendida. Se

hacen *briefings, meetings y outsourcings*. Pero si uno no está preparado para una crisis fuerte, enseguida sale a relucir su lado más torpe, le tiembla la mano, los demás desenmascaran el fracaso de su fingimiento y le retiran su favor.

En cuestión de recursos humanos, que tomen nota el trepador afanoso y el jefe sagaz, el empleado y su superior: únicamente el artista del fingimiento que sepa escenificar una actitud natural, una tristeza afligida y un orgullo auténtico conseguirá seducir con éxito.

6

MOSTRARSE MODERADAMENTE MODESTO

En un estado de alegría exultante, estamos plena y engañosamente convencidos de que nuestros amigos y conocidos, nuestros compañeros de trabajo y familiares, se alegran con nosotros. Ante un gran triunfo, caemos en el error de creer que abrazar al afortunado nos hace un poco afortunados a nosotros también. Un error, para colmo, de los más extendidos, si excluimos la envidia hacia los demás, uno de los sentimientos más venenosos que puedan existir. Todos conocemos las disputas por un puesto de trabajo, la mirada gélida hacia nuestro piso con terraza, los celos ante nuestra bella pareja.

La envidia no necesariamente provoca sufrimiento. También es nuestra secreta vara de medir el reconocimiento ajeno. Pocas cosas nos satisfacen más íntimamente que ser envidiados. Con sólo que la envidia no fuera tan peligrosa, que no fuera un acicate para que los demás nos echen del trono y nos arrojen a las sombras…

¿Cómo hay que lidiar, pues, con la envidia? Siempre de tal modo que ésta crezca en los otros con impotencia, sin riesgo para uno mismo.

Particularmente delicadas son las situaciones en las que nos permitimos celebrar algo. Una fiesta, por ejemplo. Con una excepción: el cumpleaños. En las fiestas de cumpleaños, no sentimos ninguna envidia. De hecho, en nuestro fuero interno nos alegramos de la desgracia ajena. Para el anfitrión ha transcurrido otro año, otro año en el que las entradas han ascendido a la categoría de calva y han aparecido algunas arrugas y algunos kilos más. A menudo, las fiestas son un cúmulo de desgracias; menos las fiestas de aniversario, generalmente. Y es por la

ausencia de envidias. El anfitrión, el primero al que se le sube el vino a la cabeza, rellena sin parar las copas de sus invitados, que juzgan el vino excelente. Todo el mundo ríe y brinda, se sirve un tentempié a base de platos orientales que todos elogian y lo único que se puede objetar a la fiesta, como a todas, es que no hay suficientes tenedores.

En realidad, sería mucho más sensato celebrar no el cumpleaños, sino un aumento de sueldo. Un acontecimiento sin duda feliz que se merece una fiesta como Dios manda: «Queridos amigos y colegas, les/os invito el día 15 de enero a una fiesta en la calle ***, 23. Mi jefe ha decidido subirme el sueldo de 3500 a 3800 euros brutos. Me gustaría brindar por ello con ustedes/vosotros. Ahora me lo puedo permitir».

Seguro que pocas veces se ha hecho una invitación como ésta. A veces, como hijos que somos de la ética burguesa de la modestia, intuimos con acierto una regla básica de la convivencia humana: celebramos sin tapujos cuando no hay nada que celebrar; en cambio, la celebración se vuelve más peliaguda cuando el anfitrión tiene un verdadero motivo que festejar. Lo que, desgraciadamente, ocurre a menudo.

Fijémonos en un peluquero. Se llama Erik y tiene unos cuarenta años. Tras unos años como empleado, Erik ha emprendido su propio negocio: un pequeño y algo extravagante salón de peluquería en una zona socialmente variada (viejos izquierdosos, nuevos ricos y extranjeros amables y no excesivamente pobres). Antes de su inauguración, Erik da una fiesta en el local. Invita a todos sus amigos. También a algunos colegas de la competencia. Encarga sus servicios a un *catering*, por lo que mujeres sonrientes en falda corta sirven un vermut de marca y algunos canapés, entre los que no faltan los ineludibles pinchitos de queso y uva. Todos los presentes brindan y elogian el local: ¡Qué buen gusto, el verde claro de las paredes! ¡Y la máquina de café, tan voluminosa, tan metálica, tan brillante! Se nota que Erik no ha reparado en gastos, comenta un colega al tiempo que le da una palmada en la espalda a nuestro peluquero, lo que por poco hace que se trague entero un pinchito de queso y uva. Estalla una carcajada general.

El piano, colocado en un rincón iluminado con luz tenue, es percibido por la concurrencia como un tanto exagerado. O por lo menos los invitados, que examinan atentamente los interiores del salón, intercambian de vez en cuando una mirada de complicidad. Erik explica que contratará a un pianista para que cada sábado amenice la estancia a los clientes con sus improvisaciones. El

secreto es que ir a la peluquería se viva como una experiencia.

¿De qué manera es mejor que se comporte Erik en su fiesta? En primer lugar, es preciso saber que él está convencido de que su iniciativa será todo un éxito. Por otro lado, el riesgo que corre es mínimo, puesto que no hace mucho ha heredado una suma nada despreciable. Eso, sin embargo, no lo sabe nadie. Además, y no le falta razón, está seguro de ser uno de los mejores peluqueros de la ciudad. No por su refinada técnica de corte, sino porque los clientes disfrutan con su conversación. Erik siempre está a la última: qué guarderías son las más innovadoras del barrio, dónde dan los mejores cursos de yoga y en qué selecto colmado venden productos realmente biológicos. Días antes de la inauguración, ya tiene reservas para más de dos semanas.

Evidentemente, Erik no se muestra exageradamente modesto durante su celebración: «¡Bueno, sólo es una pequeña peluquería de nada!», «¡En fin, ya sabéis que tampoco es que corte tan bien el pelo!». No, eso no se lo tragaría nadie, todo el mundo pensaría: «¡Cuánta falsa modestia!».

Sin embargo, peor aún sería proclamar triunfante, es decir medio en serio: «¡Tíos, soy el más grande!».

No, lo mejor sería que Erik se pudiera mostrar ilusionado. Hablaría de un gran desafío y de que la empresa no está exenta de riesgos. Mencionaría algunas preocupaciones: el abultado crédito para financiarlo todo, las discusiones con el ayuntamiento… Tras la tercera copa de vino, preguntaría a sus colegas con tono escéptico si realmente creen que ha escogido bien la situación de su salón. Todos lo tranquilizarían con profusión de argumentos. Es todo tan excitante, diría nuestro peluquero muy alterado antes de brindar animado con sus invitados mostrando cierta inseguridad. Todos le desearían mucha suerte. De todo corazón.

Con su actitud moderadamente modesta, Erik habría dejado a sus competidores convencidos de que le esperaban tiempos aciagos. Por lo menos los primeros años. Sus amigos, desde luego, le echarían una mano. Gustosamente y a menudo harían de canguro para él y su mujer (quien, por cierto, tiene cursos privados de medicina), para que pudieran «distraerse de vez en cuando» de tanto estrés.

Y, efectivamente, así es como ocurre. Al cabo de medio año, los colegas de Erik caen en la cuenta de que su competidor se ha convertido en un tiempo fulminante en un peluquero más cotizado que ellos mismos. A su salón acuden incluso clientes de barrios que ellos habían acaparado durante años. Tal como estaba previsto, en el salón de Erik, cada sábado toca el piano un joven de larga

y rubia cabellera. A las mujeres, sobre todo, les encanta. Durante la casi ceremoniosa interpretación del pianista, nuestro peluquero, mientras corta el cabello, explica con su voz ronca a las clientas dónde pueden encontrar la mejor comida para sus bebés.

Si los colegas de Erik no lo hubieran minusvalorado tan imprudentemente en su fiesta, habrían abierto inmediatamente peluquerías en su misma calle. Ahora ya es demasiado tarde. La envidia de los colegas crece, pero ya no puede amenazar al peluquero. Ahora, ellos también contratan a jóvenes pianistas para que toquen para sus clientes, pero suena a imitación. Los hacen tocar incluso entre semana, lo que no resulta rentable. Pero de eso se dan cuenta demasiado tarde. A nuestro peluquero le satisface enormemente esta impotencia. Nunca en su vida ha estado tan contento. Embriagado por el éxito, incluso tiene casi superado su pequeño y secreto problema con el alcohol.

Al emprender cualquier proyecto, resulta útil ser subestimado. El que se comporta con moderada modestia sigue una antigua práctica que ya observó en toda su bajeza en la corte el moralista francés François de La Rochefoucauld en el siglo XVII: «La modestia», afirmaba, «es una virtud que apreciamos sobre todo en los otros». Nos complace simularla, ya que sabemos que es bien recibida, pero en nuestro fuero interno, naturalmente, somos tremendamente vanidosos. Como tantas otras virtudes, la modestia no es más que un «vicio disfrazado».

P. D.: Como muchas personas sospechan que la modestia suele ser falsa, raras veces es recibida con elogios. «¡Qué modesto es ése!» suena más bien sarcástico. Si acaso, se dice respetuosamente: «Tiene los pies en la tierra». Y con ello quiere decirse: no alardea de su éxito. Sea como sea, siempre viene bien simular esta actitud, pues un buen número de personas, imprudentemente, la toman en serio.

P. P. D.: El que disfruta de un éxito inmenso y visible para todos debe invertir la estrategia: debe esforzarse al máximo para que los demás lo sobrevaloren, no para que lo subestimen. Esto último, en este caso, ya no tiene ningún sentido. Al triunfador le conviene irradiar un aura de misterio. Esto mantiene a los oponentes a una distancia segura.

7

NUNCA PARECER PERFECTO

En una ocasión, al ser ocupada una plaza en su facultad, un catedrático de filología románica se expresó, furioso, en estos términos: «Los colegas mediocres escogen siempre a personas peores que ellos, mientras que las personas excelentes buscan siempre a colegas que las superen».

El catedrático en cuestión era de hecho un insigne catedrático, y estaba contrariado porque el cuerpo docente había escogido por mayoría a un candidato mediocre para ocupar una plaza en la facultad. En cambio, un brillante colega propuesto por el propio catedrático insigne había sido rechazado con el pretexto de que era arrogante, de que pondría en peligro la paz de la facultad, de que sus investigaciones eran ininteligibles, etc., etc.

Pocos meses más tarde, el insigne catedrático, un experto de fama mundial en literatura francesa del siglo XIX, aceptó una plaza en otra facultad, hasta tal punto lo había indignado la decisión equivocada de sus colegas. El ministerio decidió no ocupar la plaza que él dejaba vacante. En el *ranking* de universidades publicado anualmente por las principales revistas, la facultad descendió del noveno al decimoséptimo lugar. Los estudiantes de filología más ambiciosos rechazaban la antaño afamada universidad.

¡Cuántas facultades y empresas fracasan por culpa de la envidia de los mediocres! No son pocos los que, adivinando la propia mediocridad, temen su inferioridad frente a compañeros más competentes y hacen todo lo posible por no darles ninguna oportunidad.

Por ello, el peor peligro en una entrevista de trabajo no es dejar una mala

impresión, sino todo lo contrario: dejar una impresión demasiado buena. Hay que evitar a toda costa la arrogancia, que a menudo no es más que la constatación realista de la propia superioridad. La mejor receta para conseguir un trabajo: colar conscientemente en la entrevista un par de muestras de inseguridad. Y, a la inversa, no provocar jamás las inseguridades ajenas. Es preferible mostrarse débil, y pasar por alto la conciencia de la propia fortaleza.

Una pregunta frecuente en las entrevistas de trabajo: «¿Cuál diría que es su punto débil?». Con ella, por lo visto, se pretende que el candidato haga una evaluación razonable de sí mismo. Lo más inteligente es responder que uno a veces es «demasiado impaciente». Tal respuesta sugiere ambición y rapidez de pensamiento, pero a la vez pone de manifiesto que el candidato es consciente de cuán nociva puede ser una manifestación excesiva de este rasgo.

Una mujer optaba a un puesto en el departamento creativo de una empresa que fabricaba camisetas divertidas. En la entrevista de trabajo, primero se habló en tono distendido del objetivo principal de la empresa: vender la mayor cantidad posible de camisetas lo más graciosas posible. La tarea del departamento creativo consistía en idear los eslóganes de las prendas. Durante la entrevista, se mostró a la candidata el modelo más exitoso de la casa, con la inscripción «I prefer sex to gender». Ella esbozó una delicada sonrisa y asintió con complicidad. En otras palabras, todo iba sobre ruedas. Incluso se abordó el tema de sus expectativas económicas, y pareció que sus demandas no se consideraban descabelladas. Pero entonces llegó la inevitable pregunta, formulada por la representante del comité de empresa: «¿Cuál diría que es su punto débil?».

Tras vacilar un instante, la candidata prorrumpió en una sonora carcajada. La pregunta le había parecido demasiado tópica como para responder que, a veces, era una mujer demasiado impaciente. Entonces le preguntó a la representante del comité de empresa si se había asesorado para la entrevista con un experto en selección de personal. El comité de selección reaccionó con un gélido silencio, unos y otros se despidieron con forzada cortesía y, tras aquella conversación, a la candidata ni siquiera le devolvieron nunca el currículo.

Así es que quien tenga interés en conseguir un determinado trabajo, en la entrevista no debe perder jamás el control sobre sus emociones. Incluso aunque no se reconozca ningún punto débil, debe responder: «A veces soy demasiado impaciente». Incluso puede ensayar ante el espejo para que la respuesta no suene demasiado falsa.

A la pregunta «¿Cuál diría que es su punto débil?», se debe contestar tras una pequeña pausa. Una pequeña pausa que sugiera una reflexión espontánea. La reflexión, a su vez, indica que la pregunta es inteligente y oportuna, cosa que halaga al que la ha formulado. Además, una pequeña reflexión insinúa la búsqueda sincera de una respuesta franca. Llegado este momento, con voz segura y cierta gravedad, se debe responder que, de vez en cuando, uno es demasiado impaciente, pero que se esfuerza por mejorar ese aspecto de sí mismo.

Pues pocas cosas complacen más a los jefes que las pequeñas inseguridades. La inseguridad fingida da más frutos que la seguridad absoluta en uno mismo, que por lo general es interpretada equivocadamente como una sobrevaloración de las propias capacidades. Un pequeño sonrojo nunca hace daño. Incluso una frase pronunciada en plena excitación que no sea gramaticalmente impecable puede venir bien, siempre que la idea que haya detrás se comprenda perfectamente.

Finalmente, el comité de selección llegará a la conclusión de que el candidato no es una persona ni escurridiza ni perfecta. Tiene sus debilidades, lo que precisamente lo hace simpático. Por fin, el candidato consigue el puesto de trabajo. Pues inteligente es aquel que es capaz de ocultar a tiempo su inteligencia.

8

APROVECHAR EL MOMENTO OPORTUNO

Todo depende, siempre y en toda circunstancia, del momento oportuno. Las declaraciones de amor prematuras ponen en fuga a la persona deseada. Y las vacilaciones excesivas, que hacen que el amado o amada abandone decepcionado el campo del amor, tres cuartos de lo mismo: son completamente contraproducentes. Pero ¿cómo escoger el momento justo?

Imagínese que es usted una mujer de cuarenta y pocos años, madura y segura de sí misma, con una belleza todavía floreciente, lo que le confirman las numerosas miradas furtivas que los hombres le dirigen cada mañana en el tranvía. Su última relación la ha dejado exhausta: se esforzó en resolver problemas que sencillamente eran irresolubles. Hacía años que sus amigos sospechaban que la relación tocaba a su fin. Pero usted, contra toda razón, continuó luchando. ¿Acaso no se vislumbraban todavía, entre las acaloradas discusiones, destellos de esperanza? No cabe duda: era un hombre demasiado complicado, con demasiada tendencia al existencialismo depresivo desde que las dos novelas que había publicado habían permanecido un tiempo en los rincones menos frecuentados de las grandes librerías y finalmente, casi inadvertidas por los lectores, habían desaparecido como si nunca hubieran sido escritas. Los críticos habían sido inclementes: diagnosticaron un «estilo amanerado» y, sobre el último libro, afirmaron que «verdaderamente, el mundo no lo necesitaba».

Tras aquellos dos fracasos, su novio se había vuelto malhumorado. Desaliñado, se arrastraba por la casa con desasosiego contenido como un fantasma, comía espaguetis fríos y a mediodía ya empezaba a beber vino barato.

¿Y usted? ¡Usted lo había consolado! Una y otra vez. ¡Como si usted, la eficiente maquetista de una afamada revista de moda, fuera la madre Teresa! Así es como se había sentido, como la madre de todas las madres. A pesar de su compasión, ¡qué odioso se le había hecho! Su mejor amiga hablaba de «codependencia». Decía que usted estaba enganchada a la infelicidad de aquel hombre «como un yonqui a la heroína».

Entonces tuvo lugar aquel fin de semana largo en Dresde. Allí estaba usted, frente a la Frauenkirche, fuertemente abrazada al autor fracasado. Lloviznaba, y todo era bello: entre sus dos rostros, la cortina de lluvia. Bromearon sobre los transeúntes que, arropados con gruesos abrigos, deambulaban a su alrededor como planetas lejanos. Por la noche, en el hotel, sus brazos y piernas se volvieron a entrelazar tras un largo período de sequía. Hoy se le ocurre que, si no hubiera sido por aquellos días felices en Dresde, no lo habría dejado nunca. Pues de vuelta en casa él volvió a beber vino barato y a comer espaguetis fríos. ¡Hablaron una vez más de su falta de reconocimiento! ¡Del desprecio a su talento! ¡Del dolor que le provocaban sus novelas, escritas a lo largo de penosas noches y que nadie quería comprar! Ese volver a dar vueltas una y otra vez a sus problemas fue como una traición, como la extinción de toda esperanza.

Y ahora, tras esa relación de seis años y el correspondiente período de luto (durante el cual usted misma se había dado al alcohol, aunque en su caso fuera alcohol caro), usted está un poco desentrenada, como es comprensible, en cuestiones de amor.

¡Pero quizá pueda surgir algo con el nuevo! Lo conoció hace unos días en una inauguración, y la conversación fue tan excitante que usted se tomó tres cócteles seguidos. Un hombre de su misma edad, un tipo de los que se pueden ir exhibiendo por el mundo. Durante la conversación, había citado como si nada un aforismo de Nietzsche («Cuando les alaban mucho, unos se avergüenzan y otros se ponen impertinentes»). Cualquier mujer podía caer rendida ante las osadas entradas de su cabello.

Se trata de un pintor. Otro artista, efectivamente, está claro que tiene debilidad por esta clase de hombres. Sin embargo, en este caso se trata de un tipo alegre y sus pinturas cosechan un éxito razonable. No juega en primera división, pero uno de sus cuadros sombrío-surrealistas de gran formato, que representa un buey en la playa, ha recibido elogios de galeristas y críticos, tal como usted misma ha descubierto navegando por Google.

En su segunda cita, él ya la está esperando y, mientras dice algo gracioso, le

ayuda a sacarse el abrigo y, tras recibir su asentimiento, pide dos aperitivos. Un bonito local, muy concurrido, usted no lo conocía: mesas pequeñas sobre las que poderse inclinar para hablar íntimamente; los camareros, unos italianos particularmente histriónicos; el mobiliario, no demasiado moderno, incluso un poco rústico, lo que resulta agradable puesto que transmite una deliberada sensación de anacronismo.

Brindan: por la velada. Usted habla sobre su absorbente trabajo. Ahora mismo está llevando adelante una gran renovación que está revolucionando el mundo de las revistas de moda, y si no fuera por la incompetencia de sus compañeros, todo avanzaría mucho más rápido.

Él la interrumpe, controlando la situación, la mira serenamente a los ojos y, casi con solemnidad, le dice que tiene un aspecto maravilloso. A usted le gustan sus palabras. Baja pudorosamente por un instante la mirada hacia el mantel, pero ni demasiado tiempo ni con actitud de rechazo, e inmediatamente conduce la conversación, para no parecer demasiado egocéntrica, hacia su pintura. Le cuenta que ha visto su famoso cuadro del buey en Internet y que, bueno, resulta difícil de expresar con palabras, sí, claro, pero si lo puede intentar, bueno, pues que irradia una especie de fuerza melancólica que cautiva al espectador de un modo realmente inquietante.

En resumen: se hizo tarde. Y tras el limoncello, invitación de la casa, después de haber saboreado todo tipo de platos deliciosos y haber elogiado prolijamente al personal, usted estaba convencida de poder aprovechar la ocasión: le rozó la pierna con el zapato, sin resultar torpe, como desenfadadamente, se inclinó sobre la mesa y los comensales que aún permanecían en el restaurante pudieron contemplar el espectáculo de un ardiente beso, digno de ser fotografiado, que se prolongó largamente.

El hecho de que dos días más tarde, tras haber pasado aquella noche sumergidos en una embriagadora pasión, el pintor aún no hubiera dado señales de vida, todavía no la inquietaba. Al fin y al cabo, simular una pequeña retirada forma parte del juego. Tras el tercer día, que había pasado en la redacción entre acaloradas discusiones, empezó a impacientarse y, un tanto afligida, pues había esperado que fuera él el primero en ponerse en contacto, le escribió un SMS con intencionado buen humor que concluía con la perspectiva de una próxima cita.

Él no respondió hasta la noche siguiente: «Encantado, pero ahora demasiado ocupado. Escribo próxima semana. ¡Besos!».

Sin duda era una respuesta algo decepcionante, tenía que admitirlo, pero

recordaba vagamente que, durante la cena, él había mencionado que atravesaba una fase difícil en su pintura; seguro que no lo estaba pasando bien. Es perfectamente comprensible, también usted tiene días en los que no saldría por nada del mundo de su madriguera. En general le había parecido un tipo equilibrado, pero, ahora que lo pensaba un poco, en sus ojos se adivinaba un halo de melancolía difícil de describir. Así pues, dejó pasar varios días antes de enviar un segundo SMS, que ya no obtuvo ninguna respuesta.

Fue su mejor amiga, al verla de mal humor, quien le abrió los ojos: «¡Será posible!», exclamó en el teléfono. «¡No cometas el mismo error! ¡Ese tipo es demasiado complicado para ti!». Aquellas palabras, pronunciadas con tanta vehemencia, le causaron una honda impresión.

Tiempo después, mientras el relanzamiento de la revista avanzaba a trancas y barrancas de una fase decisiva a la siguiente, en los suplementos culturales empezó a aparecer el último libro de su exnovio, y pronto se habló de un «inaudito éxito literario». Poco después vio su librito —nunca había sido un escritor prolífico— en la lista de los más vendidos: ¡el número siete! Una noche que quería abstraerse del trabajo, vio en la televisión un programa cultural en el que se ofrecía un pequeño reportaje hogareño sobre él; se lo veía en su casa durante una entrevista tan detallada como divertida. En dos breves tomas se lo veía con su novia. No tenía ni idea de que tuviera novia. Parecía joven.

Cualquiera puede imaginar que aquella noche no durmió nada bien. Incapaz de apartar de su cabeza un amasijo de pensamientos, no pegó ojo, y en algún momento descubrió con preocupación, puesto que le esperaba una dura jornada de trabajo, que ya despuntaba el día.

¡Y eso que lo había hecho todo bien!: dejar al novio cuando se había extinguido el amor, desear a otro hombre al que había seducido siguiendo las enseñanzas del arte del fingimiento… ¡Y, aun así, la historia parece no tener un final feliz! La culpa es de Kairós, el dios griego del momento oportuno, que casi nunca revela si las ocasiones propicias que brinda a los hombres conducirán finalmente a la fortuna. Kairós tiene alas en las piernas. Según el mito, es porque es terriblemente poderoso e imprevisible, y vuela como el viento.

Siempre depende todo de aprovechar el mejor momento: un ataque que se demora demasiado permite que el enemigo se rearme; un correo que se escribe en el primer momento de cólera trae consigo la desgracia; hablar cuando sería mucho más conveniente escuchar revela muy poca inteligencia. Todo esto se puede aprender. Aprovechar una ocasión amorosa en un pequeño restaurante

requiere también una destreza que cuesta de adquirir y se esfuma con facilidad. Pero la ocasión no deja nunca de ser hija del azar. Nadie puede asegurar que la ocasión, incluso la que se aprovecha, proporcione la felicidad eterna. A veces, la ocasión impone una amarga limitación al arte del fingimiento.

9

DE QUIÉN DEBEMOS PROTEGERNOS

Hasta ahora, dos veces se le ha pedido que se ponga en la piel de otra persona: en la de la mujer al principio de la cuarentena y en la del hombre que sabe cómo rechazar consideradamente a las mujeres enamoradas. Se trata de un truco estilístico intencionado que pretende poner de manifiesto una particularidad del arte del fingimiento: el que finge se comporta como Proteo, el dios de los mares, que puede transformarse en un león, una serpiente, un leopardo, un cerdo, en agua o en árbol. El que finge es capaz de infiltrarse en temperamentos ajenos, en los deseos de su enemigo, en otro sexo o en la trayectoria vital de sus competidores. Y, cuando es necesario, es capaz de apropiarse de estos papeles como el actor al que, en pleno arrebato creativo, ya no reconocemos como la persona que es fuera del escenario.

El arte del fingimiento se parece a la lectura cuando nos dejamos absorber por ella, o al amor cuando creemos ver el mundo a través de los ojos de otro.

Ya hemos visto muchas de sus estrategias: cómo mantener lo más hábilmente posible a las enamoradas a distancia; cómo simular de forma creíble un semblante afligido; por qué puede ser mucho más práctico callar que hablar; por qué deben controlarse los arrebatos. Nos gusta aprovechar la ocasión propicia, conteniendo nuestras emociones y ocultando nuestras opiniones. Incluso a pesar de que hemos comprobado que el pérfido azar puede desbaratar nuestros planes en cualquier momento.

Hemos hablado de nuestra vida privada y de nuestra vida profesional, ya que, de un tiempo a esta parte, ambos planos se superponen: gracias al móvil y al

correo electrónico, estamos siempre localizables para nuestro superior; algunos han interiorizado estas innovaciones hasta tal punto que incluso en fin de semana leen sus correos y, con irritación contenida, contestan la llamada urgente del jefe o uno de sus no menos urgentes SMS. Durante la jornada laboral estamos igualmente localizables para nuestros amigos, nuestra pareja o nuestros padres, que hace tiempo que se han acostumbrado a la falta de límites entre el ocio y el trabajo: «Ya sé que estás ocupado, hijo mío, pero ¿vendrás a comer el fin de semana?». «Cariño, ¿cuando salgas puedes comprar albahaca fresca, por favor? ¡Gracias!».

Hasta el momento, sólo hemos mencionado de paso contra quién debemos armarnos cuando fingimos. ¿Quién puede volverse realmente peligroso para nosotros? Naturalmente, nuestros contrincantes inmediatos en el trabajo, con quienes mantenemos una intensa competencia, y nuestros rivales cuando se trata de seducir a una mujer o a un hombre. Nuestros competidores nos quieren hundir, pero su envidia, gracias a la civilizada represión de los instintos, a menudo nos llega camuflada. No pretenden estrangularnos. Pero eso sencillamente hace menos visibles sus intenciones. Sus alabanzas son infinitamente más peligrosas que su odio indisimulado. Debemos mostrarnos enormemente desconfiados cuando nos topamos con una gentileza apabullante.

Existen personas con las que debemos andarnos con especial cuidado si entramos en competencia con ellas. Particularmente hábiles en el arte del fingimiento, y por ello siempre muy peligrosos, son los arribistas que con paciencia pertinaz se abren camino hacia arriba y, contra toda probabilidad, se convierten en presidentes de Francia o en cancilleres de Alemania. Tienen una enorme ventaja: contemplan siempre con mirada ajena la clase social que acaban de conquistar pero en la que no han crecido con ceguera. Penetran los matices del comportamiento humano mucho mejor que aquellos que nunca han vivido de otro modo.

El sociólogo Georg Simmel bautizó al que mejor comprende una sociedad «el extraño que permanece». El extraño que permanece puede ser el advenedizo, el arribista, el ofendido por su propio cuerpo, el objeto de burlas pasadas. Debido a una imperfección —un defecto del habla o una cojera— o debido a su origen, se ha mantenido siempre a distancia, pero gracias a la observación de su entorno ha aprendido las artes más pérfidas.

Con el interés del naturalista que se inclina sobre una flor rarísima, el extraño que permanece, es decir aquel que al menos parcialmente siempre se mantiene a

distancia, percibe los más sutiles entresijos de la persona humana. Por ello, usted puede considerarse afortunado si pertenece a los extraños que permanecen. De lo contrario, como Proteo, debería quitarse la máscara.

No es casual que los mayores artistas del fingimiento de la literatura universal, como Ricardo III, el gran intrigante creado por Shakespeare, tengan un aspecto terriblemente desagradable. A ellos, los excluidos, el destino los ha convertido en doctos observadores de sus semejantes: han transformado sus debilidades en armas y su fatalidad en bendición. El aforista de la Ilustración Georg Christoph Lichtenberg, pequeño y jorobado, sentenció: «En cuanto alguien tiene un defecto, tiene una opinión propia». Paris, ese gallina de la Antigüedad, el de rebosante belleza, el amigo de las mujeres, no estaba dotado de fuerza muscular. Asesinó a Aquiles, el más orgulloso de los luchadores, con una flecha que apuntó astutamente a su talón. Ni siquiera lo hizo cara a cara y empuñando la espada: sin duda habría sucumbido irremediablemente.

Algunos filósofos encuentran explicación al incontenible anhelo de fingimiento de la humanidad precisamente en su debilidad física: el hombre, que carecía de cuernos y colmillos, necesitó la flecha envenenada. En lugar de luchar con la fuerza bruta, lo hacía con trampas en las que la musculosa víctima quedaba atrapada. Esta característica nos sigue definiendo hoy en día: no tenemos que temer a las zarpas que pueden desgarrarnos, sino a las persuasivas mentiras difundidas por los supuestamente inferiores. Esto y nada más, afirma Nietzsche, es la civilización.

P. D.: Baltasar Gracián también identificó un grupo de personas frente al que debemos protegernos. Suyo es el consejo: «Nunca pelees con quien nada tiene que perder». El que nada tiene que perder puede descuidar toda precaución y atacarnos mediante la fuerza bruta. Le da igual sufrir algún daño. Quien no tiene nada que perder está fuera de la civilización. Afortunado el que no se topa jamás con él.

10

SER CAPAZ DE DISCULPARSE

Ninguna estrategia se debe llevar al extremo, ningún arte se debe convertir en un conjunto de trucos evidentes. Por ejemplo, sería poco inteligente pedir perdón exageradamente. Algunas personas se disculpan sin parar. Por la noche, lo agarran a uno de las solapas y lo insultan, y a la mañana siguiente llega la petición de disculpas con voz compungida: bueno, estaba borracho, no lo dijo con mala intención, por supuesto que no piensa que aquél a quien la noche anterior, con el acaloramiento del alcohol, llamó «gilipollas embustero» sea realmente un gilipollas embustero. Lo siente en el alma, se equivocó en el tono. ¿Podríamos concederle por favor el beneficio del perdón? Eso tiene que decidirse caso por caso.

A partir de cierto momento, prácticamente todas las parejas entran en la fase del perdón. La fase del perdón consiste en acaloradas y reiteradas discusiones seguidas de su correspondiente reconciliación. Entonces, se dice: «Perdona, amor mío, no quería gritarte de ese modo». «Escucha, cariño, con eso de que el sexo entre nosotros es un aburrimiento me he pasado. Además, ¡no es verdad!». «Oye, siento muchísimo mi comentario de que has engordado un poco… Sobre todo porque ¡no me molesta nada! ¡Si hasta te sienta bien!».

Tres días más tarde, como mucho, hay una nueva discusión, y de nuevo se produce una reconciliación acompañada de una orgía del perdón. Y así durante un tiempo, hasta que, cuando se hartan de pelear, ya es demasiado tarde para ninguna reconciliación. Pues una vez ha empezado la fase del perdón, el antaño maravilloso barco del amor, reluciente a la luz del sol, se ve envuelto por densos

nubarrones de tormenta que difícilmente se disipan. De ahí la primera regla referida al perdón: evitar las situaciones que en el futuro puedan exigirle a uno pedir disculpas, administrar la cólera con cuentagotas y jamás hablar irreflexivamente.

En casos peliagudos, siempre viene bien apelar a un malentendido: sin duda uno no se ha sabido explicar correctamente. En el año 2007 pudimos contemplar una situación de este tipo. Wolfgang Thierse, vicepresidente del Bundestag, se expresó en estos términos sobre el excanciller Helmut Kohl: «Abandonar en la oscuridad, en Ludwigshafen, a su mujer, como hizo Helmut Kohl, no es un comportamiento ideal». Thierse intentaba justificar la decisión del vicecanciller Franz Müntefering, que había dimitido tras diagnosticársele una enfermedad a su esposa. Durante el mandato del excanciller Kohl, a su mujer, Hannelore Kohl, se le había declarado una alergia a la luz y ella se había suicidado.

El partido rival tuvo la oportunidad de reaccionar con encendida indignación moral a las poco afortunadas palabras de Thierse. Unas declaraciones de este estilo se reciben siempre como un inesperado regalo que los demás saben aprovechar. Primero, Thierse se defendió arguyendo que sus palabras se habían malinterpretado y sacado de contexto. Viendo que la encendida indignación moral no se aplacaba, el vicepresidente del Bundestag terminó disculpándose solemnemente. Helmut Kohl pudo disfrutar del bello momento en el que, en un acto público, aceptaba generosamente las disculpas de Thierse, su viejo adversario.

He aquí, pues, la segunda regla referida al perdón: independientemente de que se haya dicho exactamente así o asá, una frase que circula de boca en boca ya no se puede defender. Llegados a este punto, por difícil que resulte, sólo cabe una disculpa sin paliativos.

También existe el perdón del que se puede sacar provecho. Pongamos por caso que usted es un vinicultor famoso y rico, de aspecto imponente y robusto. Su riesling del Palatinado es un producto selecto muy codiciado en el mercado mundial. A uno de sus aprendices, un joven delgaducho de barba incipiente, se le cae de las manos una botella de su vino de cosecha tardía. Ocurre durante una de las célebres catas que usted celebra regularmente con un distinguido grupo de hombres de negocios. La botella cae con tan mala fortuna que rebota sobre la mesa y su contenido se desparrama sobre la blusa de la esposa de un destacado director editorial, la cual, profiriendo un sonoro «¡Ooh!», da un brinco hacia atrás.

En el primer momento, usted se muestra enormemente indulgente y sosegado; sacude ligeramente la cabeza y se disculpa con vehemencia por el desafortunado incidente ante la esposa del director editorial, quien ahora se ve abastecida de pañuelos de manos del aprendiz —que se agita azorado a su alrededor— y encaja la situación con serenidad, incluso con humor: «¡Tiene usted una bodega con mucha… chispa!», comentará al despedirse, mientras lo besa con picardía en la mejilla, a lo que usted responderá con una sonrisa.

Sin embargo, una vez finalizada la cata, usted agarra a su aprendiz por la manga: ¡Menudo manazas!, exclama fuera de sí, ¿es que acaso es demasiado tonto para servir a sus invitados? Espera que no vuelva a suceder nunca más nada parecido, o de lo contrario ¡ya se está volviendo a Kazajstán, de donde viene, a cuidar sus ovejas o a lo que sea que hiciera allí!

Tras una primera disculpa entrecortada del aprendiz, que efectivamente inmigró con sus padres desde Kazajstán al Palatinado, usted descubre con inquietud que en su mirada servil se adivina también cierto orgullo ofendido. No debería haber dicho eso de Kazajstán y las ovejas; quizá su acceso de ira con intenciones pedagógicas se le haya ido un poco de las manos. Es perfectamente consciente de que la formación de buenos discípulos forma parte de las capacidades magistrales de todo vinicultor de fama internacional. Este pequeño novato, que de tonto no tiene nada, podría llegar a representar un peligro para él.

Así pues, dos días más tarde se dirige de nuevo al aprendiz y le confiesa con magnanimidad que no debió decir lo que dijo, que en realidad está muy satisfecho con él y que, de hecho, cree que tiene talento para la vinicultura. Pero que la próxima vez, y esto ya lo dice medio en broma, se ande con más cuidado con las botellas. Entonces esboza una sonrisa de abuelo que todo lo perdona y golpea en el hombro al aprendiz, que ahora lo aprecia con mayor y renovada admiración.

Efectivamente, en este momento su discípulo piensa incluso que aquel orgullo ofendido que experimentó cuando usted lo reprendió fue un poco exagerado. ¿Es que piensa andar siempre por el mundo con esa sensibilidad a flor de piel? Al fin y al cabo, sus iras estaban justificadas, se dice a sí mismo antes de resolver que, en el futuro, tratará de ser más cuidadoso con sus invitados.

Tercera regla referida al perdón: las personas que raramente se ven en situación de tener que pedir disculpas enardecen el aprecio de los demás gracias a un perdón bien formulado. Disculparse retrospectivamente por el propio

comportamiento es una muestra de generosidad. Sobre todo si se consigue dejar la impresión de que las disculpas eran completamente innecesarias. Entonces, el perdón es tomado como una concesión a unas exigencias desmesuradas. Quizá sea usted quien ha herido a otros; pero ahora son aquéllos a los que ha herido quienes, sin motivo, se sienten mal ante usted.

11

HACERSE EL OFENDIDO DE VEZ EN CUANDO

Ofenderse, ya sea por una frase o por un hecho, sirve de bien poco. Hacerse el ofendido, en cambio, puede resultar muy útil. Pues pocas cosas atan más a los demás a nosotros que su mala conciencia. Y despertar su mala conciencia requiere de un arte refinado.

Al sonar el teléfono, Stephan vaciló un instante en descolgar. La pantalla no mostraba ningún número, estaba protegido, así que imaginó que al otro lado del aparato estaba su madre esperando que la entretuviera un rato. No se equivocaba. Como siempre, la madre habló sin parar, interrumpiendo su discurso con en fines y exclamaciones de ¡qué le vamos a hacer!, es decir, en su quejumbroso deje renano no exento de cierto tono acusador. Papá, en fin, papá está fatal, decía la madre. Se pasa el día repantigado en el sofá, sin abrir la boca. Está peor que antes. Se arrastra por la casa con el ánimo por los suelos; como mucho, de vez en cuando entra en la cocina para coger una loncha de queso o una botella de cerveza.

Stephan sabía qué venía inevitablemente a continuación: la larga historia de la jubilación anticipada del padre, contada en innumerables conversaciones telefónicas. Primero su orgullosa ascensión en Correos durante los buenos tiempos, cuando «los vecinos todavía se saludaban unos a otros». Luego la segregación del paraguas público de la rama de telecomunicaciones, en la que el padre había ocupado durante algunos años más una plaza administrativa que de hecho, a raíz de una serie de medidas de racionalización, se había vuelto completamente inútil. Hasta que le habían aconsejado sin rodeos que aceptara

una oferta de jubilación anticipada que, según dijeron, en comparación con continuar trabajando sólo comportaba alguna desventaja económica menor.

—Ya conoces a papá —dijo la madre—, se pasa el día dándole vueltas a la cabeza…

Le preocupaba el persistente dolor de riñones del padre. A decir verdad, había que emprender acciones legales contra aquella prejubilación, pero nadie les ayudaba.

—¡Salid un poco! —exclamó Stephan—. Id un par de días a la costa, o a la montaña. ¡Antes viajabais mucho!

Stephan había hecho aquella propuesta con mucha frecuencia, pero obtuvo la misma respuesta que en un sinfín de ocasiones: no podía ser, ella, la madre, ya no soportaba aquellos viajes en coche con su dolor de espalda. ¡Y el tren se había vuelto tan caro! Claro que saldrían alguna vez, pero ahora no era el momento. Y él ¿no tenía ganas de visitarlos algún día? Sólo por un fin de semana. El siguiente, por ejemplo. ¡Seguro que a papá le haría mucha ilusión!

—Me encantaría —respondió Stephan. Pero se disculpó: antes de dos semanas tenía que terminar un anteproyecto y no tenía tiempo para nada ni nadie.

La madre permaneció un instante en silencio. Entonces dijo en voz muy baja que estaba decepcionada. Y añadió, alzando la voz: precisamente ahora que el padre estaba tan mal, su hijo tenía que mostrarse tan arisco… Tenía que admitir que no esperaba algo así.

Que no, que no había querido parecer arisco, que simplemente tenía que terminar el maldito anteproyecto, dijo Stephan mientras la ira crecía en él.

Eso ya lo había dicho hacía cinco semanas, respondió la madre. Se preguntaba si le estaba mintiendo. Entonces, Stephan escuchó un sollozo entrecortado; su madre le preguntó si le podía llamar más tarde, en ese momento no podía continuar. Luego colgó.

Y entonces, reponiéndose por un momento, entró con ímpetu en la sala donde, efectivamente, su marido estaba sentado en el sofá. Aunque hay que decir que estaba la mar de entretenido mirando un emocionante partido de fútbol, cómodamente instalado entre cojines y con una manta sobre las piernas. Su mujer se detuvo ante él, sonriendo, con un brazo en jarra:

—¡Stephan va a venir el fin de semana que viene!

—¡Qué bien! —respondió el marido. Así podrían salir a pasear un rato. Luego, con un gesto de desprecio, pidió a su mujer que se callara, pues estaba a

punto de lanzarse un córner que podía decidir el partido.

Stephan, que efectivamente tenía que terminar un anteproyecto para un seminario, aunque la entrega no era hasta cuatro semanas más tarde, se dirigió con paso inquieto a su habitación, irritado por el hecho de que el origen humilde de sus padres provocara que desde hacía unos años, desde que se había mudado a la ciudad para ir a la universidad, su mundo y el de ellos estuvieran cada vez más alejados. Como continentes lejanos, reflexionó, en los que los usos y costumbres fueran tan distintos que, al visitarse unos a otros, la comunicación sólo fuera posible mediante enormes esfuerzos.

Ocurre al revés que para la mayoría de mis amigos, pensó Stephan. Kirsten, su compañera de piso, por ejemplo. Su madre es periodista. Hace años estuvo metida en política, y a menudo bebe vino en la cocina con su hija y habla de sus años de juventud, que ve reflejados en ella. Resuelven sus discusiones con pequeñas bromas. A veces, la madre regaña a Kirsten por ser tan seria y aplicada: hace ya tres años que sale con el mismo chico, un estudiante de derecho bastante jovial a punto de licenciarse. ¿No es eso antinatural? Luego, madre e hija se ríen y entrechocan sus abombadas copas de vino. A menudo van juntas a cenar a un restaurante y prosiguen sus conversaciones sobre hombres, inclinando la cabeza para hablar con más intimidad.

Stephan se acercó a la ventana cerrada. No se podía imaginar, pensó, abriendo su alma con aquella sinceridad a su padre o a su madre. Miró hacia la calle de cuatro carriles. Se hacía de noche y casi todos los coches habían encendido los faros.

Sus padres no lo habían tenido fácil, pensó. Esa estrechez renana de la que procedían, esa obsesión por la limpieza, tan común en el bloque de pisos y sin embargo tan fuera de toda razón, el café de filtro cuando, a su alrededor, ya todo el mundo tomaba café exprés…

Pero a Stephan esa vida le parecía sólo aparentemente anticuada; de hecho, ya no tenía nada que ver con el mundo pequeñoburgués de otro tiempo. Se acordó de su abuelo. Hacía cinco años, durante uno de sus cansinos paseos, había caído fulminado por un ataque de apoplejía. Unos paseos que, últimamente, debido a una afección de la vista (degeneración macular), sólo podía emprender con mucho esfuerzo y bastón en mano, avanzando penosamente por la acera, mientras contaba interrumpidamente episodios de su vida. De la guerra, del bar de la esquina, de sus amigos, de su mujer, que había muerto años atrás después de una repentina y fulminante enfermedad, y de su

oficio de electricista, que lo llenaba de orgullo, de alguna reparación en alguna línea eléctrica y de los clientes, con quienes fumaba algún cigarrillo y se tomaba un licor.

A sus padres, pensaba Stephan con la mirada fija en el denso tráfico de la calle, esa vida del bar de la esquina les había sido negada. En algún momento, cuando él todavía iba al instituto, el bar había cerrado sus puertas. Se acordaba de los platos que, escritos con tiza y mano temblorosa, se recomendaban en el tablón que colgaba en la pared exterior. Hacía tiempo que habían pegado en sus cristales cubiertos de papel de periódico un cartel de «Se alquila» que, por culpa de la lluvia, estaba muy desteñido.

Sus padres, pensó Stephan, llevándose la mano a la frente, habían llevado una existencia privada de vida social. De hecho, si lo pensaba bien, sólo lo tenían… a él. Avergonzado, descolgó el teléfono inalámbrico y anunció su próxima visita. Su madre exclamó:

—Vaya, ¡qué bonita sorpresa!

¡Qué bien viene hacerse el ofendido de vez en cuando para conseguir un determinado objetivo! Vivir siempre de tal modo que se pueda reclamar a los demás una factura atrasada: estar rodeado de deudores significa tener poder. Los padres se han demostrado muy a menudo maestros en este arte. Pero también en la vida profesional hay que considerar esta estrategia. Aquél a quien un compañero de trabajo ha reprochado airadamente un error o un pequeño descuido para ganarse su respeto, no tiene por qué reaccionar inmediatamente enfurecido. En lugar de ello, puede ponerle cara de estar enormemente ofendido, lo que a veces resulta mucho más efectivo. Así consigue irritar de tal modo al oponente —que ahora cree haberse comportado inadecuadamente— que éste abandona el despacho del agredido con la desagradable sensación de haber dejado una cuenta sin saldar que, quién sabe, un día podría volverse en su contra.

12

SABER DOSIFICARSE

Minutos antes del inicio de un simposio sobre el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, el libro de cuentos italiano del siglo XIV, los ponentes charlaban en un salón de la universidad. Entre ellos, un viejo catedrático, el profesor Meierwitz, y un ambicioso estudioso de nueva hornada. El profesor Meierwitz, con la intención de humillar a aquel joven que coqueteaba con las teorías más osadas, pronunció las siguientes palabras, cargadas de maldad:

—Así pues, estimado colega, ¿tiene usted intención de mortificarnos una vez más con sus descabelladas tesis?

Tras lo cual prorrumpió en una sonora carcajada y miró a su alrededor con sus pequeños ojos rodeados de pestañas rojizas en busca de aprobación.

El joven no respondió: «Y usted, estimado colega, ¿nos aburrirá una vez más con sus observaciones, repetidas incansablemente a lo largo de treinta años, sobre la relación de Boccaccio con el mundo cortesano?», ni tampoco: «¿Pronunciará por enésima vez una de sus tristemente célebres y verborreicas conferencias, ante las cuales sus colegas académicos sólo consiguen hurgarse la nariz y bostezar, y por las que ni las ratas logran interesarse?». No, el joven estudioso no dijo nada de eso. Reaccionó con ingenio, una bella arma: comentó lo maravilloso que le parecía que Boccaccio, el viejo italiano, hubiera creado una obra que, por lo que parecía, todavía era capaz de encender los ánimos. Y añadió —señalando una mesa donde aguardaban copas llenas de champán— que, dado que el simposio comenzaría en media hora, quizá lo mejor sería que los presentes templaran precisamente los ánimos con un pequeño aperitivo. La

concurrencia rió entre carraspeos, agradecida de que la tensión del ambiente se hubiera reconducido hacia un moderado buen humor.

El caso nos sirve como modelo ejemplar de cómo hemos de defendernos de un ataque: no debemos emprender jamás el contraataque si no se nos ocurre nada inteligente que decir. Las réplicas confusas y los arrebatos desmesurados siempre resultan terriblemente desagradables. Cuando a uno no se le ocurre nada inteligente, lo mejor es hacer notar a los presentes la inoportunidad del ataque con un leve movimiento de los ojos y permanecer en silencio.

El joven investigador, que procedía de lo que se entiende por un origen humilde y albergaba cierto resentimiento contra las viejas relaciones de poder, obtuvo su revancha al finalizar la exposición de Meierwitz, que efectivamente, como era de prever, resultó de lo más prolija y fue recibida, más por costumbre que por entusiasmo, con un sobrio aplauso. Para cuando se inició el turno de preguntas a los ponentes, el joven investigador, con la concentración que le había proporcionado la sed de venganza, había ideado una réplica tan maliciosa e imprevisible que consiguió abochornar al profesor Meierwitz hasta el punto de que éste palideció, respondió gesticulando con tópicos y evasivas, y terminó por ganarse las miradas de compasión del público académico. Lo que, a un conferenciante, lo hiere infinitamente más que un rechazo sin paliativos.

Por lo tanto, he ahí lo esencial: conocer las debilidades de los demás. ¡Con qué irritación reaccionan las personas vanidosas cuando se pone en duda su belleza! ¡Qué susceptibilidad muestran los que se tienen por perspicaces cuando se desenmascaran sus limitaciones intelectuales! ¡Y los orgullosos cuando se ven obligados a comportarse con torpeza! Todas las personas tienen un punto débil en el que es fácil atacarlas; averiguar ese punto débil es propio del inteligente. Hay que ir a buscar a las personas ahí donde quieren ser buscadas: en su punto flaco, que, en sus más diversas manifestaciones, es su infinita vanidad, su eterno afán de protagonismo. En nuestro caso, el joven estudioso sospechaba muy acertadamente que, desde hacía tiempo, el señor Meierwitz ya no era visto como el gran experto en su campo que había sido quizá siete u ocho años atrás, cuando, gracias a sus diligentes actividades en todo tipo de comisiones, era un peso pesado de la política universitaria. Sin embargo, a día de hoy todavía no ha sido capaz de admitir su pérdida de poder.

Por sencillo que en nuestra historia parezca dosificarse, es todo un arte. Pues consiste en burlarse del otro de tal modo que los demás no le vean a uno como un tipo odioso. El artista del fingimiento pone todo el esmero en que sus flechas

envenenadas parezcan una réplica justa y hasta casi amable a una verdadera infamia.

Además, se debe tener siempre presente el dicho romano: «Nisi caste, tamen caute». Si no castamente, al menos sí cautamente. Si se pasa por alto, todos exclamarán, regocijándose en su propia integridad: «¡Qué tipo más inmoral!», y agitarán la cabeza con fastidio. No hay que olvidar jamás el asombroso ejemplo del cuco: consigue poner su huevo en nido ajeno sin ser visto, y que se parezca en la forma y el color a los demás huevos. Apenas el polluelo ve la luz del día, echa a sus hermanastros de su morada. Consigue engañar hábilmente a sus padres adoptivos, pues sus alaridos suenan como el griterío de toda una nidada. Pero es él solo el que mantiene bien abierto el pico, que es alimentado diligentemente.

El cuco es un luchador solitario y simboliza a la perfección el destino del artista del fingimiento de nuestro tiempo, ya que, al contrario de lo que ocurrió durante siglos de tradición intrigante, hoy apenas existe ningún complot llevado a cabo por un grupo de cómplices con un objetivo común. En nuestros días, las redes sociales son mucho más lábiles y sus miembros cambian demasiado a menudo para que pueda forjarse en ellas plan alguno. Sigue siendo válida la antigua regla de que el enemigo de nuestro enemigo debe ser nuestro amigo, y ocasionalmente aún puede encontrarse algún cómplice, pero los intereses de cada cual son a menudo demasiado dispares.

El arte de dosificarse es el arte de pensar en el objetivo final. El joven investigador no respondió precipitadamente, sino que esperó con perseverancia la ocasión apropiada. Siempre hay que ocultar las propias intenciones, y jugar la última carta cuando se está seguro de la victoria. Baltasar Gracián señaló muy acertadamente que, a veces, el objetivo se alcanza con paciencia, «caminando por los espacios del tiempo». Y esta astuta «detención prudente» del artista del fingimiento muestra en toda su belleza que la rebelión luciferina que le es propia, la autoafirmación en un entorno hostil, aguza su intelecto.

Pero por encima de todo rige el siguiente principio: por alguien dotado de una enorme superioridad se tiene a aquel que parece no tener que dosificarse jamás.

13

SABER ENCAJAR LA DERROTA

No se puede ganar siempre. Lo ideal es sufrir derrotas muy de vez en cuando. Aun así, ¿cómo debemos comportarnos una vez hemos sido derrotados?

El fracaso profesional duele, como duele el amor confesado con ternura que no se ve correspondido. ¡Y cuán a menudo contemplamos al humillado empeorar su situación por reaccionar disgustado, nervioso o impaciente!

Después de saber que no le prolongarían el contrato, el joven arquitecto Stephan Karst entró por última vez en la planta común de despachos para recoger sus cosas. Miró a su alrededor y vio a sus compañeros de trabajo atareados, repasando planos y pantallas de ordenador, la mayoría a través de gafas rodeadas de pasta negra. Pasándose la mano por el cabello rapado, Stephan Karst dijo en voz bien alta que estaba contento de no volver a pisar aquella mierda de estudio. Luego se sentó en su silla, borró febrilmente sus correos, apagó el ordenador, guardó con cierta torpeza dos carpetas en su maletín y volvió a exclamar en voz alta:

—¡Mierda de estudio!

Nadie lo miró con complicidad. Los compañeros simplemente intercambiaron furtivas miradas avergonzadas, uno se aclaró la garganta, la secretaria se levantó como por casualidad y se dirigió con paso apresurado hacia el lavabo. Sólo uno de los compañeros de más edad, con quien Stephan Karst se había llevado siempre muy bien, se le acercó y le puso la mano en el hombro. Dijo que lo sentía y que esperaba que todo le fuera bien. Que aún era joven, tenía toda la vida por delante. Luego acompañó a Stephan Karst hasta la puerta.

Una despedida valiente gusta, una despedida desesperada no. «Mierda de estudio»: primero lo había pronunciado en tono triunfal. En ese momento, Stephan Karst había saboreado la engañosa creencia de estar revelando a sus compañeros no sólo que podía ver perfectamente su temeroso conformismo y su fidelidad servil al estudio, sino que los despreciaba.

Sin embargo, en el camino de vuelta a casa, sentado en el metro, rodeado de niños que, recién salidos de la escuela, se empujaban entre gritos unos a otros dentro del vagón, ya no estaba tan seguro de que su despedida hubiera sido tan airosa como la había imaginado. Primero sólo lo asaltó una pequeña duda: ¿había reaccionado con demasiada aspereza? Luego rechazó esa posibilidad y se dijo venga, hombre, ¡tampoco podemos estar controlándonos todo el tiempo! Finalmente, sin embargo, mientras se acariciaba nerviosamente la barbilla, vio con toda claridad la humillación a la que lo había llevado su arrebato incontrolado: ¡había avergonzado a los compañeros del despacho!

Pocas cosas hay más humillantes que la vergüenza que los demás sienten por uno mismo. Y nada ponía más penosamente de manifiesto la derrota de Stephan Karst que la compasión del viejo compañero que le había puesto la mano en el hombro. Stephan Karst, visualizando súbitamente la realidad, se agitó un instante, como despertando de una pesadilla.

Es fácil ver que nuestro hombre difícilmente habría podido comportarse con mayor torpeza. Pues muchas derrotas albergan el germen de la victoria, siempre que uno logre hacer que brote. Dos meses después de la indigna marcha de Stephan Karst del estudio, dos de sus excompañeros, Olaf Herse y Frank Stretz, rescindieron sus contratos para abrir su propio despacho. Sus sueldos no les parecían lo suficientemente generosos como para someterse día tras día a la rigurosa organización de una empresa: los madrugones, las incontables reuniones, el agotamiento tras la alienante jornada laboral… Colgaron los trajes, se compraron zapatillas de deporte y alquilaron un antiguo local comercial algo destartalado pero que irradiaba el aura de los lugares deliberadamente inacabados. Y, de la noche a la mañana, ¡qué vida más maravillosa emprendieron! Enseguida llegaron flamantes encargos; al fin y al cabo, podían recorrer a los importantes contactos que habían hecho durante sus años de empleados. Además, el padre de Olaf Herse, un político local, era amigo de muchos empresarios.

Ahora, los amigos a menudo se levantaban tarde, luego trabajaban sin descanso, y por las noches un dj transformaba el pequeño estudio en una pista de

baile: mujeres y alcohol amenizaban las horas de ocio. Incluso la prensa local se hizo eco de los dos «exitosos jóvenes creativos». Y una bonita tarde de jueves en la que un sol resplandeciente iluminaba sus rostros satisfechos a través de los ventanales, Olaf Herse y Frank Stretz recibieron la confirmación de un encargo para el que se habían presentado meses atrás. En ese momento, sin embargo, ni esforzándose al máximo lo podían asumir ellos solos, pues tenían proyectos de sobra para un buen tiempo. ¡Construir un comedor vidriado para un instituto!

En resumen: si querían aceptar aquella oferta tan lucrativa, tenían que ampliar el despacho con una tercera persona. Los dos amigos se tomaron primero un buen café, luego descorcharon un Burdeos, un Saint Estéphe, brindaron y deliberaron sobre a quién se lo podían proponer. Frank Stretz bromeó:

—¿Y si llamáramos a Stephan Karst?

Olaf Herse se atragantó con el vino de tanto reír:

—¡Sí, claro! —dijo—. ¡Ése sólo con que haya dormido un poco mal nos echa abajo el comedor!

Hay que decir que, en el curso de la conversación, también se compadecieron un poco de Stephan Karst. Evidentemente, no era mal arquitecto, pero el jefe no prolongaba casi nunca el contrato a los que tenían derecho a un contrato indefinido. Tenía currículos de sobra encima de su mesa, y además la gente estaba especialmente motivada cuando empezaba un nuevo trabajo. ¿Para qué, pues, prolongar nada?

En ese mismo instante, Stephan Karst, que no había tenido en cuenta que a menudo una despedida airosa es mucho más importante que una entrada en escena arropada por sonoros aplausos, estaba echado en la cama, demasiado agotado para afrontar el resto de la tarde. Se sentía incapaz de escribir un currículo, a pesar de los antidepresivos que le había recetado el psicólogo y que tenían que devolverle las ganas de vivir.

Pensó en la gloria pasada. ¡Todo había empezado tan bien! En el competitivo mundo de la arquitectura, se habían fijado en él muy temprano. Durante la carrera había ganado un sustancioso premio, concedido por un banco, por el atrevido anteproyecto de unas casas adosadas. Había pronunciado la laudatoria un afamado catedrático de arquitectura de cabello ralo, que habló del futuro de la arquitectura alemana y del diálogo entre la vivienda y la persona. Luego, Stephan Karst subió al escenario, profusamente decorado con ramos de flores, presentó brevemente y con enojosa timidez la maqueta de sus atrevidas casas

adosadas y, mientras retumbaban los aplausos, se le hizo entrega de una escultura abstracta que recordaba muy vagamente una casa y que había sido creada por un artista expresamente para ese premio. Stephan Karst recordaba ahora con dolor la mirada orgullosa de sus padres, de origen humilde, emocionados entre el público.

El destino de Stephan Karst debe servirnos de ejemplo para la máxima de que toda derrota debe encajarse con la suficiente dignidad como para que, en tanto que derrota, sirva como base del contraataque. Si Stephan Karst hubiera recogido sus cosas distendidamente, se hubiera tomado una cerveza con sus compañeros y hubiera simulado buen humor, habría hecho creíble que, de todos modos, tenía intención de dejar el estudio (¡estúpido contrato fijo!), y en fin, seguramente ahora Olaf Herse y Frank Stretz lo habrían pretendido para su despacho.

Por cierto, en este punto no queremos pasar por alto que, tras dos años de tener su propio estudio y por culpa de una crisis generalizada del sector de la construcción, Olaf Herse y Frank Stretz atravesaron gravísimas dificultades. Empezaron a mandar currículos a diestro y siniestro en busca de un empleo fijo. Como es fácil imaginar, sin embargo, esta iniciativa no fue coronada por el éxito. Pero este hecho no desmerece en nada la moraleja de nuestra historia.

P. D.: Todo esto se aplica también a las cuestiones amorosas. El que confiesa titubeante su atracción a una mujer, por ejemplo con las palabras: «Esto… sabes… tú me gustas mucho», y recibe como respuesta: «Y tú a mí. Pero, y por favor no me malinterpretes, sólo como amigo», no debe reaccionar jamás enfadado ni con extrema frialdad, sino siempre con serenidad. En el rostro del rechazado únicamente debe adivinarse un ligero atisbo de tristeza melancólica, un orgullo que conmueva íntimamente a la amada. ¡Cuán a menudo, tras una primera negativa, se invierte la situación! La desagradable tensión que presidía el ambiente, y que tenía su origen en la incertidumbre sobre la naturaleza de la relación, parece haberse esfumado: el seamos amigos, pues, se ha impuesto. Y, para brindar por la amistad, se pide una copa de vino. Y otra. Hay risas. Y, de pronto, los cuerpos se encuentran.

Aquel que, lleno de indignación, abandona antes de tiempo la mesa de juego del amor es un mal perdedor que tenía en su mano la victoria.

14

EMBAUCAR

Todo el mundo embauca. El revisor del tren, que últimamente, tras haber asistido a varios cursillos de amabilidad, le desea un «magnífico día»; las miradas exageradamente confiadas de los políticos en las fotografías dirigidas por los asesores de imagen; los bienhumorados compañeros de trabajo; el delegado de la oficina bancaria que se interesa con extrema amabilidad por la salud de sus hijos y, unos minutos más tarde, canta las excelencias de un crédito a plazos mientras una empleada de vestido ajustado se apresura a ofrecerle un café.

Siempre queda la duda de si los gestos del cuerpo responden a una cordialidad espontánea o a una premeditada estrategia engatusadora. Ante la duda, usted asume esto último, consciente de que debe aparentar que cree lo primero. Jamás exterioriza su desconfianza —eso le daría un aspecto antipático — y siempre se desenvuelve bien en sociedad, con una cordialidad casi ingenua. Pero sus sentidos están bien aguzados, como los del futbolista antes de lanzar el penalti.

Todo el mundo embauca. Ya hemos escuchado la historia del vinicultor que reafirma su poder mediante una calculada disculpa; la del arquitecto Stephan Karst, que se indigna torpemente en lugar de entrever el contraataque en la derrota; la del joven estudioso que burla con ingenio al viejo y respetado catedrático; y la de la madre que mantiene cerca de ella al hijo excitando su mala conciencia.

La mayor parte de las personas embaucan mediante la mentira. Y no engañan

nunca diciendo la verdad. Pero la cima del arte del fingimiento sólo se alcanza dominando ambas estrategias con perfecta maestría.

Cuando se topa con alguien tan desconfiado como usted —que puede calificarse a sí mismo de gran artista del fingimiento—, debe comportarse con especial astucia. Con todo tipo de tretas, él intentará averiguar su debilidad para aprovecharla. Lo adulará con locuacidad para que se delate. Buscará un secreto que llevarse como prenda.

Momentos después de levantarse de la cama, a usted, periodista de una revista mensual de cultura, le pareció que hacía el día más sombrío de todos los días sombríos de aquel invierno. Tan sólo una minúscula rendija atravesaba la densa capa de nubarrones, permitiendo que un misericordioso rayo de luz iluminara los rostros. ¡En vano esperaban sus conciudadanos aquellos pequeños consuelos desde hacía semanas! La vista a través de la ventana: una desagradable mezcla de lluvia y nieve, el viento azotando el semblante contraído de los transeúntes mientras se apresuraban hacia el trabajo con sus rostros pálidos y sus gruesos abrigos protegiéndoles los frágiles miembros. Sólo el reloj delataba qué hora del día era; la deprimente oscuridad permanecía invariable mañana, mediodía y tarde. Únicamente las tinieblas de la noche tenían la compasión de sumir cada día al somnoliento en dulces sueños y abstraerlo por unas horas de su depresión, lindante con el desprecio por el mundo.

Esa mañana, consiguió arrastrarse de mala gana hasta el tranvía que debía llevarlo a la redacción. Al principio, todos los pasajeros eran madres con bebés que gritaban irritados por el gélido frío, jubilados que se quejaban del reuma y figuras terriblemente desconcertadas de todas las edades, hablando para sí mismas. En invierno, la ciudad mostraba su verdadero rostro: todos vivían, o eso le parecía a usted, por despecho.

De pronto, tras tres paradas, subió al tranvía su colega Heiko Wenzel, redactor de una revista del corazón muy poco de su agrado pero con una gran tirada. Enseguida lo reconoció y exclamó:

—¡Hombre, tú por aquí! ¿Qué tal todo?

Se sentó a su lado sin vacilar, maldijo entre improperios y risas el mal tiempo e hizo algunos comentarios —que a él le parecerían ingeniosos— sobre el *talk show* que había visto la noche anterior, en el que un invitado había metido la pata contando que un amigo le había dicho —en ese momento Wenzel adoptó una expresión de inusitado interés— que usted trabajaba desde hacía tiempo en la redacción de un perfil sobre el actor Walter Sindman, y bueno, pues eso, que

había tenido la suerte de entrevistar en varias ocasiones a la esquiva estrella a la que prácticamente nadie tenía acceso… Sin esperar su reacción, Wenzel prosiguió: corría el rumor de que Sindman tenía intención de mudarse a Alemania con su despampanante mujer. Con aparente despreocupación, le preguntó qué opinaba de ese rumor.

Usted se mostró estupefacto:

—¿Qué dices? ¡Nada de eso, Sindman no se muda a Alemania!

Lo sabía de buena tinta, ayer mismo se lo había preguntado y Sindman lo había desmentido. Todo esto lo dice muy alterado, entrecortándose, incluso intenta torpemente cambiar de tema. Finalmente, después de que los dos se bajen en el centro, se despide precipitadamente —casi presa del pánico— de Wenzel, que antes de alejarse le sonríe con picardía.

A la mañana siguiente, hojea en la mesa de la cocina los periódicos del día. La publicación de Wenzel abre con una pequeña primicia y se convierte así en la primera revista del corazón que se decide a publicar el poco fundado titular: «Sindman se muda a Alemania».

Mira a través de la ventana: como siempre, el cielo más plomizo de la tierra. Sin embargo, hoy se siente un poco mejor. Porque todo el mundo embauca. Pero usted embauca a todo el mundo diciendo de vez en cuando la verdad.

15

MOSTRAR INDIGNACIÓN MORAL

Imagínese a un hombre —se llama Sebastian— que tras un prolongado período sin salir con nadie se enamora perdidamente. ¡Cuántas noches de desazón había pasado Sebastian frente a la ventana, tratando de distraerse! ¡Cuántas noches había recorrido con su mejor amigo, Christian (programador como él), los bares de la ciudad, hablando de esto y de aquello, sobre todo de pisos y del trabajo, mientras con la mirada repasaban disimuladamente a las mujeres!

Un viernes por la noche, tras pedir la tercera cerveza, los dos amigos retomaron su acostumbrada conversación sobre los precios de los pisos, sobre cómo creían que evolucionarían en ése o en aquel barrio, cuando de pronto su mesa se zarandeó, aparentemente sola, ya que alguien —el local estaba hasta los topes— debía de haberse apoyado en ella al tratar de pasar.

—¡Eh! —gritó Christian, irritado.

La interlocutora —había descubierto demasiado tarde que se trataba de una mujer— se dio la vuelta y le obsequió con una sonrisa de disculpa que lo dejó momentáneamente mudo.

Muy raras veces se conoce a alguien en un bar, si no contamos los encuentros fugaces e intrascendentes. A aquella mujer del tropiezo, a la que había salvado la mesa de caer al suelo, los dos amigos estaban destinados a conocerla bastante bien. Cuando volvió del lavabo, Christian la quiso invitar a una cerveza con el pretexto de disculparse por su airado «¡Eh!». Puesto que adornó su ofrecimiento con todo tipo de comentarios graciosos, ella no se negó.

Además, se sentó a la mesa de nuestros dos hombres pues, como se apresuró a contar, su amiga le había dado plantón. De hecho, dijo, ya antes del incidente había decidido irse.

Hablaron de su ciudad, lo que siempre es un buen comienzo, de bares, restaurantes, de los distintos barrios y sus particularidades. Naturalmente, pronto hablaron también de cuestiones de trabajo. Desde que había terminado la carrera, Kirsten, que así se llamaba, organizaba conciertos, sobre todo de bandas de jazz locales.

Sebastian, que la observaba atentamente, se dio cuenta de que cada vez que se reía se pasaba la mano derecha por el cabello, siempre con un punto de nerviosismo, y también de que uno de sus incisivos era ligeramente más corto que su hermano; su único defecto, pensó, ya que por lo demás parecía perfecta; un pequeño fallo que la hacía terriblemente atractiva. Además, le gustaban sus extrovertidas muestras de entusiasmo cuando hablaba de los distintos estilos de jazz: hard bop, cool jazz, fusión jazz… Apenas entendió nada, pero sí lo suficiente como para enamorarse perdidamente.

Sin embargo, con qué desagrado descubrió, mientras intervenía esporádicamente y con gran excitación en la conversación, generalmente con algún comentario esforzadamente gracioso sobre lo que se acababa de decir, que Christian y Kirsten se miraban a los ojos con más intensidad de lo que era estrictamente necesario en aquella conversación intrascendente, incluso que de vez en cuando se producían entre ellos contactos corporales aparentemente casuales. Por ejemplo, si a uno le venía a la cabeza una anécdota, ponía la mano en el hombro del otro. Con el pretexto de que tenía un montón de cosas que hacer a la mañana siguiente, Sebastian se despidió reprimiendo su decepción y salió hacia la noche primaveral.

Casualmente, Sebastian volverá a encontrarse con Kirsten. En la panadería, dos semanas más tarde, hacia el mediodía. Gracias a la insoportable vanidad de Christian, Sebastian sabe que se ven de vez en cuando. Han comenzado una relación aún poco clara. Poco clara porque Christian tiene novia y ahora, supuestamente atormentado, va de la una a la otra sin que ninguna sospeche de la existencia de su rival.

Sebastian le pregunta a Kirsten si le apetece tomar un café. Ella sonríe, enseñando su incisivo algo más corto:

—¿Por qué no?

En la cafetería, donde, aparte de una mujer mayor que habla sola, son los

únicos clientes, Sebastian, como si fuera un viejo amigo suyo, se decide a advertir a Kirsten. Empieza con extrema precaución, pero al final la traición se erige en toda su magnitud: hace años que Christian tiene pareja estable. No hubiera querido, añade rápidamente Sebastian, tener que contárselo, pero de algún modo, bueno, no le parece correcto que se la utilice a ella, a Kirsten, por mera diversión y sin ningún propósito serio.

¿Quién se atrevería a dudar de que, con esta revelación, Sebastian ha actuado con enorme habilidad? Ha simulado indignación moral y la ha expresado con precaución y todo tipo de rodeos, por lo que ha parecido completamente sincero. Pero Sebastian no podía sospechar que la propia Kirsten, y desde hace ya tiempo, mantiene una relación sólo moderadamente feliz con alguien (un abogado bastante jovial) y, por ello, estalla en una sonora carcajada, pagará rápidamente el café y, con el pretexto de tener un montón de cosas que hacer por la tarde, desaparece, no sin antes despedirse de Sebastian con una mirada burlona no exenta de lástima.

Aquel que pretenda indignarse moralmente que tome nota: siempre debe investigar antes de expresar opiniones éticas para determinar si su arma tendrá algún efecto en el destinatario. Pues muchas personas, como es natural, son lo suficientemente astutas para recibir toda indignación moral con la mayor de las desconfianzas. De hecho, la indignación moral ha engendrado todo tipo de infamias: la Inquisición, el Comité de Salvación Pública, la confesión obtenida en el potro de tortura… La mayoría de las veces, la indignación moral oculta que persigue un interés muy distinto del que dice perseguir.

16

ABANDONAR LA FIESTA EN EL MOMENTO JUSTO

La afirmación de que el consumo de alcohol enturbia la capacidad de entendimiento es un enorme prejuicio. Quien afirma tal cosa pocas veces habrá consumido grandes cantidades de bebidas alcohólicas, pocas fiestas habrá abandonado haciendo enormes eses y nunca habrá explorado mediante efusivos besos con lengua a una conocida lejana en el sofá de un desconocido.

No, lo cierto es todo lo contrario: el alcohol, consumido en grandes cantidades, no enturbia el entendimiento; lo agudiza, aunque a veces de un modo desagradable. Uno vive siempre más aletargado en estado sobrio, y por eso la bebida es un vicio tan peligroso: despierta estados de ánimo que estaban adormecidos en nosotros.

¡Cuántas parejas se han ido al traste cuando, en el transcurso de una fiesta loca, una mujer ha visualizado con clarividencia la triste condición de su relación! Anja, por ejemplo. Naturalmente, ya en estado sobrio se había enfadado muchas veces por la falta de atención de Timo, su novio, quien parecía mirarse el ombligo todo el tiempo desde su inesperado éxito con el pequeño café que había abierto unos meses atrás en un barrio poco concurrido de la ciudad.

En contra de todos los consejos de sus amigos, Timo había abandonado la carrera de biología, que se le estaba eternizando, y había empezado a hablar, primero sólo vagamente, de montar su propio negocio. Un día, para consternación de Anja, en un acto de enorme —y, para ella, irracional— resolución, alquiló un antiguo bar, vacío desde hacía tiempo, y lo convirtió en un agradable café para las madres del barrio. Y ahí acuden ahora, efectivamente, las

madres con sus bebés para charlar de la educación de sus hijos, de guarderías y de marcas de zapatillas deportivas. De fondo, cosa que a las mujeres les gusta mucho, suenan las canciones interpretadas con voz lasciva de una célebre cantante francesa. En resumen, un éxito rotundo que sin embargo, según le parece a Anja, trae consigo el efecto secundario de que Timo está pagado de sí mismo casi hasta la ofuscación y ya no le hace ningún regalo como antes, ni siquiera un triste Kinder. Por no hablar de aquellas botellas de buen vino que en otros tiempos tomaban juntos en la cama entre risas y bromas. Ahora, Timo se pasa el día en su café, con las madres, lo que a Anja le duele por partida doble, puesto que le procura un inconfesado deseo de tener niños.

La verdad es que Timo, antes de su éxito con el café, hacía ya tiempo que no le hacía ningún regalo a Anja más que muy esporádicamente. Como en nuestro caso, muchas parejas fracasan porque uno de sus integrantes experimenta un cambio drástico en su vida, ya sea por propia iniciativa o por casualidad, ya sea a mejor o a peor. Se rompe el delicado equilibrio de fuerzas de los amantes, uno de ellos se siente perjudicado y más pronto que tarde se pregunta por los motivos de que la pareja ya no funcione. Y motivos siempre hay, motivos que camuflan el verdadero obstáculo para que la relación siga adelante: el amor propio del perjudicado se ve repentinamente insatisfecho. Entonces, el perjudicado empieza a decir que el otro es un arrogante, que no le hace caso, etc., etc.

Pero la insatisfacción latente de Anja con respecto a su novio no aflora hasta que la pareja acude a la fiesta que la mejor amiga de ella, Verena, celebra por su cumpleaños. Tras haber consumido dos cervezas, tres copas de tinto peleón y, para rematarlo, dos chupitos…

¡Alto! No queremos anticiparnos. La noche, de hecho, comienza más o menos de buen humor. Timo vuelve del café antes de lo previsto, y Anja se pone muy contenta. Sin embargo, poco después tiene que presenciar cómo su novio, tras cenar algo apresuradamente y de pie en la cocina, se sienta ante su portátil con el pretexto de tener que escribir algunos correos urgentes.

Durante el viaje en metro hasta la fiesta de Verena, Anja y Timo se sientan muy juntos, ella con un alegre vestido estampado de colores, él con una americana ligera y, como contrapunto irónico, una camiseta ceñida y unos vaqueros un poco demasiado largos. Anja le examina la barbilla, que desde hace un tiempo, por razones estéticas, él se afeita muy esporádicamente, lo que a ella le parece casi ridículo debido a que Timo es prácticamente imberbe.

Además, Anja opina que últimamente él exagera con la colonia. Se ha

rociado tal cantidad que seguro que a los demás pasajeros les resulta francamente molesto.

En la fiesta, que está muy concurrida y transcurre entre risas, charlas y, en las habitaciones despejadas de muebles, también entre frenéticos bailes, no tardan en separarse, en parte debido a estas observaciones hechas durante el viaje en metro.

Se hace difícil reconstruir el motivo preciso que empujó a Anja, a la una de la madrugada y mientras la fiesta proseguía en plena animación, a darle una sonora bofetada a Timo, que estaba sumido en su particular conversación, hecho que, como es de imaginar, fue objeto de comentario durante semanas entre los invitados que presenciaron la escena. Muchos factores se conjugaron en la ejecución de aquel acto.

Así pues, el desastre comenzó con dos cervezas. Tras beberlas en la cocina con Verena y uno de sus amigos, Andreas, que había viajado desde Renania expresamente para la fiesta (un tipo más bien rollizo que se mostraba divertido y algo obsceno), Anja, camino del cuarto de baño, descubrió con cierta sorpresa que Timo estaba bailando, cosa que no hacía casi nunca. Y no bailaba mal.

Anja volvió a la cocina. Andreas, que la estaba esperando, le alcanzó una copa de vino y, gesticulando con excitación, contó alguna cosa sin demasiado interés, algo sobre los merovingios, sobre los que escribía su tesis doctoral. Poco después, Anja se encontraba en el estudio de la anfitriona, donde también se agolpaban los invitados charlando animadamente, entre ellos su novio. Timo, irritado por un instante al ver aparecer a Anja, como si se hubiera olvidado de ella, le presentó a su interlocutora: Sabine, una mujer alta y, pensó Anja, exageradamente maquillada, en la treintena, con zapatos de punta, que, al verla, quién sabe por qué razón, se echó a reír. Timo, para chinchar cariñosamente a Anja, remarcó que había conocido a Sabine bailando. ¡Qué lástima que Anja hubiera preferido charlar en la cocina! ¡Con lo que le gusta bailar con ella! Sabine se reía sin tapujos.

Anja, que enseguida se cansa de que le tomen el pelo, dijo que su mejor amiga, Verena, la esperaba en la cocina y abandonó la habitación con un enfado apenas disimulado y sin despedirse de Timo con caricia ni palabra alguna. En la cocina, sin embargo, no estaba Verena, sino, para terminar de exasperarla, otra vez Andreas, que diligentemente le puso en la mano una segunda copa de vino y, por lo poco que Anja escuchó, empezó a hablar sobre su exmujer María y sobre su hijo en común, al que lamentablemente sólo podía ver de vez en cuando. Ella

le miraba los ojos vidriosos y las manos, que, alimentadas por el relato de su amo, se movían sin parar como si funcionaran autónomamente.

Anja se mantenía de pie ante él con los brazos cruzados, tambaleándose ligeramente, simulando atención, incapaz de buscar otro sitio, concentrada en un único pensamiento por el efecto de dos cervezas y una copa y media de vino: que Timo había echado a perder su vida. Hace diez años que están juntos, y ahora ella tiene treinta y cinco. ¡Vaya mierda de vida, desperdiciada en las fiestas más aburridas con él, con ese arrogante Rey del Café! Siempre tiene que ser el centro de todo. Siempre. Primero la crisis existencial y la carrera dejada a medias, después la larga época de especulaciones e indecisiones sobre la idea de montar un negocio, y los estúpidos problemas con sus padres, que siempre se estaban metiendo en su relación… ¡Y ahora, obnubilado por el éxito, se da esos aires, ese Bocazas del Café! Bocazas del Café…, al ocurrírsele la expresión no pudo evitar soltar una amarga carcajada. Andreas se quedó pasmado, pues en ese momento contaba con todo lujo de detalles su separación y esperaba más bien una mirada de compasión.

Finalmente Verena entró en la cocina, aún sofocada por el baile.

—Qué, chicos, ¿todavía charlando?

—Una gran fiesta, Verena —dijo Anja, arrancada inesperadamente de sus sombríos pensamientos—, pero estoy agotada. Me voy a ir a casa.

—¡Vaya! —exclamó su amiga cariñosamente mientras la estrechaba entre sus brazos—. Pero, antes, bebamos un chupito.

El chupito en cuestión, como cualquiera puede imaginar, no consiguió animar a Anja. El segundo tampoco. Y cuando se dirigía de nuevo al cuarto de baño con paso tremendamente vacilante (casi tropieza con una botella en medio del pasillo), observó de reojo que Timo continuaba hablando —ahora muy animadamente— con Sabine, que, como quien no quiere la cosa, lo cogía del brazo. Anja se precipitó en el estudio, encendida por el alcohol y los nefastos recuerdos de sus años desperdiciados, se plantó frente a la pareja, que la miraba con sorpresa, y, sin mediar explicación alguna, le dio una sonora bofetada a Timo, quien, con media cara enrojecida, se quedó mirándola, estupefacto.

Lo que ocurrió a continuación se puede resumir brevemente: silencio sepulcral en la sala; un millar de miradas, le pareció a Anja, como alfileres (incluso Andreas entró en el estudio lleno de curiosidad); Verena apresurándose a llevarse a su mejor amiga al dormitorio y, con todo tipo de palabras de consuelo, meterla en la cama para que se le pasara la borrachera. Y Anja,

efectivamente, tras murmurar algunas maldiciones para sí y un par de ataques de risa, se durmió enseguida.

Baltasar Gracián escribió: «Tan importante es una lúcida retirada como un ataque esforzado». Esta frase es mucho más cierta todavía cuando entra en juego el alcohol. El alcohol intensifica las emociones negativas hasta el punto de que, al final, puede resultar contraproducente. La escalada interior provocada por el alcohol hacia un conocimiento preclaro y desagradable lleva a una desinhibición contraria a toda disciplina corporal. Quien llega a una fiesta ya de mal humor debería beber con prudencia, evitar a toda costa las bebidas fuertes e irse a casa pronto.

En cambio, aquel que llega de un humor jovial puede comportarse casi exactamente al revés. Puede beber generosamente, tener conversaciones acaloradas y besar bocas de personas desconocidas hasta que despunte el alba. Generalmente, beber en una fiesta mientras se desborda alegría no resulta impopular. Al fin y al cabo, el artista del fingimiento sabe que jamás debe ser reconocido como tal. Por ello es importante beber de vez en cuando en grandes cantidades, de tal modo que uno no sea tomado por alguien que peca de exceso de autocontrol y contención, algo que nunca está bien visto.

Tan sólo dos días después de la memorable fiesta de Verena, el piso hasta entonces compartido por nuestra infortunada pareja se llena de cajas de embalaje. Cuando Anja, tras un último y silencioso abrazo de Timo, se va, éste se queda sentado unos minutos en la cocina, sumido en sus pensamientos. Luego, reponiéndose un poco, coge su móvil y manda a Sabine un SMS con intencionado buen humor: «¿Un cafe? ¿Hoy? ¿O mejor mañana?».

P. D.: A Timo le había irritado bastante que durante el resto de la fiesta, después de que Anja le diera la bofetada, Sabine, sin duda para no empeorar más su crisis de pareja, hubiera mostrado un enorme interés en las explicaciones de otro hombre.

17

UTILIZAR EL HUMOR

La que más habilidad exige de todas las artes del fingimiento: el humor. Con ello no nos referimos al burdo chascarrillo hoy amenazado de extinción: Pregunta Eva a Adán: «¿Todavía me quieres?». Contesta Adán: «Pues claro. ¿A quién voy a querer, si no?». No, ante estas palabras nos limitamos a esbozar una sonrisa cansina. Nos referimos más bien a la rapidez de pensamiento, a los reflejos intelectuales y a la espontaneidad, virtudes que a todos complacen. Y complacer siempre resulta útil.

Siete hombres y dos mujeres estaban sentados en torno a una mesa oval. A su alrededor, amplios ventanales, pero una luz mortecina: llovía. Por lo menos estaba la vista de la ciudad: un mar de casas y anuncios luminosos, un tren que se deslizaba silenciosamente.

El señor Marten defendía con ahínco una inversión inmobiliaria. Según él, el complejo arquitectónico de Dettersheim era una oportunidad muy propicia. Quedaba un poco a trasmano, de acuerdo, pero le había llegado por fuentes fidedignas que, al año siguiente, el senado decidiría finalmente unir Dettersheim con el centro mediante una prolongación del tren suburbano. Entonces los alquileres subirían como la espuma. ¡Recomendaba encarecidamente comprar!

La señora Kayser se mostraba circunspecta. Sobre todos los proyectos de construcción de la infraestructura urbana, intervino, pendían retrasos de alcance imprevisible. Eran proyectos, pero lo que no estaba decidido, no estaba decidido. ¡No le iban las cosas tan bien a la inmobiliaria Wanders GmbH & Co. KG como para aventurarse en compras especulativas basadas en vagos rumores! Los labios

de la señora Kayser eran ahora como una fina línea; se alisó el vestido negro y miró al señor Marten con el semblante serio, casi sombrío.

Mientras se pasaba fugazmente el dedo por encima de la nariz, el señor Marten replicó que, cuando el senado aprobara la decisión, ya no tendría sentido comprar, pues el precio se pondría inmediatamente por las nubes. ¿Comprendía eso la señora Kayser?

Lo dijo con aspereza, pero con una sonrisa. Y recorriendo la mesa con la mirada. Todos los presentes lo observaban expectantes, pues se disponía a proseguir su exposición, lo que se adivinaba por el hecho de que, durante su pequeña pausa, había alzado titubeante el dedo índice, aunque sin levantar el brazo de la mesa. Ahora, el señor Marten ladeó la cabeza directamente hacia la señora Kayser y dijo con serenidad:

—Querida señora Kayser, no le van las cosas tan bien a la inmobiliaria Wanders GmbH & Co. KG como para poderse permitir el desánimo.

¡Así de sencillo es utilizar el humor! El señor Marten construyó su frase exactamente igual que la señora Kayser («no le van las cosas tan bien a la inmobiliaria Wanders GmbH & Co. KG como para…»), pero llenó la estructura sintáctica con el contenido opuesto. En aquella tensa situación, su acción bastó para provocar unas risillas casi animadas entre los participantes en la reunión. La señora Meyerhoff, la corpulenta secretaria de dirección, rió abiertamente. Claro que ella reía abiertamente hasta con los chistes más dudosos. Incluso la señora Kayser forzó una pequeña sonrisa, ya que, tal como razonó inmediatamente y con acierto, una expresión huraña le habría granjeado la antipatía de sus colegas.

Con frecuencia lamentamos el poder excesivo de la retórica. Y no sin razón. Todo aquel que vea un debate político o un duelo televisivo entre los candidatos a canciller, presiente que no son los argumentos de peso sino la habilidad de las frases, la agudeza del discurso y la mirada confiada lo que decida quién se granjeará las simpatías de la audiencia. El humor, que siempre es recibido con gratitud puesto que el mundo ya desborda de por sí demasiada seriedad, aburrimiento y cosas desagradables, es un arma de la que es necesario apropiarse. Pues resulta tremendamente difícil, como ya hemos considerado en otra ocasión, burlarse de alguien en público sin quedar como un tipo odioso. El humor, en cambio, tiene un doble efecto: hace que uno parezca simpático ante los espectadores, y así disfraza el hecho de que, a menudo, se utiliza no para el disfrute general de los presentes sino para herir a un contrincante.

Pues ¿quién se atrevería a negar que la señora Kayser se sintió herida por el

comentario del señor Marten? La decisión de los reunidos con respecto al complejo arquitectónico de Dettersheim es fácil de adivinar: se aprobó la inversión.

Sin embargo, como es sabido, la señora Kayser tenía toda la razón: a día de hoy, Dettersheim todavía no tiene estación de ferrocarril suburbano. Una sorprendente reelección retrasó hasta nuevo aviso la ampliación de la red de cercanías. En lugar de ello, todos los esfuerzos se centran ahora en el generoso ensanchamiento de la autopista urbana; Dettersheim, un municipio escarpado, no tiene autopista. El complejo, renovado de arriba abajo —incluso se colocó estuco nuevo—, espera en vano la llegada de inquilinos. La agencia inmobiliaria con la que ya habían colaborado en casos desesperados como éste para encontrar compradores no es nada de envidiar. Un tal Heinrich Walter se esfuerza todo lo que puede, pero con escaso éxito. En pocas palabras: la inversión obsequia a la Wanders GmbH & Co. KG con un déficit cada vez mayor.

Este desafortunado desarrollo de los hechos, sin embargo, no desmerece en nada el poder del humor. Simplemente subraya su peculiaridad: el humor tiene tendencia a prescindir del sentido común. Es injusto, creador de mayorías, antidemocrático y quintaesencia del poder del carisma.

A menudo se cree que el humor no se puede aprender como ir en bicicleta o nadar. Ciertamente, el espíritu agudo es un regalo de los dioses. Pero algunos de sus mecanismos básicos se pueden ejercitar: por ejemplo, la exageración graciosa de las cosas o el comentario irónico sobre los propios rasgos personales (el acento de pueblo, la estatura, un título académico…).

Sin embargo, precisamente aquellos que han adquirido el humor a base de esfuerzo pero que todavía no lo han interiorizado del todo, exageran con facilidad. Pocas cosas hay más enojosas que las personas que bromean sin parar, como si su destino fuera entretener al mundo entero. En el ejemplo del señor Marten se puede observar perfectamente hasta qué punto es importante pasar directamente de la mayor seriedad al comentario gracioso, en lugar de bromear cuando, de todos modos, ya todo el mundo está riendo.

El humor bien administrado gusta tanto que hace que se disculpen rasgos que normalmente resultan odiosos: por ejemplo, la agresividad, como ilustra la reunión de la Wanders GmbH & Co. KG, o la vanidad. Precisamente el escritor Franz Kafka, célebre por su timidez, expresó esta idea en una carta a un editor. Le envió algunos manuscritos, añadiendo que esperaba su respuesta: «Después de todo, aun poseyendo la máxima práctica y siendo un gran entendido en estas

cosas, no se ve a primera vista lo malo que hay en ellas».

18

INSPIRAR CONFIANZA

Un hombre contó hace poco una historia sobre su médico de cabecera. Una vez, mientras le realizaba una exploración detallada, le había confiado que a veces le costaba obtener la verdad sobre los hábitos de algunos de sus pacientes, sobre todo de los hombres. Algunos caballeros se presentaban en la consulta a primera hora, con aire inocente, recién afeitados y alegres, celebrando el buen tiempo o hablando de cualquier otra nimiedad; él los observaba con gravedad y rápidamente les hablaba de los alarmantes índices hepáticos que el análisis de sangre llevado a cabo después de la sospecha inicial había confirmado.

El médico siguió contando que, a continuación, preguntaba abiertamente a los pacientes si bebían mucho. Entonces los pacientes reían, disimulando visiblemente su inseguridad. Así pues, cuánto bebían, insistía el médico. Siempre obtenía la misma respuesta: bueno, claro, en las fiestas uno siempre se pasa un poco, en los viajes de negocios siempre hay alguna celebración por la que brindar, etc., etc.

El médico, que lucía barba y tenía una voz profunda y sonora, lo que le procuraba un buen número de pacientes femeninas, relató que, ante los hombres que tendían a la minimización descarada de sus hábitos de bebida, había adquirido la costumbre de comenzar la conversación confesándoles alegremente, como distraído, que nunca salía de casa sin un pequeño trago matinal. Iba bien para la circulación. Con esta pequeña artimaña, contaba el médico, conseguía que los pacientes adquirieran una gran locuacidad. Incluso le parecía que ahora exageraban su nivel de consumo de alcohol con cierta fanfarronería. Y, con esta

estrategia, había descubierto una regla básica del comportamiento humano: uno sólo consigue despertar confianza en los demás si les da a entender que comparte sus intimidades. Finalmente, satisfecho porque no había encontrado ningún tipo de anomalía en las funciones corporales del hombre, le pidió que se vistiera de nuevo.

¡Con qué astucia embaucaba ese médico, que, por cierto, raras veces salía de casa sin tomar secretamente un traguito! En efecto, siempre se consigue la confianza ajena mediante una indiscreción propia. Sin embargo, ¡cuán a menudo esta estrategia, por lo demás totalmente recomendable, se convierte en un asunto delicado! Pues toda confesión es como un triunfo que se entrega solícitamente. En otras palabras: es un arriesgado pago por adelantado. Por ello, en general resulta aconsejable inspirar confianza con una confesión que a los demás les, parezca importante pero que en realidad no lo sea.

Usted conoce a un nuevo compañero de trabajo: Sebastian Senner, más o menos joven, atlético y bronceado. Todavía está un poco confuso por las primeras impresiones, así que agradece mucho poder hablar con usted mientras comen juntos una ensalada de rúcula aderezada con unas escasas lonchas de queso de cabra. Usted no tarda en comentar la reunión de la mañana, iniciada con la presuntuosa intervención de su jefe común, que con expresión circunspecta ha hablado de ciertas dificultades para cumplir los plazos en diversos proyectos de su fábrica de móviles, por lo que ha exigido un gran esfuerzo por parte de los empleados.

El jefe ha lamentado la falta de motivación con hábiles frases que apenas podían tildarse de amenazadoras pero que, teniendo en cuenta las anteriores experiencias de cómo ha tratado la empresa a los trabajadores poco aplicados, albergaban toda clase de malos augurios.

Ahora, tras la recapitulación de la desagradable reunión, usted se inclina ostensiblemente sobre la mesa, sonriendo a Sebastian Senner con complicidad. No sin antes recorrer el local con la mirada ligeramente inquieta. ¡Uno de los compañeros, o incluso el jefe, podría estar comiendo en ese mismo restaurante y escuchar la conversación con la cabeza oculta tras un periódico! Su jefe, susurra usted, seguramente él, Sebastian Senner, ya se habrá dado cuenta, es la persona más vaga que hay sobre la capa de la tierra, y se distingue por una única capacidad: distribuir el trabajo más duro entre los empleados, apartándose todo lo posible del mismo y, de este modo, descargando las decisiones difíciles sobre los demás. Esta distribución de las tareas desagradables parece exigir un gran

esfuerzo, pero muchos compañeros han descubierto desde hace tiempo que sólo se trata de una ocupación destinada a disfrazar descaradamente que al jefe lo supera el trabajo.

En este punto, debe indicarse que Sebastian Senner, el joven programador que durante su malévolo discurso, sin saber cómo comportarse, se ha limitado a asentir inexpresivamente, ha sido fichado hace pocas semanas por su jefe, que se lo arrebató a una empresa de la competencia. Sebastian Senner siente hacia él, un tipo en la cincuentena con cierto sobrepeso y siempre sobreexcitado cuyo rostro se ruboriza a menudo como si sufriera hipertensión, una leal simpatía, ya que le hizo una oferta económica muy generosa. Ahora se pinta a sí mismo, con los colores más resplandecientes, un alentador futuro en la nueva empresa.

Usted es perfectamente consciente de que Sebastian Senner, que seguramente tiene su talento, podría convertirse fácilmente en un peligroso competidor para usted, ya que goza de cierta fama en el sector en su misma especialidad, el diseño de tecnologías de la información.

Así las cosas, es fácil deducir que su arriesgado pago por adelantado, es decir, su desahogada diatriba contra el jefe, ha sido un error. En cualquier caso, eso es lo que piensa Sebastian Senner, quien se ríe para sus adentros de su ingenuidad.

Dos semanas más tarde, el jefe llama a Sebastian Senner para una pequeña charla cara a cara. Cuando éste entra en su despacho, el jefe está tomando apresuradamente un café con leche mientras muerde un cruasán y ojea los titulares de un montón de periódicos extendidos sobre su escritorio. En ese momento, el jefe se reclina en su butaca y comenta cuánto le alegra observar lo bien que él, Sebastian Senner, parece sentirse en la empresa. Le complace comprobar que el proyecto en el que participa está experimentando grandes progresos.

Así, en un primer momento, intercambian irrelevantes comentarios obsequiosos. Hacia el final de la conversación, como quien no quiere la cosa, el jefe le pregunta qué le parecen sus compañeros. En ese momento, Sebastian Senner, aparentemente atormentado por el remordimiento, simula reticencia a hablar con franqueza, como si le doliera enormemente.

—¡Evidentemente, cualquier cosa que digas quedará entre nosotros! —interviene rápidamente el jefe.

Y Sebastian Senner, que también le ha reconocido a usted como posible competidor, cuenta la conversación que mantuvieron hace un tiempo y añade que

le tiene tanta confianza a él, al jefe, que considera un deber informarle de que usted se dedica a intrigar contra él de la manera más burda.

—¿Ah, sí? —dice el jefe mientras muerde nerviosamente una punta de su cruasán, y dedica a Sebastian Senner, para su estupefacción, una mirada extremadamente seria, casi hostil. A continuación, con el pretexto de que tiene que hacer una llamada muy importante, le pide que abandone el despacho.

Naturalmente, el jefe, después de haber trabajado con usted durante tantos años, le tiene mucho más aprecio y confianza que a un empleado nuevo del que todavía no sabe de qué pie cojea. Así pues, solo en su despacho, mientras mira melancólicamente a través de la ventana, llega a la conclusión de que Sebastian Senner se ha inventado su relato para perjudicarlo. Ah, qué penoso, piensa el jefe mientras se acaricia la barriga con fastidio, que cada nueva contratación traiga consigo este riesgo…

El jefe, por cierto, es cualquier cosa menos vago. Lo peor que se puede decir de él es que, sin siquiera haberla leído, ha hecho suya con cierto éxito una máxima de Gradan: «Hacer uno mismo todo lo que agrada a los demás; por terceros lo que les disgusta».

Es fácil de imaginar a cuál de los dos se le encargarán en las próximas semanas y meses tareas importantes y susceptibles de hacerlo progresar en su carrera. Naturalmente a usted, no a su competidor, que intentó rápidamente sacar provecho de su conocimiento y, con ello, pasó por alto una regla básica del arte del fingimiento: en los movimientos estratégicos importantes jamás debe actuarse con precipitación.

Es fácil comprender a partir de esta historia que sólo se puede mostrar confianza sin temor cuando uno parte de una posición de fuerza: el médico ante sus pacientes, el empleado con antigüedad ante un compañero nuevo. Y, con algo de suerte, uno descubrirá cosas de su interlocutor que, más tarde, pueden serle útiles.

Todos los demás, sobre todo aquellos que todavía no estén muy familiarizados con el entorno en el que se mueven, harán bien en tener en cuenta la siguiente máxima a la hora de demostrar confianza: contar siempre secretos sólo aparentemente importantes. Las ganas de confiarse sin tapujos a los demás son terriblemente perjudiciales. Aunque la tentación de airear un secreto antes de tiempo es siempre enorme.

19

PARECER CULTO

Hoy en día, gustan mucho las personas que pueden exhibir cierta cultura. Sin embargo, quien exhibe su cultura puede fácilmente hacerse sospechoso de arrogancia. Por ello, uno debe siempre mostrarse culto sin parecer pretencioso.

En cualquier caso, usted debe procurarse, como Frank y su novia Angelika, un piso en el que la cultura salte a la vista. Si usted, como nuestra pareja, se encuentra alrededor de la treintena, el piso deberá estar situado en un barrio que todavía no se haya rehabilitado del todo. Por ejemplo, las paredes pueden estar repletas de pintadas que ofenden la vista, y si muy de vez en cuando se pierde por la zona algún mendigo renqueante, tanto mejor, pues los visitantes se llevarán la impresión de que usted no es un burgués. Sea como sea, alguien más o menos joven no debe vivir nunca en barrios que puedan provocar las burlas de los amigos por ser refugio de viudas ricas, sino siempre en aquellos que, en cierto modo, están a medio camino de convertirse de más o menos buenos en muy buenos.

Poco a poco van desapareciendo los obreros que escupen en la acera y piropean a las mujeres mientras toman su cerveza matinal, pero todavía deben quedar algunos. Tampoco deben faltar unos cuantos extranjeros de pocos recursos, siempre y cuando en las guarderías supongan una gran minoría y, de este modo, olviden rápidamente su lengua materna. Pero siempre debe haber unos pocos para que los visitantes puedan ensalzar la vida y el color que se respira en las calles, o sea la jarana, para entendernos. Los homosexuales son explícitamente bienvenidos. Sobre todo los gráciles camareros que brincan en las

cafeterías. La conformación del barrio debe hacer que los padres lo consideren un poquito depravado, lo que garantiza a los hijos una dulce sensación de rebeldía hasta que alcancen la edad adulta.

El piso de Angelika y Frank tiene éxito por sus techos altos, su gran balcón y el parqué auténtico. Tienen un sofá color vino en el que les gusta acurrucarse. Frank es arquitecto y, tras una época no exenta de dificultades como autónomo, vuelve a trabajar contratado. Angelika, fotógrafa, le ha pedido hace poco a Frank que le diseñe una bonita página web para que en el futuro le lleguen más encargos.

A nuestra pareja le gusta leer. A lo largo de los años han acumulado un buen número de libros. De literatura y de divulgación: libros de consejos (algo sobre la felicidad), volúmenes ilustrados de gran formato, buenos libros de cocina… y los tratados de historia de la arquitectura que Frank ha reunido durante los últimos años debido a su trabajo, más por sentido del deber que por verdadero interés.

Todos los libros están en el salón, colocados en estantes blancos que llegan hasta el techo. Alcanzan sin dificultad los volúmenes situados en la parte más alta, ya que, cuando se suscribieron a un importante periódico, recibieron como regalo una pequeña escalera de caoba. La escalera en cuestión se puede transformar con pocas maniobras en un pequeño taburete, lo que resulta de lo más práctico, aunque hasta ahora no la han utilizado nunca de esta forma.

Una noche de otoño en que se oía el susurro del follaje de los árboles en la calle, la pareja esperaba a cenar por primera vez al jefe de Frank, Jürgen, acompañado de su mujer. Como es costumbre hoy en día, Frank mantiene con su jefe una relación casi de amistad: en la oficina se tutean con toda naturalidad, toman café juntos, etc.

Se saldría del marco de esta historia contar detalladamente todos los esfuerzos que nuestra joven pareja dedicó a la preparación del menú de tres platos durante la tarde de aquel sábado. Tras largas consideraciones, habían decidido ofrecer a sus invitados como plato principal algo que se distinguiera no por su extravagancia sino por su sabrosa sencillez. Un plato, por decirlo de algún modo, de una cotidianidad refinada para no provocar un ambiente forzado: pasta siciliana con el toque sorprendente de que la pasta se mezclaba con rodajas de patata sin pelar. La salsa de pesto la prepararon ellos mismos, lo que, por cierto, resulta mucho más sencillo de lo que se suele creer (100 g de albahaca, o 1 o 2 manojos; 3 cucharadas de piñones; 2 dientes de ajo; 5 cucharadas de parmesano

rallado; sal y pimienta. Se trituran los ingredientes hasta obtener una masa fina homogénea. Se añaden 120 mg de aceite de oliva virgen y se rectifica de sal y pimienta).

El hecho de que la velada no transcurriera de forma satisfactoria para nuestros anfitriones no tuvo nada que ver con la comida, que fue elogiada con una euforia ciertamente preocupante. Nada más hincar el diente en la mezcla de pasta, pesto y patatas, Jürgen profirió, con la boca todavía llena, un «¡Mmmmmmh, está riquísimo!» que fue confirmado por su mujer mediante enérgicos movimientos de cabeza y un jovial «¡Verdaderamente delicioso!». (La mujer del jefe, para más detalles, es editora en una editorial de arquitectura. Conoció a Jürgen, veinte años mayor que ella, durante una ambiciosa publicación conjunta. Ella hizo fotografiar por fuera y por dentro unas atrevidas casas adosadas construidas por el estudio de él para reunir las imágenes en un volumen ilustrado que se abría con un agudo artículo de un historiador de la cultura. *A posteriori* puede decirse que el proyecto cosechó un escasísimo éxito, apenas setecientos ejemplares vendidos. En cualquier caso, aquello fue el inicio de un gran amor).

Antes de pasar a la sobremesa, comentemos rápidamente que los invitados fueron recibidos de un modo muy propio de nuestros tiempos: se vuelven a valorar cada vez más las buenas formas, pero existe una gran inseguridad sobre cómo debe uno comportarse. Cuando Frank y Angelika abrieron la puerta y tuvieron ante sí a los invitados, todos estaban un poco cohibidos. Por ejemplo, Angelika se formuló todo tipo de interrogantes: ¿debía saludar primero a la mujer de Jürgen, a quien no conocía, con besos en la mejilla, o dar primero la mano a Jürgen? ¿O primero debía saludar a Jürgen con besos en la mejilla y dejar que él presentara su mujer a los anfitriones?

Al menos, no se puede negar a los anfitriones su voluntad a la hora de guardar las formas: Frank saludó a la mujer de su jefe con besos en la mejilla. Tres besos, alternativamente, en las mejillas izquierda y derecha. La mujer del jefe esperaba un cuarto beso y, por culpa de esta confusión, por poco chocan sus cabezas; un desagradable incidente que quedó disimulado gracias a las risas desenfadadas de la mujer del jefe. Al mismo tiempo, Angelika ayudaba a quitarse el abrigo a Jürgen, quien, liberado de dicha prenda, le alargó la mano a Frank. A continuación, Frank presentó a las dos mujeres, que, sin saber exactamente qué hacer, se dieron también la mano. Con toda aquella agitación, Jürgen y Angelika olvidaron saludarse, pero como todos empezaron enseguida a

charlar nadie le dio mayor importancia.

No sólo la comida cosechó grandes elogios. También el vino, un Burdeos Saint Estéphe, pareció ser del agrado de los invitados. En cualquier caso, Jürgen hizo algunos comentarios de aprobación sobre la bebida. Hay que decir que a los anfitriones Jürgen les pareció muy locuaz, pero como era con diferencia el mayor de la mesa (nacido en 1946) y sus relatos estaban cargados de ricas experiencias vitales (movimientos estudiantiles, dos exmujeres, una buena carrera), les pareció bien que fuera él quien llevara el peso de la conversación.

A Angelika, quien por cierto había observado que Jürgen, con su carismático rostro lleno de arrugas y a pesar de su ligero sobrepeso, era un tipo muy atractivo, sólo le molestó que su invitado, empujado por su discretamente maquillada mujer, dirigiera tras la tercera copa de vino la conversación hacia la arquitectura.

De todos los grandes arquitectos, Hans Scharoun era su preferido, dijo Jürgen. Le entusiasmaba la casa de Scharoun de la colonia Weissenhof, en Stuttgart, al igual que la colonia Siemensstadt, en Berlín, en la que también había participado Scharoun y que todavía hoy era en cierta medida un referente para la construcción de viviendas. Jürgen hablaba del modo más agradable que se pueda imaginar, ya que, en lugar de enunciar complicadas teorías, lograba divertir a todos con sus anécdotas. Animada por sus explicaciones, Angelika empezó a imaginarse vívidamente cómo recorrían antaño los paupérrimos hijos de los obreros, con sus ojos inmensos y su ropa sucia, las nuevas hileras de casas construidas por Scharoun en sus modélicas colonias.

Se comprenderá fácilmente que Frank, que llevaba una ligera ventaja a los demás en el consumo de vino, se sintiera obligado a completar la alocución de su jefe con algunos comentarios igualmente agudos sobre Scharoun.

Sin embargo, su intento fracasó tan estrepitosamente que Angelika todavía recuerda aquel día con pavor y no se imagina ni por asomo repetir la cena de parejitas.

Así pues, Frank, ansioso por causar buena impresión, hizo afirmaciones que incluso a su novia, poco versada en historia de la arquitectura, le parecieron cuando menos dudosas. No sólo trasladó el Museo Marítimo Alemán de Scharoun a Hamburgo, sino que, intentando describir el edificio con palabras confusas, habló de una arquitectura típica de los años ochenta. Jürgen replicó secamente que, según tenía entendido, el museo se había construido en 1963. Precisamente, respondió Frank rápidamente, Scharoun, si se le permitía

expresarlo así, había anticipado la arquitectura de los años ochenta. Eso es lo que quería decir.

—¡Los posmodernos! —exclamó Frank.

Jürgen se aclaró la garganta. Y como era de natural educado, no corrigió a su empleado cuando éste comentó lo desagradable que debía de haber sido para Scharoun tener que abandonar Alemania por culpa de la barbarie nacionalsocialista. Como si siempre lo hubiera conmovido enormemente el calvario del gran arquitecto, Frank miró a los comensales con semblante afligido.

Para fastidio de Frank, el fuego cruzado lo empezó la mujer de Jürgen con el semblante irritado.

—Scharoun —dijo cortante— no se marchó de la Alemania nazi.

Luego lanzó a Angelika una mirada burlona. Tras unos segundos de silencio, ésta preguntó alegremente:

—¿Alguien quiere un café?

Había confundido a Scharoun con otro arquitecto, se excusó al día siguiente Frank ante Angelika mientras ésta fregaba los platos en silencio en la cocina. Bueno, qué pasa, eso le puede ocurrir a cualquiera.

—¡Has hecho un ridículo espantoso! —replicó ella moviendo la cabeza, lo que provocó una contestación tan desagradable de Frank que de pronto Angelika, con las manos todavía mojadas, se dirigió hacia el pasillo, se puso la chaqueta y salió a la calle. Entró en un café que frecuentaban mayoritariamente las madres del barrio y en el que solían escucharse canciones francesas. Sencillamente no podía quitarse de la cabeza la cena de la noche anterior. ¡Que había confundido a Scharoun! Cogió un cigarrillo, lo que no hacía desde hacía años, de un paquete que se acababa de comprar, pero tras dos caladas un camarero se acercó a su mesa y le indicó ásperamente que allí estaba prohibido fumar.

Si Frank hubiera cambiado de tema sin estridencias, quizá habría conseguido pronunciar una conferencia en la Bauhaus-Universität de Weimar, que conoce perfectamente por propia experiencia, y su jefe ahora no lo tendría por un inculto. Incluso habría sido mejor que Frank hubiera preguntado a Jürgen, entre muestras de gran interés, todo tipo de detalles sobre la obra de Scharoun, haciéndose el alumno ávido de conocimiento. Eso habría sido muy hábil, ya que a fin de cuentas, como saben todos los que conocen bien a Jürgen, no se lo puede calificar exactamente de experto en Scharoun. Otra opción apropiada cuando

alguien habla con erudición de un tema que uno apenas conoce consiste en asentir levemente poniendo cara de entendido. Como si no fuera la primera vez que se oyen esos argumentos. ¡Cómo nos gustan en general las personas que no hablan sin necesidad!

P. D.: Baltasar Gracián escribió esta bonita sentencia: «Por miedo a ser vulgar no se debe ser paradójico». No son pocos los que, por miedo a la simplicidad de los propios pensamientos, se enzarzan en oscuras tesis, lo que no suele despertar demasiado aprecio en los demás.

P. P. D.: Uno es culto o no lo es. Si no lo es, al menos debería procurarse un pequeño catálogo de frases agudas para poder impresionar en las ocasiones sociales. ¿Cómo dijo Oscar Wilde? «La única diferencia entre el santo y el pecador es que todo santo tiene un pasado, y todo pecador un futuro». O bien se puede citar (en las ocasiones más refinadas) a Heimito von Doderer: «A veces, uno debe alejarse de una persona para encontrarla».

20

RESULTAR MISTERIOSO

Hemos avanzado un buen trecho en el camino hacia nuestro perfeccionamiento. Hemos visto cómo hay que comportarse con el alcohol y con el humor, qué precauciones hay que tomar ante las muestras de confianza y que nunca viene mal mostrarse moderadamente culto. En este capítulo queremos tratar una cuestión más genérica: si es mejor dar la impresión de ser un tipo simpático o de ser un tipo misterioso. Pues algunas personas nos resultan divertidas y otras nos dejan turbados. Las primeras se distinguen por su buen humor, las segundas por su aura de misterio.

Los simpáticos son apreciados por su facilidad de conversación y su contagioso buen humor. Nadie les teme, a todos gustan. Por cierto, no debe confundirse al simpático con aquel que utiliza el humor, por ejemplo durante una reunión en una agencia inmobiliaria. El que utiliza el humor corta con sus afiladas palabras, el simpático nos aborda de forma abierta e inocente. Nos recibe con risa franca y brazos abiertos.

Todos conocemos a hombres que logran seducir a las mujeres gracias al humor. Atacan con ardor el asado mientras sostienen una conversación de lo más animada. Durante la cena, la mujer que se sienta frente al simpático, deslumbrada por su buen humor, terminará pensando: «¡Es tan mono!». Pasará generosamente por alto la panza que le sobresale por encima de los vaqueros. Sobre todo si el simpático en cuestión goza de cierto éxito profesional. Su punto débil: con frecuencia es más amado que deseado con pasión erótica. Su punto fuerte: a menudo es subestimado. Consigue sin dificultad que los otros le abran

su corazón, pues se lo considera indulgente. Despierta confianza. Así, con el tiempo consigue acumular una buena cantidad de información delicada sobre los demás.

Con el misterioso ocurre todo lo contrario. Ante él, nos estremecemos desde el primer momento, y sin embargo nos sentimos atraídos hacia él, hacia esa persona parca en palabras a quien atribuimos un pasado fascinante. Seguro que ha sido un pasado terrible, pero lo ha hecho madurar y le ha forjado ese carácter ausente y pensativo. El misterioso apenas habla, pero cuando lo hace sus palabras parecen realmente profundas.

En las ocasiones sociales, el misterioso se mantiene al margen, pero no parece extraviado. Su expresión tiene siempre un rastro de desprecio, pero eso no provoca nuestro rechazo. A fin de cuentas, ¿no es verdad que lo rodea la charlatanería más banal? El misterioso está impregnado de una belleza melancólica. Ansiamos hablarle, pero no osamos hacerlo; nos sentimos empujados a besarle, pero nos aterrorizan sus labios. El misterioso promete sentido en una época en busca de significado.

Afortunado, pues, usted si pertenece al grupo de los misteriosos; de los misteriosos, naturalmente, que no vinieron al mundo como tales, sino que han forjado su aura mediante un persistente entrenamiento. Los misteriosos dan en muy pequeñas dosis: su número de teléfono, su sonrisa, una prenda de ropa… Son perfectamente conscientes de que el erotismo se basa en la economía del saber. Por eso se desnudan tan lentamente. Con cada confesión, consiguen crear un nuevo e insondable misterio que las enamoradas se propondrán desvelar. Y así caerán rendidas a sus pies.

Los misteriosos tienen mucho poder. Crean relaciones de dependencia destructoras. Hacen que sus enamoradas pataleen. No responden al teléfono cuando uno desea con urgencia hablar con ellos. Siempre huyen provocando dolor. Los encuentros con ellos siempre son fugaces. Todo el mundo especula algo sobre ellos. Los misteriosos esconden que no esconden ningún misterio.

El punto débil de los misteriosos: con frecuencia son más deseados con pasión erótica que amados. Su punto fuerte: a menudo son sobrestimados.

El artista del fingimiento virtuoso consigue ser las dos cosas: simpático y misterioso, según el estado que responda mejor a sus propósitos. Los demás creen que tiene un carácter inalterable. Sólo él sabe que puede transformarse en cualquier momento de simpático en misterioso, y de misterioso en simpático.

Los misteriosos son bellos, los simpáticos encantadores.

21

SIMULAR UN ACUERDO

¡Otra maldita cita! Mira incrédulo su agenda y llama a su secretaria, Karin Sentmüller:

—¿Ahora tengo que ver a Kai Lantzer?

—Sí —responde su secretaria—, así es como quedaron.

—No hay forma de retrasarlo… —dice usted más para sí mismo que otra cosa.

Su secretaria le recuerda que la semana anterior ya dio largas a su empleado.

—Sí, sí, ya lo sé… —responde usted—. Pero tendrá que esperar un poco. Tengo que tomar un poco el aire.

Cuelga el teléfono, coge un archivador delgado, se pone el abrigo y en cinco minutos llega al pequeño restaurante que cuenta con una zona separada de fumadores. Se enciende inmediatamente un cigarrillo. Desde que el comité de empresa, de acuerdo con la legislación y debido a las quejas de algunos empleados, impuso una rigurosa prohibición de fumar en su editorial, ni siquiera usted puede hacerlo en su propio despacho. Evidentemente, lo hace de todas formas —¡por Dios, es el director editorial!—, pero generalmente sólo comete esta infracción a última hora de la tarde, cuando ya no queda prácticamente nadie en la empresa.

Pide un café doble con espuma de leche, como siempre, y hojea el delgado archivador donde aparecen los sueldos de la editorial. Kai Lantzer, sin duda un buen editor, muy joven todavía, treinta y pocos, un descubrimiento suyo. Un tipo muy aplicado. ¡Cómo negoció hace un año, recuerda usted con una sonrisa, los

derechos de traducción de una gran novela inglesa sobre los bombardeos de los alemanes! Claro, la literatura sobre los nazis casi siempre funciona, sobre todo si es buena, pero apoquinar una suma de seis cifras, monstruosa para los estándares alemanes… Los demás editores sacudieron sus peladas cabezas. ¡No sale a cuenta! Estáis locos, dijeron. Ahora, sin embargo, las cuentas sí parecen salir. En parte porque el propio Lantzer consiguió que una revista sacara una prepublicación. Ahora la revista incluso ha abierto una gran plataforma *on line* sólo para ese título, lo que a usted le satisface enormemente, puesto que todo este revuelo es como una formidable campaña publicitaria gratuita. Luego también está ese éxito inesperado de un joven autor que casi dejan correr y del que, no sin sacrificio, se ocupó Kai Lantzer. Era un librito muy delgado, pero ¡el número siete de la lista de los más vendidos!

Un buen chico, Kai Lantzer, quizá un poco estajanovista. Bueno, ya se le pasará. Pero que ahora mismo tenga intención de entrar en su despacho con su mirada resuelta para pedirle un aumento de sueldo le desagrada sobremanera. En los últimos meses, los gastos han sido considerables. Los autores, representados por sus codiciosos agentes, se vuelven cada vez más impúdicos, y exigen unos adelantos… Contrae el rostro: otra vez el pinchazo en la zona del estómago. Tiene que pedir hora al médico de una vez. Suspira profundamente. Ya no tiene tiempo de nada, todos quieren algo de usted, no paran de llamar a su puerta, una firma por aquí, una reunión por allá, y encima el asunto de Karin, del que no consigue deshacerse. Aún le quedan dos años para la jubilación. Tampoco es que la esté deseando. A estas alturas ya ha comenzado una desagradable lucha por su puesto. Qué codicia. Pues sus hipotéticos sucesores deberán batallar todavía dos años. Estúpidos, no le llegan a la suela de los zapatos. Cuando usted ya no esté…, ¡no puede ni imaginarlo! Bueno, y está su mujer. No es precisamente un buen apoyo. Ahora se dedica a estudiar una carrera a distancia y a ir a un curso de yoga. Y ya no se puede decir que esté cada día más guapa… Cada noche repite su letanía: usted le ha impedido desarrollarse, ella siempre tuvo que cuidar de los niños, etc.

¿Es que todas las vidas son como una novela barata? Usted, desde luego, no la publicaría.

—¿Un vaso de vino?

La pregunta parece pronunciada por una voz en off. Levanta la vista, unos pechos bonitos, la camarera. Le dedica una sonrisa:

—Sí, como siempre.

Se enciende un segundo cigarrillo. Un jefe no debe nunca ser puntual en una negociación de sueldo. Ya está bien que Lantzer se espere un ratito más. El vino, un trago rápido, qué rico. El vino durante el día siempre le revitaliza. Se vuelve a sentir en plena forma.

—¡Ah, señor Lantzer, venga, venga! —Conduce a Lantzer hacia su despacho, fingiendo cierta prisa al recorrer el largo pasillo de la editorial—. Me alegra que finalmente podamos hablar con tranquilidad. Perdone mi retraso, no se puede imaginar lo apretada que tengo la agenda… Siéntese, por favor. ¿Le apetece un café? ¿Sí? ¡Karin!… digo… ¡señora Sentmüller!

Después de que usted se vuelva a disculpar (tiene que ir al servicio), Kai Lantzer observa su despacho. Muy bonito, piensa. Estanterías repletas de libros. La inmensa pintura surrealista que cuelga sobre su amplio escritorio y en la que se ve un gran animal. Pero lo que más le gusta a Kai Lantzer es la vista de la ciudad desde sus grandes ventanales: el alegre ir y venir de los transeúntes. Desde su despacho sólo se ve el sombrío patio interior; es una habitación oscura, realmente deprimente, sobre todo en invierno. Objetivo principal: conseguir un aumento considerable de sueldo.

Karin Sentmüller sonríe, deja las dos tazas de café sobre la mesa de cristal situada entre dos butacas y se va taconeando.

Vuelve a aparecer usted por la puerta.

—¡Gracias, señora Sentmüller! —le grita de nuevo.

Se sienta frente a Kai Lantzer. Ahora parece muy tranquilo y concentrado y va directo al grano:

—Señor Lantzer, ya sabe que estoy muy satisfecho con su trabajo. Usted es, se lo digo sin tapujos, una columna importante de nuestra editorial. Todavía es muy joven. Hay que tener paciencia. Yo también la tuve en su momento. Sin embargo, ¡ordenaré que le suban el sueldo ciento cincuenta euros!

Kai Lantzer palidece, lo mira con una desagradable contracción del labio superior y pregunta incrédulo:

—¿Ciento cincuenta?

—¡Exactamente! —responde usted, radiante.

Kai Lantzer permanece en silencio.

Usted toma un sorbo de café y hace ademán de levantarse:

—Bien, enseguida es la reunión, así que nos volvemos a ver en una media hora…

Kai Lantzer lo interrumpe:

—Ciento cincuenta es demasiado poco.

Usted se hunde en la butaca con mirada atónita:

—¿Demasiado poco? Me deja usted perplejo. Se trata de…, veamos, deje que calcule rápidamente el porcentaje…

—Seiscientos —dice secamente Kai Lantzer.

—¿Seiscientos? —repite usted, alzando los brazos y mirándolo estupefacto, como si acabara de confesarle que ha cometido un terrible asesinato. Luego sacude lentamente la cabeza—: ¡Impensable! ¡Completamente impensable!

Naturalmente, usted ya supone qué dirá a continuación Kai Lantzer: otra editorial lo está tanteando, ya han iniciado conversaciones, etc.

—Ahá… —murmura usted pensativo—. Le haré una propuesta —prosigue, con una seguridad en su voz que no admite réplica—: continuemos la negociación en una semana. ¡No nos pondremos de acuerdo en un minuto! Veré qué puedo hacer por usted. ¿Dentro de una semana, pues? ¿A la misma hora? Perfecto.

De nuevo le hará retrasar dos días la cita a Karin Sentmüller (debido a un fin de semana largo que ha tenido que pasar en el Palatinado por exigencia de su mujer, con largos paseos, una cata de vino, etc.). Cuando finalmente se encuentra con Kai Lantzer para proseguir la negociación (de nuevo llega usted un poco tarde), empieza pronunciando un largo discurso: elogia sus capacidades (su habilidad negociadora, su competencia lingüística, etc.) aún más exageradamente que en su primera conversación, y se alarga hasta que él sonríe halagado:

—En este momento —prosigue usted—, nuestra editorial se enfrenta a un grave riesgo financiero. Soy optimista, pero debemos esperar a ver si nuestra novela inglesa de nazis funciona como esperamos.

A pesar de los riesgos, le ofrece doscientos euros. Le es completamente imposible ofrecerle más. Le pide comprensión.

Ahora usted se enfrenta a tres posibilidades. Si es cierto lo que Kai Lantzer afirmó una semana atrás, y que usted no creyó (que tiene una oferta de otra editorial), lo mencionará enseguida y continuará negociando duramente. En este caso, le ofrecerá una subida de hasta seiscientos euros.

Segunda posibilidad: aun sin tener otra oferta, Kai Lantzer continúa negociando duramente. En este caso le ofrecería hasta cuatrocientos euros más, una cantidad que todavía se puede permitir sin perder credibilidad.

Se produce la tercera posibilidad.

Kai Lantzer lo mira decepcionado, se encoge de hombros y dice que había esperado más. Usted interviene:

—Volvamos a hablar dentro de seis meses. No querría en ningún caso verlo insatisfecho.

Se despiden más o menos relajados. Su propuesta de volver a hablar en seis meses parece haberlo tranquilizado. Y como, efectivamente, no le interesa para nada que se desmotive, llama de nuevo a Kai Lantzer, que ya tiene medio cuerpo en el umbral de la puerta:

—Un último detalle, señor Lantzer: estaba pensando que podríamos tutearnos —le alarga la mano—. Hermann.

—Kai —dice Kai Lantzer.

Toda negociación debe dejar la sensación de que las dos partes se han puesto de acuerdo en una solución intermedia entre los intereses enfrentados. Usted domina este arte casi a la perfección. Y lo sabe. Dos años más. En estos dos años ya nadie va a enseñarle nada.

Se queda un rato solo en su despacho. Luego llama a su secretaria:

—Karin, cariño —dice.

—¿Tienes que salir a tomar el aire?

—Sí. Y si alguien llama o me busca…

—Tienes una cita importante.

—Exactamente.

De camino a su restaurante, vuelve a notar el pinchazo en el estómago. Pronto se le pasará, el día es demasiado bonito para perder un solo minuto pensando en eso. Levanta la vista hacia el cielo. Ninguna nube rompe el color azul intenso.

22

COQUETEAR CON LA PROPIA COMPLEJIDAD

Annette Kirchmann, una historiadora del arte de treinta y siete años, decidió mientras pasaba un fin de semana largo en una isla al este de Alemania, más por aburrimiento que por auténtico interés, unirse a una visita guiada a una casa con aire palaciego que había tenido cierta importancia para los movimientos artísticos de alrededor de 1900, suavemente recostada sobre la orilla del mar y que aunaba una recargada estética Jugendstil con elementos de casa de campo inglesa. Al menos así, tras mostrar un gran entusiasmo por el edificio cargado de historia, se había liberado por unas horas de la compañía de una vieja amiga que había reencontrado tras largo tiempo y que se mostraba de lo más hospitalaria, si bien, en contra de lo esperado, las conversaciones con ella eran muy embarazosas. Enseguida dejaron de tener algo nuevo que decirse y pasaban las horas sentadas frente a una gran tetera, abandonadas cansinamente a los viejos recuerdos. La amiga había sido tiempo atrás jefa de Annette, cuando ella, aún estudiante, trabajó provisionalmente en un instituto demoscópico. En aquel entonces la amiga dirigía el instituto, pero tras un gran fracaso profesional se había mudado a la isla, como decía ella, para «encontrarse a sí misma». Annette suponía que se había encontrado bien poco a sí misma, ya que su aspecto había envejecido hasta un extremo casi desagradable y apenas conservaba nada de su antigua perspicacia.

La visita empezó en la torre mirador. La guía, una pensionista conocedora de la isla, explicó que la torre en cuestión era el punto más alto del altiplano del norte, el llamado «zarzal», que se elevaba por encima de la llanura sur de la isla.

Se podían contemplar las casas de pescadores cubiertas de cañizo, que se perdían en el paisaje como puntos parduzcos.

—Ahí está Dinamarca —anunció la guía, señalando el mar agitado con el dedo índice, lo que provocó que el grupo de turistas, compuesto (a excepción de Annette Kirchmann y un hombre joven) por personas mayores, entornara los ojos intentando distinguir algo. Efectivamente, con un poco de imaginación podía vislumbrarse la costa de una de las islas danesas a través del brumoso horizonte.

Durante la visita, el grupo pudo recorrer las estancias decoradas con intimismo Biedermeier que habían pertenecido antaño a un artista más célebre por su vida social que por su obra. El poeta Thomas Mann se había alojado en la casa durante unos días; Albert Einstein y Sigmund Freud habían sido también sus invitados. La guía se prodigó en detalladas y excesivas explicaciones sobre la estancia por vacaciones de tan ilustres invitados, sólo interrumpidas por los comentarios de los visitantes que lamentaban la pésima acústica de la casa y le pedían que alzara la voz.

Annette Kirchmann, sin saber muy bien por qué, observaba al hombre joven, que, en lugar de seguir las explicaciones de la guía, contemplaba ensimismado, según le pareció, una grácil estufa empotrada en la pared del recibidor —al que por cierto habían llegado— a través de cuya puertecilla de coloridos cristales seguramente se había podido disfrutar en otro tiempo del suave danzar de las llamas. Sobre la chimenea había un solitario azulejo que el hombre palpaba con detenimiento. Representaba una imagen: Adán y Eva eran expresionistamente expulsados del Paraíso. Luego, su mirada, no menos absorta, se dirigió al estuco de motivos vegetales del techo, que simbolizaba la eterna fusión del arte y la vida en la que el Jugendstil había puesto el acento durante el cambio de siglo.

Se llamaba David Schweikert, dijo, dándole la mano. Annette Kirchmann, horrorizada por lo súbitamente que se había dirigido a ella, sólo atinó a responder:

—Sí.

Una cosa llevó a la otra, contó Annette Kirchmann al día siguiente a su amiga, que se había preocupado enormemente porque Annette no había aparecido en toda la noche. De hecho, ésta le había escrito un SMS en el que la informaba secamente de su retraso, pero la amiga parecía encontrar verdaderamente inaudita toda aquella situación.

Annette siguió explicando que después de la visita, que se había alargado

extraordinariamente, había acudido con el desconocido a la única taberna del lugar. Allí, él le había contado que se dedicaba a investigar sobre el Jugendstil en Hamburgo y que, por ese motivo, hacía tiempo que quería visitar la isla. Sus expectativas se habían visto superadas.

Habían bebido en demasía y habían hablado hasta altas horas de la madrugada sobre el Jugendstil y sobre muchas otras cosas. Entre otras, sobre el hecho de que David Schweikert, antes de que la pasión por el conocimiento lo empujara a volver a la Universidad de Hamburgo, había desarrollado una notable carrera como pintor en la capital. Ella conocía casualmente uno de sus cuadros —había levantado cierta expectación en los círculos entendidos—, uno que representaba un buey en la playa. Había sido una bonita coincidencia conocer al artista en carne y hueso. Era un par de años mayor que ella. Le gustaba. Incluso físicamente. Tenía algo.

En resumen: habían terminado tan perjudicados que verdaderamente se había hecho necesario seguir la encarecida recomendación del posadero de pasar la noche en una de las habitaciones dispuestas encima de la taberna para los clientes en lugar de aventurarse en la noche lluviosa.

—¡Ah! —dijo secamente la amiga.

Y Annette siguió contando que hasta horas más tarde la había subyugado el relato del desconocido. Le confesó que siempre se había sentido como un tipo raro, cosa que ella conocía perfectamente por propia experiencia. Que siempre había percibido un abismo entre las conversaciones banales de sus compañeros de escuela —y más tarde de sus colegas— y su propio y sombrío existencialismo. Probablemente por eso, le había confiado David Schweikert, a veces caía en la melancolía y en un sentimiento de enorme deriva que sólo podía compararse a la nave espacial que abandona accidentalmente la órbita terrestre y se aleja vagando hacia la infinitud.

Naturalmente, añadió Annette, ahora todo aquello sonaba un poco ridículo. Esas cosas siempre parecen ridículas cuando se cuentan. Sin embargo, habían acordado volver a verse la semana siguiente. Hamburgo, le había dicho él en duermevela, mientras ella le acariciaba el cabello, merecía el viaje. Habían quedado en visitar la iglesia de San Pedro. Ya sólo su lujosa campana, dedicada a los apóstoles Pedro y Pablo, justificaba una visita pormenorizada.

P. D.: Annette se quedó muy preocupada por si a David le iba todo bien cuando, a un día de su acordado reencuentro, recibió un SMS de él en el que le decía que en ese momento andaba terriblemente ocupado y debía cancelar la

cita, pero que se pondría en contacto con ella la semana siguiente.

23

PONER FURIOSOS A LOS DEMÁS

Nos enfadamos extraordinariamente cuando estamos seguros de un argumento y se nos contradice. Cuando los hechos, para nosotros incontestables, se tergiversan con malicia, nos ponemos furiosos. Algo muy poco recomendable, ya que casi todo el mundo resulta desagradable cuando se enfurece.

De hecho, el día empezó muy bien para Sascha, nuestro joven abogado.

No tenía que ir al bufete hasta el mediodía, y aprovechó la ocasión para pasear sin objetivo fijo por el barrio; quizá en alguna de esas nuevas cafeterías que últimamente abrían por todos lados hojearía su semanario preferido. En cualquier caso, lo llevaba bajo el brazo. En cualquier caso, evitaría a toda costa ese café pintado de suaves tonos pastel. Siempre estaba lleno de madres con sus cochecitos que taponaban el paso hacia el servicio, y además le recordaba a su exnovia Kirsten, ya que ahí había pasado muchas tardes de domingo con ella. Por Dios, ¡qué contento está Sascha de haber casi superado esa relación!

Terminó de una forma tan tópica que el narrador duda si contarlo.

En fin: un día Sascha había vuelto a casa en un estado de ánimo de lo más sombrío —ya que había perdido un juicio de la forma más estúpida imaginable — y antes de lo previsto en busca del consuelo de Kirsten. Quizá podían salir a comer, o alquilar una película, había pensado. En el rellano se había encontrado con un hombre que parecía tener muchísima prisa.

Como le contaría Kirsten poco más tarde, el hombre se llamaba Christian. Los indicios eran inequívocos: cuando Sascha había entrado en el piso, Kirsten estaba sentada en la cocina envuelta sólo en una toalla de ducha (era primera

hora de la tarde); inmediatamente se había sobresaltado, lo había mirado boquiabierta y se había apresurado hacia el dormitorio gesticulando entre exclamaciones que no se encontraba bien y había pasado el día entero en la cama con un dolor de cabeza terrible y ataques de fiebre. Sin embargo, Sascha había podido contemplar cómo, durante sus explicaciones, Kirsten intentaba empujar bajo la cama con un torpe movimiento del pie un desagradable condón usado abandonado sobre el parqué, con lo que casi se cae al suelo. No hace falta que seamos más precisos.

Esa mañana, pues, a Sascha sólo le molestaba que tantas cosas de su barrio le recordaran a Kirsten (tras la separación, se había mudado a pocas calles de ella, lo que quizá había sido un error). Por ejemplo, el salón de peluquería por delante del cual estaba a punto de pasar. Kirsten siempre iba allí a cortarse el pelo. Sascha no había entrado nunca. Kirsten le había contado una vez, entusiasmada, que algunos días un pianista tocaba para los clientes. A Sascha aquello le había parecido un poco exagerado. «Típico de mujeres», había pensado.

Miró a través del cristal, bastante oscuro, pero sólo pudo distinguir a una mujer. Seguramente, una empleada. Llevaba una camiseta con la inscripción «I prefer sex to gender». Sascha sacudió la cabeza, pero no pudo evitar reírse.

—Una coca-cola light, por favor.

De buen grado se concedería Sascha un par de horas más. Al fin y al cabo, en algún momento tenía que disfrutar las horas extra que había acumulado. ¡Qué excepcionalmente cálido estaba siendo ese febrero! ¡Poder sentarse ya fuera! Se desabrochó la chaqueta, se aposentó en la silla, abrió el periódico, lo hojeó, y finalmente se detuvo en un interesante perfil del actor Edgar Selge. Leyó el nombre del autor: un nombre complicado, pero escribe bien, habrá que recordarlo, pensó.

Poco después, mientras leía el penúltimo párrafo, Sascha se vio bruscamente interrumpido en la lectura. Miró hacia la pantalla de su teléfono móvil. Su jefe: que si podía ir inmediatamente al bufete. Una clienta insistía en hablar urgentemente con él. No había forma de calmarla.

De quién se trataba, preguntó Sascha.

—La señora Karst —respondió el jefe.

Había venido a visitar a su hijo a la ciudad, por lo que había pasado personalmente por el despacho. Qué raro, añadió el jefe, creía que el caso estaba cerrado.

—Y lo está —replicó Sascha.

—Da igual, quiero que vengas inmediatamente.

La señora Karst estaba sentada en su despacho y no se quería ir hasta hablar con él. Cuando intentaron invitarla educadamente a irse, gritó e incluso amenazó con llamar a la policía, etc.

El caso Karst. Un caso horroroso. Sascha conducía su coche; había un tráfico horrible y no paraba de maldecir. Aquel asunto le había llegado hacía mucho tiempo a través de Kirsten. Entonces ella todavía vivía en un piso compartido, pero ya salían juntos. Su compañero de piso le había pedido que le preguntara si podía ocuparse de un problema de sus padres. Pues claro que había querido hacerle ese favor, por qué no.

En aquel entonces, Sascha era nuevo en el bufete. Se trataba de un caso complejo, de hecho un caso ideal para darse a conocer. La señora Karst, la madre del compañero de piso de Kirsten, había llamado lamentándose con acento renano de la jubilación anticipada de su marido. No había sido una prejubilación voluntaria, aseguró entre sollozos. La antigua empresa de su marido, una gran operadora de telecomunicaciones, lo había obligado.

Interesante, había pensado Sascha: gente sencilla contra una gran multinacional. Se ajustaba bien a su idea de la justicia.

Alguien hizo sonar la bocina. Verde. Arrancó. Sascha daba vueltas a la vista del juicio que, tras una larga espera, se había celebrado hacía poco. Un auténtico desastre. Cuando el señor Karst, por quien se había puesto en marcha todo el asunto, fue llamado a declarar al estrado, afirmó, para perplejidad de su mujer, que lo miraba petrificada, que de ningún modo su empresa lo había forzado a prejubilarse. Que se había ido voluntariamente.

Por qué, entonces, la demanda, preguntó, irritado, el juez.

El señor Karst, ignorando la pregunta, dijo que lo dejaran en paz. Y añadió que tenía hambre.

—Señora Karst —exclamó Sascha—, ¡menuda sorpresa!

Su jefe estaba sentado en un tresillo de su despacho. Con el ceño fruncido, murmuró:

—¡Al fin!

—¿No estarán pensando —dijo Sascha medio en broma— en reabrir el caso?

—No, eso sí que no —intervino la señora Karst antes de señalar, muy alterada, unas cartas que había traído y había dejado sobre una mesita redonda. Qué significaban todas esas facturas, preguntó, y se cruzó de brazos.

—Vamos a ver —explicó Sascha con serenidad—, usted perdió el juicio.

Naturalmente, nos notificaron que no pagó en su momento las costas procesales. Por eso le enviamos los requerimientos. Sin embargo —prosiguió, mirando interrogativamente a su jefe—, si lo desea podemos acordar un pago a plazos, siempre y cuando…

La señora Karst lo interrumpió gritando:

—¡Iba a ser gratuito!

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sascha, ruborizándose.

—¡Iba a ser gratuito! —repitió la señora Karst.

El jefe, tras consultar su reloj, intervino:

—La señora Karst dice que le aseguraste que nuestro bufete asumiría todos los costes procesales independientemente del resultado del juicio.

Sin embargo, según los documentos que el jefe tenía en la mano (un grueso archivador de color negro), no se había acordado nada parecido. Le habría extrañado mucho, por otro lado. Y seguro que no habían quedado así de palabra… Esto último lo dijo en tono dubitativo. Entonces preguntó:

—¿O sí?

La señora Karst sollozó y repitió:

—¡Iba a ser gratuito!

Como si estuviera en la feria, pensó Sascha, ahora con ira apenas reprimida también por culpa del comportamiento de su jefe, que evidentemente no confiaba en él. Por Dios, pero ¿por qué lo habían llamado a él en lugar de avisar a la policía? Evidentemente, para que no se dijera que en su bufete echaban a la calle a la gente sencilla, seguro que la prensa local se hacía eco de los hechos, etc.

—Señora Karst —dijo Sascha—, la previne explícitamente de los riesgos que corríamos antes de presentar una demanda que de hecho…

—¡Mientes! —gritó la señora Karst.

Y ahora lo tuteaba. Encima.

—¿Ahora me tutea? —preguntó Sascha. Entonces gritó—: ¡Yo no miento!

Temblaba ligeramente. El jefe suspiró.

—¡Usurero! —exclamó la señora Karst. Se alisó el vestido. Y luego—: ¡Mentiroso!

Y así, una cosa llevaba a la otra.

En fin, el jefe estaba consternado por haber tenido que impedir con todas sus fuerzas que su empleado, al que hacía muy poco había ofrecido que se tutearan, se abalanzara con el puño alzado sobre la señora Karst. Antes, durante la acre

disputa verbal —que ni de lejos se aproximaba a consenso alguno— había tenido que escuchar en su prestigioso despacho los insultos más indecorosos, lo que aún hoy, cuando lo recuerda, le provoca un estremecimiento de dolor.

Al día siguiente, en el bufete se había vuelto al «usted».

En cambio, semanas después del incidente, durante el cual había amenazado con informar del caso a un programa de televisión («¡A nosotros nadie nos toma el pelo!», había gritado), la señora Karst estaba muy contenta de que la familia ya no se viera importunada por aquellos enojosos requerimientos. Le dijo a su marido, que como siempre miraba tranquilamente la televisión, que a veces había que darle la razón al listo de su hijo: un viaje de vez en cuando a ella le sentaba de maravilla.

P. D.: Como la moraleja de esta historia es más que evidente, hemos prescindido de enunciarla explícitamente al final del capítulo. Sólo cabe añadir una cosa: es mucho más difícil (y requiere mayor habilidad) poner furioso a alguien que reaccionar razonablemente ante una provocación semejante; a no ser, y ésa es la condición, que uno haya aprendido a controlar sus arrebatos.

24

CULTIVAR BUENAS MANERAS

Hay personas que, a la pregunta de qué tal están, responden: «¡A ti qué te importa!». Y las hay que dicen: «Mi marido me abandonó hace una semana; desde entonces bebo una botella de tinto diaria y mi jefe me ha llamado la atención porque apesto siempre a alcohol. ¿Qué tal estoy? ¡Estoy mal!».

¡Qué sinceridad, qué crudeza! No, mejor atengámonos a la costumbre anglosajona y, cuando nos pregunten qué tal estamos, respondamos simplemente: «Bien».

Quien, habiendo perdido la noción del tiempo, deambule aún por una librería pocos segundos después de la hora de cierre, verá cómo se le acerca inmediatamente una dependienta y le dice que es hora de cerrar. No lo hace con antipatía, pero sí con decisión. Nunca se le ocurriría decir, con enorme discreción, lo que en otras ocasiones es costumbre habitual: «*Sir*, is there anything else I can do for you?».

Las buenas maneras crean distancia entre las personas. Es el resorte que actúa contra su hiriente franqueza y ennoblece su inevitable desconocimiento mutuo. Y como las personas se han visto confrontadas a los desconocidos sobre todo en las cortes y las grandes ciudades, y como ambos sociotopos se desarrollaron más bien poco en Alemania, nuestro país ha permanecido hasta hoy ligeramente retrasado en cuestión de buenas maneras.

¿Para qué cultivar las buenas maneras? Para describir la sociedad moderna, el filósofo Arthur Schopenhauer contó la historia de los puercoespines: en un frío día de invierno, los pobres animalillos se apiñan entre sí, pero, tan pronto

como se acercan, se hieren unos a otros con sus temibles espinas. Si se separan, corren el peligro de congelarse de frío. Sólo alcanzan un estado razonablemente satisfactorio cuando encuentran una «distancia justa» entre ellos. Evidentemente, en esta pequeña fábula los puercoespines somos los humanos, que sólo soportamos nuestros odiosos caracteres si nos mantenemos a una «distancia intermedia».

La mayor parte de los buenos modales los ponemos en práctica con absoluta naturalidad, por ejemplo dar los buenos días. Con un comportamiento más o menos cordial uno no cae mal, algo que siempre resulta útil. Hemos dicho «más o menos», puesto que las enrevesadas reglas de etiqueta de la alta burguesía, por mucho que hoy se tengan en gran estima, han quedado relegadas al olvido. ¿Qué caballero, a no ser que se trate de un miembro de la clase alta hanseática, se alza brevemente de la mesa en un restaurante cuando la dama hace ademán de ir al baño a empolvarse la nariz? Sin duda se toparía con la irritada pregunta de por qué quiere marcharse ya, si no le está gustando la velada, etc.

Este tipo de exageraciones, por mucho que no pocos manuales de buenos modales afirmen lo contrario, deben evitarse a toda costa, ya que transmiten una idea de enorme rigidez. Cuando la dama se levante para empolvarse la nariz, ¡quédese sentado, por el amor de Dios!

Más difícil aún resulta lidiar con formalidades que hace tan sólo unos años estaban mal vistas pero que ahora experimentan un extraordinario retorno. ¿Hay que ayudar a una chica a quitarse el abrigo? En este punto, las opiniones difieren enormemente, y la mejor manera de salir airoso consiste en hacer el ofrecimiento con cierta dosis de ironía. Por ejemplo, y sólo como sugerencia, se puede decir: «Señorita, ¿me permite ayudarla a quitarse el abrigo?». Es una forma de hacerlo divertido, ya que, evidentemente, la pareja que se dispone a comer se tutea. Incluso sería un error pensar que en algún momento han «pasado al tú», lo que fue habitual en muchos círculos sociales; naturalmente, siempre se han tuteado.

El retorno de las buenas maneras conlleva, pues, ciertas complicaciones en el trato, sobre todo entre los dos sexos, ya que lo que se valora hoy en día es resultar educado pero a la vez nada pretencioso. Una paradoja que sólo puede remediarse en cierta medida con muestras de ironía. Se diría que, a pesar del rebrote de las buenas formas, en cuestiones de amor sigue siendo mucho mayor el riesgo de desacreditarse mediante exageradas muestras de atención que mediante cierta negligencia encantadora. En la mayoría de los casos, basta con mostrar voluntad de ser educado, por lo que no entraremos ahora a analizar la

manera correcta de utilizar los cubiertos. Indicaremos únicamente una mala costumbre que el narrador ha observado en numerosas ocasiones: es de mala educación, y siempre lo ha sido y siempre lo será, utilizar una servilleta como pañuelo, independientemente de si ésta es de tela o de papel, de si uno está completamente borracho en una taberna o completamente borracho en un restaurante laureado con muchas estrellas y saboreando una gelatina de picantón recubierta de pan dulce de centeno con foie gras de ganso y reducción balsámica de ciruelas.

Para el artista del fingimiento, las buenas maneras tienen un enorme interés cuando se utilizan hábilmente como instrumento de poder y no se diluyen en la cotidianidad como un detalle más. En el ámbito profesional, las buenas maneras revelan su particular poder. Mientras se ponen en práctica como si de una tradición secreta se tratara, establecen fácilmente una tensión a veces deseada entre los interlocutores. Consiguen ser pérfidamente groseras, ya que denigran al inexperto. Pero como se camuflan como muestras de respeto, difícilmente se critican. Las buenas maneras provocan un embarazo impotente en el arribista que, por ejemplo durante una entrevista de trabajo, se ve obligado a revelar sus orígenes.

La jefa —por ejemplo, de un instituto demográfico— que le muestra al joven nuevo empleado los diferentes espacios de la empresa puede decirle: «Pase usted delante». Esperará que el joven responda: «¡De ningún modo! Detrás de usted, por favor…». Si, en cambio, avanza decidido, aún puede utilizarse el viejo gesto de arrugar la nariz, que es ya una sentencia: en el futuro, difícilmente tendrá el honor de ser invitado al salón de la dama.

El retorno de las buenas maneras, aunque sea utilizándolas con ironía, es también el retorno del desaliento, de la ira y de las intrigas del trepador.

25

CAMBIAR DE OPINIÓN

No son pocos los que se vanaglorian de ser fieles a sus principios, de sus opiniones inquebrantables, de sus convicciones. Ciertamente, semejante reducción de las opciones de actuación simplifica nuestro mundo, cada día más fragmentado en infinitas posibilidades; pero un rigorismo de este tipo comporta un sinfín de inconvenientes.

Usted es una mujer que con todo el derecho puede describirse a sí misma como feliz de la vida. Dos días después de aquella fiesta a la que acudió por casualidad (la llevó una amiga suya), todavía le recorre el cuerpo un escalofrío cuando piensa en los chupitos de anís que se bebieron como despedida y que le provocaron un terrible dolor de cabeza… Ayer pasó el día entero en cama, maldiciendo sus huesos. Bueno, estas cosas ocurren de vez en cuando. Esta mañana, se mira al espejo: algo mejor. Ayer tenía el rostro espantosamente hinchado, diosmíodiosmíodiosmío, no les habría abierto la puerta ni a los bomberos.

Sus recuerdos son fragmentarios. Primero aquel tipo… Timo…, sí, Timo, que no paraba de hablar del café que había abierto. No estaba mal, la barba de tres días le daba un aire atrevido, bueno, vale, quizá la colonia era un poco fuerte, y su novia… No puede evitar soltar una carcajada al pensar en cómo apareció ella de repente y le propinó a él una bofetada. La furia. ¿Pasó de verdad? Hoy le parece todo muy irreal. ¿Pero qué mosca le picó? Evidentemente, ahora todos piensan que usted fue la causa de aquella bofetada, que tenía una historia con ese tal Timo y que por eso la pobre, la pobrecita de la

novia, se había enfadado. Bah, que piensen lo que quieran. De acuerdo, usted flirteó un poco, le sonrió a él un par de veces, pero sin pasarse, al fin y al cabo en una fiesta… En cualquier caso, no querría estar en la piel de esa…, cómo se llamaba…, esa Anja.

Seguro que Timo hoy da señales de vida. Querrá tomar un café, dar un paseo, que si hay tal o cual exposición que podrían visitar juntos, o quizá ir al cine… Cómo conoce a los hombres. ¡No, jamás! Cuando todavía están sumergidos en el caos de su pareja, siempre termina siendo un lío; una se convierte rápidamente en el tercero en discordia y tiene que dedicarse a consolarlo a él, ahora en la cama, ahora en la cafetería. Y eso, usted, ¡ni hablar!

Sin embargo, sería hora de tener algún hombre cerca. Aunque sólo fuera para no perder la costumbre. La vida ya es lo bastante monótona, así que un hombre… tampoco tiene por qué ser nada serio, puede dejarse llevar por un tiempo. El otro tipo era realmente…, detesta la palabra, pero es la única que se le ocurre: era realmente mono. Se refiere al otro con el que habló después de alejarse de Timo tras la escena de la bofetada. ¿Fue ella quien le habló a él, o él a ella? En realidad, ni siquiera se acuerda exactamente de qué aspecto tenía, ya era muy tarde, con todo aquel jaleo… Se retiró con él a un rincón más tranquilo y, bueno, sí, se rieron bastante, pusieron verde al personal… El tipo era gracioso, eso seguro. Al menos, tras el alboroto de la bofetada, fue una manera de relajarse. ¿Lo besó? Madre mía, si pudiera recordarlo… En cualquier caso, él se marchó en algún momento. A usted le molestó un poco, es cierto, pero eso no significa nada, al fin y al cabo se dieron los teléfonos. ¿Cómo narices se llamaba? Luego, en la cocina, lo de los chupitos de anís. ¡La verdad, podría habérselos ahorrado!

Una casi se podría poner el reloj a la hora con los hombres, piensa usted mientras tiene una corazonada, ya que su móvil ha indicado con un doble *pip* la recepción de un SMS. Al día siguiente de una fiesta nunca envían ningún mensaje. Al otro, en cambio, siempre. Efectivamente, es Timo: «¿Un café? ¿Hoy? ¿O mejor mañana?».

Será mejor que mantenga la distancia, probablemente la pelea con su ex ha ido a peor. Pero el SMS le ha parecido simpático, sin estridencias; le ha gustado. En algún lugar de su bolso debe de estar el papel con el teléfono del otro. Pintalabios, pañuelos, tampones, un calendario, ningún papel…, ¡mierda! Revuelve sus pantalones: sólo el plástico arrugado de un paquete de tabaco. ¿Quizá grabó el número en el móvil? Sí, claro, debe de ser eso, pero ¿con qué

nombre? Quizá con un símbolo, un simple asterisco, claro, por las prisas, seguro. Ahí está. Le escribe un SMS: «¿Un café? ¿Hoy? ¿O mejor mañana?».

La respuesta no llega hasta el atardecer, mientras está frente al televisor viendo un DVD con Walter Sindman y casi se ha quedado dormida durante una escena de cama en la que no paraban de hablar. Doble *pip*. «Encantado, pero ahora demasiado ocupado. Escribo próxima semana. ¡Besos!».

¡Qué complicado! Bah, pues entonces nada. Mala suerte.

Exactamente. Bien pensado. Al fin y al cabo, ahora no es cuestión de que vaya a su habitación, se plante frente al inmenso espejo y se plantee fríamente si se le notan los dos kilos que ha ganado últimamente. No irá ahora a someter su cutis y las dos o tres arrugas que aparecen con los treinta a su juicio implacable. ¡Sólo porque un tipo cualquiera no la atosiga con ramos de flores!

No, va a hacer algo completamente distinto, algo que se ajusta mucho más a su sana autoestima: como sabe perfectamente que los principios exigen siempre un amplísimo margen de interpretación, responde a Timo: «Hoy a las 9 en el bar ***». Bastante directo, todo hay que decirlo, pero, como ya ha pensado otras veces que le sienta muy bien el aire de *femme fatale* está bastante satisfecha con su mensaje. Y aunque la respuesta llega con un ligero tono sarcástico, experimenta una pequeña sensación de triunfo al leer: «¡A sus órdenes!».

En cierto sentido, esta historia nos sirve como alegoría para todas las enseñanzas de este libro. Pues, naturalmente, ninguna de estas enseñanzas es válida por sí misma. El astuto artista del fingimiento jamás se vuelve esclavo de sus propias reglas, algo que limitaría enormemente su margen de maniobra. Se preocupa más bien de aplicar siempre sus principios con flexibilidad. Pues todo depende siempre del contexto, y él es precisamente un maestro en el arte de adaptarse al contexto con sus fríos instrumentos de análisis.

¿Se acuerda del director editorial? Calculó hasta tres posibilidades de reacción según cómo se comportara su oponente en la negociación. Hasta cierto punto, tenía que hacer depender de la capacidad de resistencia de Kai Lantzer la decisión de hasta dónde le subía el sueldo.

El pintor que conoció Annette Kirchmann la sedujo con su aura de misterio porque presintió correctamente que a través del humor poco tenía que hacer con ella. Además, la excepcionalidad de la situación (¡dos almas perdidas en una isla!), invitaba a darle al asunto un toque melodramático.

¿Y la señora Karst? Sin duda habría refrenado sus provocaciones a Sascha si hubiera percibido que a éste le eran indiferentes. Con una sutil maniobra, habría

intentado despertar la compasión en nuestro abogado contando entre lágrimas su situación (la enfermedad de su marido, los problemas para encontrar trabajo de su hijo, etc.).

El artista del fingimiento es flexible. Es capaz de nadar a favor o en contra de la corriente, según lo que le augure mejores resultados. Su principio es la falta de principios. Siempre se guarda una última carta para poderla jugar en el momento oportuno.

26

CAPEAR LAS SITUACIONES EMBARAZOSAS

Un insigne catedrático experto en literatura francesa del siglo XIX, galardonado con toda clase de premios, apreciado por sus alumnos, honrado con homenajes en sus cumpleaños señalados, cedió, después de que su universidad concediera una plaza a un candidato mediocre a pesar de su desaprobación explícita, al ofrecimiento de otra universidad, que no sólo aceptó mejorarle ostensiblemente la dotación de la cátedra, sino que además se encontraba en una metrópoli a la que Karl-Heinz Wettering, que así se llamaba el catedrático, deseaba mudarse desde hacía tiempo, ya que, aburrido de la monotonía de la vida en una ciudad de provincias, se imaginaba que allí podría participar con mayor asiduidad en las reuniones del mundo de la cultura y mantener un intenso intercambio con sus colegas.

Su nuevo despacho se equipó de arriba abajo: se renovaron con esmero las salas correspondientes, situadas en una venerable ala del antiguo edificio universitario, y se le proporcionaron un nuevo ordenador, una nueva butaca y unos muebles confortables y luminosos.

Su discurso inaugural fue un éxito rotundo. Pues si bien Karl-Heinz Wettering era plenamente consciente de la enorme consideración que despertaba su persona (en este caso, se podría hablar con propiedad de un hombre en sus mejores años), tuvo la inteligencia de no resultar extremadamente solemne, sino que habló con la frescura y la ironía hacia sí propias de un espíritu agudo. Su conferencia sobre *La comedia humana* de Balzac estuvo totalmente desprovista de construcciones hipotácticas, pero gozó de una expresión exquisitamente

precisa y estuvo trufada de comentarios graciosos de todo tipo y acotaciones aparentemente espontáneas, de tal modo que el público prorrumpió en un aplauso largo y entusiasta que el catedrático recibió con humildes reverencias.

Entretanto había concluido la renovación de su despacho. A través de la ventana abierta penetraba una luz tenue. Completamente solo, y después de que también la contratación de sus tres colaboradores académicos y una secretaria, que al principio se le había querido limitar, se hubiera resuelto conforme a sus deseos (empezarían la semana siguiente), Karl-Heinz Wettering experimentó por primera vez esa vaga sensación de vacío que se produce a menudo cuando, tras un período de agitación, todo parece encajar a la perfección y las preocupaciones parecen disiparse.

Ahora podía dedicarse nuevamente a su ensayo sobre Flaubert. Wettering se acercó a su escritorio y sacó sus gafas del cajón con la intención de repasar lo que ya tenía escrito cuando alguien llamó a la puerta de su despacho.

—Ah, señora Kirchmann… del departamento de Historia del Arte, ¿me equivoco? Pase, por favor.

¿Qué edad tendría? Observándola disimuladamente, Wettering le atribuyó treinta y pocos años; sin duda era profesora adjunta. La había conocido brevemente al finalizar su discurso inaugural. Mientras permanecían de pie junto a la puerta, ella comentó su conferencia con una sola palabra:

—¡Magnífico!

Como es de imaginar, aquella exclamación complació a nuestro catedrático de filología románica. A él también le había llegado a través de sus colegas alguna que otra información sobre ella, básicamente comentarios intrascendentes y más bien groseros sobre su aspecto físico, detalles que de todos modos saltaban a la vista, puesto que Annette Kirchmann, una mujer pequeña y delgada, con un rostro extraordinariamente plano y rodeado de una oscura cabellera, tenía la belleza de una sílfide. Annette Kirchmann, le había prevenido su colega Meierwitz con una sonrisa sarcástica, era más alegre de lo que parecía a simple vista.

Había acudido a él, a Wettering, explicó Annette Kirchmann, para hacerle una propuesta: quizá le apetecería, no necesariamente enseguida pero sí en algún momento, organizar un seminario interdisciplinario con ella. Hacía poco que había leído su interesantísimo artículo sobre Stendhal y, al hilo de algunas notas a pie de página que le habían parecido cruciales, le habían venido a la cabeza algunas referencias a la historia del arte. Dado que, además, a ella el realismo

francés siempre le había apasionado, ¿por qué no, por decirlo así, dejar que sus conocimientos se fecundaran mutuamente? El acto podía titularse, por ejemplo, «Stendhal y la pintura».

Wettering, que no tenía tendencia a comprometerse enseguida, exclamó:

—¡Muy interesante! —Y, tras una pausa en la que ambos, sin saber muy bien por qué razón, sintieron un gran embarazo, añadió—: Pero siéntese, por favor.

Así pues, charlaron sobre Stendhal, en especial sobre *La cartuja de Parma*, la mejor obra del escritor francés según la firme convicción de Wettering. La mayoría de sus colegas, explicó el catedrático, cuando afirmaban que la novela era demasiado sentimental, cursi y completamente inverosímil, pasaban por alto que Stendhal no la había escrito así por torpeza, sino como un juego refinado con lo sentimental, lo cursi y lo completamente inverosímil. Annette Kirchmann completaba de vez en cuando uno u otro aspecto de la exposición de Wettering y se mostraba completamente de acuerdo con él. En cierto momento, le preguntó si tendría la amabilidad de ofrecerle algo de beber. Estaba sedienta.

Wettering, que había dejado atrás la timidez inicial, respondió, señalando un pequeño armario de oficina, que sólo había champán. Añadió que ya eran las seis de la tarde, hora de cerrar, por decirlo así. Para su sorpresa, ya que había contado con cierta resistencia, aunque fuera leve, y tenía preparada una contestación para persuadirla, Annette Kirchmann exclamó:

—¡Magnífico!

Tres días más tarde, Annette Kirchmann volvía a recorrer los largos pasillos de la universidad camino del despacho de Karl-Heinz Wettering para profundizar, como habían acordado, en la preparación del seminario. Al atravesar la biblioteca de románicas, cuya pared anterior lindaba con el despacho de Wettering, el profesor Meierwitz, inclinado con su torso rollizo y el semblante muy serio sobre un montón de libros, se sobresaltó con el ruido de sus zapatos de tacón alto. Siguió con cara de asombro su andar saltarín y observó cómo Wettering le abría la puerta de su despacho y la saludaba con dos besos en las mejillas. Qué hará ésa todo el tiempo con Wettering, pensó Meierwitz mientras hojeaba distraído un libro de gran formato con diminutas notas al pie. Luego limpió minuciosamente los cristales de sus gafas.

Faltaba poco para las ocho de la tarde. Enseguida cerrarían la biblioteca. Tras idear una pregunta que pudiera justificar que importunara a Wettering a aquellas horas, Meierwitz golpeó la puerta del despacho de su colega. Nada. Tras comprobar cuidadosamente que nadie lo observaba, pegó la oreja a la puerta. Le

pareció oír un jadeo, un tira y afloja regular, una risa reprimida. Lentamente, como dirigido por un poder externo a él, abrió la puerta y entró a pequeños pasos.

Pasaron unos segundos antes de que la pareja, cuyos miembros estaban entrelazados de un modo más bien convencional, se diera cuenta de que su pálido e incrédulo colega estaba ante la puerta y los contemplaba boquiabierto.

Generalmente, quien se ve envuelto en una situación embarazosa de este tipo reacciona erróneamente: presa de la excitación del momento, hace movimientos torpes, se disculpa servilmente por el desarreglo, etc., etc. No así Karl-Heinz Wettering, un hombre dotado de un asombroso autocontrol. Tuvo un segundo de sobresalto, durante el cual se estremeció al descubrir a su espectador; a continuación comunicó a Annette Kirchmann, de quien se había soltado rápidamente, que le disculpara un instante, se subió con soltura los pantalones, se acercó a su colega Meierwitz y le preguntó en qué podía serle útil. Había estado tan absorto en la conversación con la señora Kirchmann que no se había dado cuenta de que llamaban a la puerta. Avanzó aún otro paso. Meierwitz abandonó el despacho en silencio. Wettering cerró la puerta.

Cuando uno se encuentra en una situación embarazosa, siempre resulta útil, para evitarse daños mayores y haciendo gala de la mayor naturalidad y seguridad en sí mismo, mostrarle al que presencia dicha situación su ruin moral de esclavo y dejarle que experimente la fealdad de su semblante boquiabierto. En este sentido, nuestro catedrático no podía haberse comportado mejor. Una alternativa a este comportamiento consiste en disimular la situación mediante la ironía hacia uno mismo: «¡Vaya, parece ser que nos ha pillado con las manos en la masa!». Es evidente, sin embargo, que ésta es sólo la segunda mejor opción.

Evidentemente, la vergüenza y el embarazo no siempre se pueden evitar. El filósofo Helmut Plessner afirma que todo el mundo, en algún momento de su vida, se convierte en «la caricatura de sí mismo», ya que el interior que logra expresar en palabras choca con los límites de su cuerpo y sus posibilidades de expresión, una circunstancia que da pie a la comicidad de lo que dice. Pero precisamente estas situaciones constituyen magníficas ocasiones para poner a prueba el control de uno sobre sí mismo y sobre los demás.

27

NO HACERSE NUNCA PESADO

¡Qué desgraciados son los pesados! Los que, con sus exigencias, carecen de toda paciencia y de todo tacto. Los demasiado ansiosos, los sobreexcitados que se precipitan para satisfacer sus ansias o a la hora de revelar una confidencia.

¡Ah, qué incansables son los enamorados irremediables, hoy como en cualquier otra época! Escriben dos, incluso tres SMS consecutivos y muy seguidos; hoy no buscan calmar su dolor apoyando los dedos en las cuerdas de una guitarra, sino en el diminuto teclado de su móvil. Miran impacientes la pantalla, que no muestra ninguna respuesta, ningún alivio para su ansia. Llaman por teléfono varias veces, pero al otro extremo sólo aparece la amable voz del contestador.

¡Ofuscados! ¡Desistid de una vez!

De este modo tan desesperado reflexionaba la maquetista de una importante revista de moda sobre los hombres en general, después de haber tenido pésimas experiencias con ellos. Estaba sentada en la terraza de una cafetería con una amiga unos años menor que ella. Era otoño, las hojas cubrían las calles, pero gracias a las estufas exteriores que ocupaban la acera, las dos amigas sólo sentían un ligero frío alrededor de los tobillos. Y como de vez en cuando el sol atravesaba la espesa capa de nubes, las dos mujeres habían dejado sus grandes gafas de sol entre los cafés, al alcance de la mano.

Primero, la maquetista había tenido que consolar a su amiga, a la que habían despedido por motivos estructurales de un instituto demoscópico. Lo logró no sólo mediante todo tipo de palabras alentadoras y grandes muestras de

compasión expresadas con profusión de gestos y caricias, sino también mediante la afirmación de que, de todos modos, el trabajo no estaba a la altura de la amiga, de que podía estar contenta de no tener que trabajar más allí:

—¡Menuda mierda de sitio! ¡Te mereces algo mejor!

La amiga más joven encontró particularmente útil una información que le proporcionó la maquetista: una vieja conocida suya trabajaba en el departamento creativo de una empresa que fabricaba camisetas divertidas. En el departamento se dedicaban a idear los eslóganes con los que estampar las prendas, y precisamente ahora necesitaban a alguien.

—¡Eres supercreativa! ¡Mándales el currículo! —dijo la maquetista.

—Quizá tengas razón —respondió la amiga—. Pero ya hemos hablado suficientemente de mí —prosiguió tras una pequeña pausa durante la que se encendió un cigarrillo—. ¿Qué tal te va todo a ti?

La maquetista tardó un buen rato en responder a la pregunta, pues le costaba mucho hablar sobre sus malas experiencias.

—¡Bah! —exclamó.

Aquel «bah» parecía albergar en su interior toda la fragilidad del orden del mundo. Tras una pausa, la amiga pudo escuchar, y no precisamente por primera vez, el relato sobre el exnovio de la maquetista, un escritor que, después de que ella se separara de él, había alcanzado el éxito con una novela corta. La maquetista contó que, aunque el relato transcurría en Milán, aparecía una ex del protagonista que se parecía desagradablemente a ella. Según el narrador, que por lo menos la representaba físicamente muy atractiva, la mujer tenía un carácter inseguro y, en unos pasajes especialmente duros, le atribuía perfidia y maldad. En fin, la maquetista se preguntaba cómo habían podido interesarse tantos lectores por aquella chapuza.

—¡Quizá precisamente por eso! —exclamó, tras lo cual observó irritada cómo los cafés se agitaban dentro de sus tazas, como azotados por una tormenta. ¿Es que había dado un puñetazo sobre la mesa? En fin, qué más daba.

La amiga conocía también la siguiente historia que contó la maquetista, la de su aventura con un pintor. Según sus palabras, se había ligado sin demasiados reparos a aquel tipo superficial aunque con cierto atractivo para consolarse durante una noche. Y aunque la amiga joven no había dejado adivinar de ningún modo su creciente impaciencia, se sintió bastante aliviada cuando la maquetista pasó a confidencias algo más frescas.

Después de «despachar», según sus propias palabras, al pintor, la maquetista

se había inscrito, siguiendo el ejemplo de algunas de sus amigas, en una agencia matrimonial por Internet. Por pura curiosidad, tal como enfatizó entre risas, para ver «cómo funcionaba». La gran ventaja de la agencia virtual era que, a diferencia del mundo exterior, allí uno podía hacer una rigurosa preselección de con quién quería encontrarse y con quién no. Algunas de las cartas que los hombres habían colgado en la red eran bastante desagradables. Uno de cada dos quería despertarse al lado de la mujer deseada «con una sonrisa en los labios». Algunos pintaban con el más penoso de los entusiasmos escenas con chimeneas y puestas de sol, otros alardeaban de sus intrépidos viajes por todo el mundo. Sin embargo, lo que menos atractivo le había parecido fueron las descripciones de sí mismos de los pedagogos sociales y los psicólogos: la retórica de la compenetración con la que pretendían entusiasmar a las hipotéticas interesadas (aseguraban ser comprensivos, cariñosos, etc., etc.) le pareció tan poco masculina que los desestimó con repugnancia y divertimiento a la vez, como ante la visión de un feo animal del zoo.

En resumidas cuentas, la maquetista contó que, tras el proceso de preselección, sólo había concertado dos citas que habían sido de lo peor que le había ocurrido en toda la vida.

El primer hombre con el que quedó, un tal Sebastian, bastante bronceado y programador en una empresa de teléfonos móviles, estaba tremendamente sobreexcitado, y en el restaurante donde habían quedado engulló la comida y la cerveza con tanta ansia que, al terminar, se había visto obligado a soltar un sonoro eructo, lo que lo hizo ponerse rojo como un tomate. Bajo la impresión de aquel planchazo, había sido incapaz de mantener una conversación con un mínimo de sentido. Ambos comieron el postre a toda prisa y en silencio, simulando estar encantados.

Como todo el mundo puede imaginar, el encuentro no se repitió. Sin embargo, la maquetista recibe de él, todavía hoy, los correos y SMS más fastidiosos. Hace poco, Sebastian ha tenido incluso la desfachatez de entregar una caja de bombones en la recepción de la redacción, lo que ha provocado todo tipo de bromas zafias entre los compañeros. Que la caja tuviera forma de corazón no había mejorado las cosas.

El segundo hombre fue una decepción si cabe mayor: Heiko, un reportero local que ni siquiera ayudó a nuestra maquetista a quitarse el abrigo y que, sin hacerle una sola pregunta, empezó a hablar verborreicamente sobre su trepidante trabajo. Escribía regularmente una columna, tenía en mente redactar un extenso

perfil del actor Walter Sindman, etc., etc. Mientras hablaba, se inclinaba amenazadoramente hacia la maquetista, que pudo comprobar no sólo que le apestaba el aliento, sino que tenía restos de comida entre los dientes, entre ellos lo que le pareció un pedazo de pechuga de pollo de dimensiones considerables. Para estupefacción de Heiko, pues se encontraba en mitad de una frase y se aproximaba al punto culminante de su explicación, la maquetista puso bruscamente fin al encuentro aduciendo dolores menstruales repentinos y rechazando enérgicamente que la acompañara a casa.

Las dos amigas se rieron y pidieron dos cafés más. Ciertamente, las citas tenían su lado divertido. Aunque, como contó la maquetista, le resultara terriblemente fastidioso que también Heiko la molestara desde ese día con insistentes mensajes de móvil. En el último incluso le decía que tenía una voz muy erótica, detalle que a ella le había parecido bastante sospechoso, ya que no recordaba haber hablado demasiado durante aquella noche.

Debemos dar la razón a la maquetista en su duro juicio hacia los hombres aquí esbozados. Pues posiblemente el amor exige, para su buen desarrollo, más que la mera disponibilidad de la persona deseada, una ausencia bien dosificada de la misma. En este punto, urge decir que la ausencia es aquello que hace posible que uno desprenda cierta aureola. Cuanto más inaccesible se muestra alguien debido a su posición representativa, y esto se aplica tanto al amor como al trabajo, mayor es la atención y la deferencia que se le dispensan. Lo que despierta nuestro interés es la dificultad de ver al otro. Siendo así, estar en contacto con él nos parece un regalo divino. La dificultad de verlo, su desaparición bien calculada, son los fundamentos de la fama del poderoso, que nunca aparece como la mano derecha de otro. Se nos presenta siempre inaccesible, inasible y enormemente independiente.

Que la ausencia de la persona deseada excita la imaginación es un hecho que la propia maquetista ha tenido que experimentar alguna que otra vez; y en estos casos no ha experimentado un estado de ánimo precisamente esperanzador.

28

VESTIRSE CON HABILIDAD

A menudo se oye la afirmación de que, en cuanto a la ropa, se trata de sentirse cómodo. No es verdad. De lo que se trata es de estar guapo y de aceptar las presiones sociales que conlleva la moda, no contraviniéndolas, por ejemplo, con unas piernas o unas axilas sin depilar.

Se ha afirmado con razón que en nuestro país raramente se comprende la moda en su esencia más profunda, que el alemán no tiene un concepto claro del espacio público y, por ello, rechaza de plano la moda como símbolo de la dictadura del ideal de belleza o de la hegemonía del comercio. Toda manifestación de elegancia se considera un pecado.

Todo ello es cierto, si bien nos encontramos en vías de mejora. Pero la torpeza latente en las cuestiones del vestir hace de la moda un fenómeno extremadamente interesante para el artista del fingimiento. Pues él, al contrario que la gran masa de portadores de sandalias y calcetines de rizo, consigue atraer hábilmente hacia sí la atención gracias a su forma de vestir.

Resulta totalmente imposible dar aquí indicaciones más detalladas sobre el vestuario que cualquiera debería procurarse. El ideal de belleza actual es demasiado antidogmático: junto a los vestidos ceñidos que realzan la perfección de las líneas del cuerpo se encuentran los vestidos tipo túnica; llevar ropa deportiva en una ocasión de gala es tan poco tabú como aparecer en una fiesta informal con un traje a medida. Y, sin embargo, el ojo entrenado reconoce enseguida si el portador de un bigote, por ejemplo, está haciendo una referencia irónica consciente o si simplemente no se ha afeitado durante un tiempo,

creyendo que todavía no está impresentable. Sea como sea, la moda parece haber agotado su abanico de posibilidades; ahora, para vestirse adecuadamente, sólo es cuestión de no dejar pasar el oportuno *revival* de un determinado estilo.

Detrás de la elección consciente de cada prenda de vestir se esconde el anhelo de escenificación. Cada elección lleva inscrito el fingimiento en su seno; pone de manifiesto lo que distingue al ser humano, lo que el filósofo Helmut Plessner llamó «intangibilidad que invita a tocar», el ansia de deslumbrar a los demás.

Saber cómo vestirse es, además, una demostración de poder. Vestir adecuadamente significa conocer el código de la sociedad en la que uno se introduce. Significa cumplir los requisitos para que a uno no le indiquen inmediatamente el camino de la puerta. Pero romper el código de una determinada congregación de personas tiene sus beneficios. Por ejemplo, cuando Stephan Karst fue reconocido con un sustancioso premio, concedido por un banco, por el atrevido anteproyecto de unas casas adosadas, iba manifiestamente vestido por debajo de la etiqueta requerida. Mientras que el conocido catedrático de arquitectura de cabello ralo que pronunció la laudatoria subió al escenario enfundado en un traje a medida y con pajarita, Stephan Karst recogió el premio también enfundado en un traje, pero debajo llevaba una camiseta informal con una inscripción que casi se podría tildar de «descarada», lo que le dio un aire de despreocupación que complació, sobre todo, a las señoras de cierta edad que se encontraban entre el público, pues de sobra es sabido lo condescendientes que éstas son con los jóvenes.

Probablemente también le habría favorecido lo contrario (lo que nunca ha hecho): presentarse en una fiesta informal con el atuendo del catedrático de arquitectura (bueno, de acuerdo, quizá sin la pajarita). Sólo cuando uno rompe los códigos con valor consigue que lo favorezca la forma de vestir. Sólo entonces se le atribuye personalidad y autonomía, así como cierta aura de erotismo.

Ya hablaremos más adelante de un camarero que cayó perdidamente enamorado de una mujer que lucía cabello corto y oscuro, y que lo deslumbró con su conmovedora belleza. Podría muy bien ser que la camisa tipo túnica con amplio cuello que llevaba, blanca y algo extravagante (los puños estaban bordados a mano con perlas rojas), reforzara la buena impresión que transmitía, ya que la hacía destacar entre las demás mujeres del café, que (quizá debido a su maternidad) vestían con un estilo más bien deportivo (vaqueros, camisetas), es decir informal y para nada elegante.

Sin embargo, nunca debe exagerarse este destacar entre los demás. Sobrepasar los límites más allá de los cuales uno aparece como un tipo raro y ridículo y es observado con bochorno (sombrero de plumas, vestido rococó, cualquier cosa que parezca de poca calidad…) es poco aconsejable. En cualquier caso, lo que es realmente despreciable es elevar la comodidad, la naturalidad y el sentirse bien al rango de criterio de selección de nuestras prendas de vestir. Sin algo de amaestramiento, resaltamos poco. Pues el cuerpo que habitamos es siempre, hasta cierto punto, nuestro enemigo permanente. Mantenerlo bajo control con prendas de ropa y patrones de costura aumenta nuestra visibilidad y mejora mucho nuestra apariencia.

29

ENGAÑARSE A SÍ MISMO

Todo artista del fingimiento conoce la contradicción a la que necesariamente se enfrenta. Por un lado, ejerce el más férreo control sobre sus emociones y se observa a sí mismo y a los otros con mirada fría; por otro, si quiere tener éxito, necesita cierta sobrevaloración de sí mismo y, con ello, cierto autoengaño. Pues a veces la mirada fría sobre uno mismo conduce a dar tantas vueltas sobre la propia naturaleza que resulta perniciosa. Todos conocemos personas que se fustigan sin parar: que si la barriga demasiado prominente o la nariz demasiado ancha, que si los cabellos poco espesos, los pies demasiado grandes… Son personas a quienes gusta llamar a sus amigos para hablar sobre sus defectos físicos, lo que a los amigos les resulta francamente pesado. Durante una primera cita, estos autofustigadores apenas se pueden concentrar, tan pendientes están de contraer la barriga y esconder los pies bajo la mesa. Sólo mediante penosos esfuerzos consiguen atender la conversación, y a menudo causan una impresión penosa.

Los permanentemente ocupados consigo mismos son también una molestia en las fiestas, cumpleaños y bodas para los demás invitados que pretenden conocerlos. Resulta muy descortés reaccionar al tímido y muy pensado inicio de conversación de un extraño con parquedad de palabras. Exactamente lo que hizo Angelika cuando fue abordada en la fiesta de una amiga por un joven escritor y lo ahuyentó debido a que estaba funestamente sumida en sus pensamientos.

En realidad, Angelika estaba muy contenta de acudir por una vez a una fiesta sin su novio Frank, al que tras una acalorada discusión había sugerido que se

quedara en casa. Las cosas ya no iban demasiado bien entre ellos. Se habían apartado de su propia perfección: vivían en una zona atractiva, en un piso decorado, gracias a los esfuerzos de Angelika, con gusto exquisito. Económicamente gozaban también de una situación inmejorable: Frank trabajaba contratado en un despacho de arquitectura y Angelika era fotógrafa free lance.

Angelika ganaba dinero sobre todo haciendo motivadoras fotografías de directivos en sus despachos, cantinas y edificios de oficinas acristalados para todo tipo de folletos corporativos. De acuerdo, no era precisamente lo que había soñado. Íntimamente se había imaginado un brillante futuro como artista reconocida que expondría en museos y selectas galerías.

De hecho, no describiría la exposición que había organizado hacía un año junto con dos fotógrafos más y que había costeado ella misma —para ser más precisos, con el generosísimo apoyo de sus padres— como un fracaso (al fin y al cabo, había recibido todo tipo de comentarios favorables), aunque en realidad el dato era incontestable, sólo había vendido dos fotografías, por mucho que fueran de gran formato. Además, la compradora había sido su propia abuela, una circunstancia no exenta de ironía, puesto que la mujer hacía tiempo que sufría cataratas. Sea como sea, hasta el día de hoy adornan el acogedor salón de la anciana dama dos fotografías que muestran en blanco y negro la estructura de madera de dos secuoyas rojas de California que Angelika fotografió durante una estancia de estudios en la costa californiana.

Su especialidad eran las escenas naturales: en su casa colgaban por todos lados lagos en los que se reflejaban bosques y montañas distorsionados, lo que despertaba el vivo interés de las visitas, y le había dolido mucho que Frank, durante su acalorada discusión de media tarde, afirmara que aquellas fotografías lo sacaban de quicio, que ya no soportaba ver aquellos malditos árboles y lagos.

Hay frases que no surten efecto hasta pasadas unas horas. Durante la fiesta, Angelika habló con varios amigos de trivialidades de la vida cotidiana simulando cierta alegría, pero sus pensamientos se concentraban en las fotografías. ¿Acaso no tenía razón Frank? ¿No se había engañado a sí misma durante todos esos años? ¿Estaba dispuesta a decorar folletos corporativos el resto de sus días? Si por lo menos consiguiera alguna vez un encargo de fotografías de moda… Unos meses atrás, una revista de moda había contactado con ella. Moda masculina. Angelika había enfundado en prendas de vestir a tipos andróginos y los había retratado echados sobre butacas barrocas con el torso

desnudo, mirando lascivamente a la cámara, o les había hecho ponerse frívolamente las manos sobre el sexo cubierto por finos pantalones de diseño. Tenía que resultar gracioso, subversivo. Pero las fotografías no habían gustado a la maquetista de la revista de moda. Demasiado vulgares, inservibles, impublicables, dijo, ellos no se dedicaban al porno para homosexuales, etc., etc. Por lo menos le habían pagado una pequeña cantidad compensatoria.

Durante la fiesta, Angelika recordaba todas las pequeñas derrotas de su vida: la exposición organizada por ella misma que, tenía que admitirlo, había sido un desastre (seguramente sus padres habían convencido por compasión a su abuela de que comprara aquellas dos fotografías); su novio Frank, el arquitecto, que seguramente se había reído siempre para sus adentros de sus fotos… En eso pensaba cuando el joven escritor se dirigió a ella con un sencillo aunque encantadoramente espontáneo «¿Qué tal?», a las once en punto de la noche, en el estudio de la anfitriona, con una delicada sonrisa que sólo podemos elogiar, tan deliciosa era.

En aquel momento, el escritor se sentía con razón en la cúspide de su éxito. Tras años de amargos fracasos, su delgado librito, una turbulenta historia de amor que se desarrollaba en Milán, se vendía como churros, y lo halagaba enormemente que personas que siempre se habían mostrado escépticas con él ahora le dieran palmadas en la espalda o se le arrimaran como por casualidad, tratando de merodear siempre a su alrededor. Durante la fiesta, rehuyó cuidadosamente a una conocida de su exnovia para no provocar una situación incómoda. Ella se pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina, lo que le supuso el inconveniente de tener que pedir cada vez a sus amigos que le fueran a buscar la bebida, aunque, bien mirado, se correspondía bien con el aura del triunfador el que no tuviera que ocuparse personalmente de aquellos prosaicos detalles.

La otra preocupación que lo asaltaba de vez en cuando era la vaga sospecha de que su nueva novia, a la que había conocido tras una de sus siempre abarrotadas lecturas en público, había sido una elección desacertada. Pasados los primeros meses de pasión física, ahora se sentaban a menudo en silencio en cualquier bar de la ciudad, y al escritor lo irritaba que ella lo continuara mirando con reverencia y lo acariciara continuamente con delicadeza, como si él fuera la criatura más frágil de la tierra. Además, aunque no se atrevía a decírselo, no le gustaba que lo llamara «amorcito mío». Qué bien que ese fin de semana, aunque a regañadientes, se hubiera ido a visitar a sus padres.

¿Por qué contamos esta historia en la que no ocurre prácticamente nada? En esencia, sólo trata de un minúsculo incidente en una fiesta, de los que ocurren cada noche en cualquier lugar: cuando el escritor se dirigió a ella, Angelika, abrumada por las dudas, se limitó a mirar al suelo y balbuceó:

—¿Cómo? Ehm… ni idea.

Luego fijó los ojos en su vaso. El escritor, nada acostumbrado al rechazo en ese momento de su vida, se alejó con no poca irritación y no volvió a aparecer en toda la fiesta.

Y al narrador, el ser omnisciente, este pequeño episodio le duele particularmente, ya que el escritor y la fotógrafa estaban hechos el uno para el otro, pero no volvieron a encontrarse jamás. Se habrían complementado de maravilla en un sinfín de rasgos de su carácter que no podemos detallar aquí, pues no guardan relación alguna con el tema que nos ocupa. Desvelemos únicamente una cosa: al final de su vida, habrían constituido una pareja de viejecitos como las que conocemos a través de la publicidad. Radiantes de felicidad, se habrían sentado bajo un árbol con sus encantadores nietos, algo regordetes, habrían saboreado jugosas manzanas y habrían recordado una vida llena de aventuras y enturbiada por muy pocos golpes del destino. Todavía a esa avanzada edad se habrían acariciado cariñosamente el uno al otro la mejilla. En lugar de ello, el narrador puede decir que tanto Angelika como el joven escritor aguantaron durante un tiempo considerable sus respectivas relaciones, lo que los convirtió en personas amargadas, casi insufribles… ¡Pero basta de pensamientos desagradables!

Pocas cosas hay más perniciosas que la inseguridad impenitente. A menudo aparece por pensar demasiado. No hay que dar vueltas a las cosas en exceso. Sin embargo, no debe confundirse esta negligencia provocada por una incapacidad con la torpeza empleada con premeditación, que puede resultar coqueta y despertar la excitación erótica. Sea como sea, nunca hay que mirar silenciosamente al suelo; bien al contrarío, será mejor decir una palabra de más.

La autocontemplación no debe llevarse a la exageración: por paradójico que parezca, nunca debe hacer florecer la verdad. Particularmente en las cuestiones de amor se pone de manifiesto que uno debe siempre controlarse para no dejar pasar ninguna oportunidad. Y siempre es mucho mejor sobrevalorarse un poquito que infravalorarse. Tal como hacía el escritor en sus lecturas públicas. Siempre aparecía con una digna seguridad en sí mismo, como si nunca hubiera existido un tiempo en el que se había abandonado al vino barato presa de la

depresión debido a que sus libros no se vendían.

El artista del fingimiento aplica una arriesgada estrategia equivalente al autoengaño: oculta premeditadamente sus flaquezas. Esta ocultación es a la vez la garantía del éxito y su talón de Aquiles. Y en este campo de fuerzas se mueve como pez en el agua.

30

ESTAR DELGADO

Un hombre todavía más o menos joven llamado Olaf Herse se encontró en el supermercado —en su carrito, Corn-flakes, dos tabletas de chocolate, una botella de vino y varios tipos de quesos— a un viejo conocido al que no había visto desde hacía un año. Como saludo, el hombre se limitó a mirar a Olaf Herse en silencio, lo repasó con una mirada socarrona y sonrió. Era evidente lo que le había sucedido. Parecía que sus vidas se habían distanciado bastante en ese año: Olaf Herse había engordado, a ojo de buen cubero, unos diez kilos.

La razón de ese aumento era difícil de adivinar; quizá la edad (estaba en la mitad de la treintena), quizá una carrera profesional no exenta de dificultades (innumerables currículos, entrevistas de trabajo, diversos cambios de empresa…) que lo había empujado a consolarse con los placeres corporales.

La conversación no fue nada fluida. Olaf Herse se despidió precipitadamente de su conocido, se apresuró a volver a casa, se colocó frente al espejo del dormitorio, contrajo las mejillas y se observó de perfil. Si tensaba los músculos de la barriga, tampoco era tan, tan grave… Su médico había hablado de un ligero sobrepeso (poniendo el acento, le había parecido, en *ligero*). Así pues, que nadie se lleve a engaño: la gente no señalaba a Olaf Herse por la calle, la situación no era tan… dramática. Cualquiera puede estar un poco regordete.

Pero ¿quién quiere ser cualquiera?

A lo largo de la historia, reflexionaba Olaf Herse mientras se acariciaba la panza pensativo, el hombre había gozado del privilegio de no encontrar nunca un motivo para subirse a la báscula. Cuando vivía solo, él ni siquiera tenía. A las

mujeres les preocupaba su cuerpo. Seguían dietas, se fustigaban con ejercicios físicos y no pocas de sus excompañeras de escuela terminaban anoréxicas. En cualquier caso, les gustaba observarse. Y charlaban sobre engordar y adelgazar. Reflexionaban sobre sus observaciones. Eso no lo hacían los hombres. Antes, al menos, no. Pero los tiempos han cambiado.

Los entresijos de las reflexiones femeninas siempre habían provocado complicaciones entre los dos sexos: «Dime, ¿te parece que he engordado?», le preguntaban a Olaf Herse sus novias tan pronto como le cogían confianza. En la mayoría de casos, Olaf Herse no percibía ninguna diferencia y respondía: «¡Qué tontería!». Si, en cambio, percibía alguna diferencia, respondía: «¡Qué tontería!».

Los dos abuelos de Olaf Herse habían sido lo que se llamaba hombres robustos. Comían lo que era costumbre entonces: carne empanada, asados, salchichas y patatas. Lucían su panza con la mayor naturalidad. Olaf Herse no se los podía ni imaginar preguntando atribulados a sus mujeres si les parecía que habían engordado. Eran amados incondicionalmente. Y sin duda, también deseados. Quizá precisamente por su panza.

Olaf Herse, cavilando aún ante el espejo, pensaba en una entrevista que había leído hacía poco en la que un médico explicaba que los hombres tienen mayor tendencia al sobrepeso que las mujeres. Y que este hecho es un impedimento en su carrera profesional, ya que con un exceso de peso no es fácil alcanzar los despachos directivos, de modo que recomendaba practicar *footing* y comer pan integral.

¿A qué hombre, llegada cierta edad, no le resultan familiares las preocupaciones que atormentaban a Olaf? Hoy en día, los hombres se preocupan por su perímetro corporal. Y sin duda es verdad, hasta cierto punto, que el cuerpo masculino quiere estar entrenado para gustar a las mujeres, ya que se ha sexualizado en extremo. Aunque existe una excepción: el poderoso no necesita entrar la barriga, la puede lucir perfectamente ante cualquier mujer.

Pero el que todavía esté en vías de ser poderoso, como Olaf Herse, debe poner cuidado en adelgazar discretamente. Pocas cosas desprecian más las mujeres que el vanidoso discurso de los hombres sobre su apariencia. Ciertamente, las mujeres desean a los hombres y los convierten en objetos sexuales (sobre todo al delgado). Pero únicamente cuando éstos se desean a sí mismos, cuando su mirada masculina se ha posado sobre sus propios cuerpos con placer y, con ello, ha aumentado su autoestima. En cambio, el hombre que se

contempla con escepticismo lo echa todo a perder. Convirtiéndose él mismo en objeto, destruye el juego del amor.

¿Cuándo un hombre es un hombre? Cuando no habla sobre su peso.

¿Cómo tiene éxito un hombre? Manteniéndose delgado. Por norma general, sólo manteniendo su línea estilizada consigue unir su arte del fingimiento con el atractivo erótico (durante discursos y conferencias). Muy pocos hombres logran sacar partido de un ligero sobrepeso. Pero ¿qué aspecto debe tener un hombre una vez que ha alcanzado el éxito? Llegado este punto, es absolutamente indiferente.

Olaf Herse, cada vez más atormentado por sus inseguridades, empezó a practicar *footing* cada mañana antes de ir a la oficina. Sin embargo, no se lo contó a nadie, una decisión que sólo podemos elogiar. No en vano todo lo que a uno le resulte enojoso debe hacerse en secreto, pues únicamente así se transmite esa desenvoltura tan codiciada por el artista del fingimiento.

31

HACER CARAMBOLAS

El agente inmobiliario Heinrich Walter conducía a la peor hora del día y en el pequeño coche de la empresa hacia Dettersheim. El tráfico avanzaba apenas dos metros antes de que la columna de vehículos se detuviera de nuevo ante un semáforo. Ensimismado, Heinrich Walter contempló a unos niños que se empujaban unos a otros con rabia en la parada del autobús, mientras el más regordete de ellos lloraba; una anciana cargaba con dos bolsas de la compra y mantenía conversaciones consigo misma a todo volumen con la mirada clavada en el cielo encapotado.

Poco a poco se hizo de noche. Heinrich Walter encendió los faros del coche. Le horrorizaba la cita a la que acudía: con toda probabilidad terminaría como las demás. Cada dos o tres días enseñaba a alguna pareja joven un piso en el complejo arquitectónico recién renovado. El piso en sí siempre parecía gustar hasta cierto punto a los interesados, pero el emplazamiento, Dettersheim, les parecía un poco a contramano. Y la verdad es que Dettersheim no podía ofrecer nada para contrarrestar aquella contrariedad. ¡Si al menos el paisaje hubiera tenido algún atractivo! Pero no, la zona se podía describir con una sola palabra: anodina. Ningún lago en las cercanías, ninguna colina, ni rastro del mar. El centro histórico del pueblo había sido bombardeado durante la guerra —probablemente por error—, de modo que los únicos edificios dignos de visitar eran precisamente los que formaban parte del complejo arquitectónico que nos ocupa, un complejo situado al borde de un campo que ciertamente tenía su encanto (construido, por cierto, a principios de los años treinta por un colega

muerto prematuramente del célebre arquitecto Hans Scharoun), aunque para el visitante ocasional, sin ningún interés en este tipo de hitos de la historia de la arquitectura, la mayor atracción del lugar era más bien el perezoso pacer de las vacas de los granjeros locales. Éstos, agitando la cabeza, contemplaban de vez en cuando con sus rostros desconfiados y curtidos por la monotonía del paisaje los edificios, ahora pintados de blanco reluciente, cuyos pisos se anunciaban con grandes paneles publicitarios. «¿Pero quién va a querer vivir aquí?», parecían preguntarse.

Exactamente, ¿quién? Eso mismo se preguntaba el señor Walter. Sobre el mapa, el camino hasta Dettersheim parecía perfectamente asumible: una carretera nacional marcada en amarillo que empezaba en los límites de la ciudad y de pronto, ¡tachan!, uno ya había llegado. Pero sólo con la punta del dedo. En realidad, al menos en hora punta, se necesitaba casi una hora sólo para salir de la ciudad, y algunos días, más. ¡Si al menos Dettersheim hubiera contado con una estación de ferrocarril suburbano —una posibilidad que se había contemplado— quizá haría ya tiempo que el señor Walter habría vendido los pisos!

En este punto, hay que decir que el humor sombrío que acuciaba a Heinrich Walter se debía a unos acontecimientos verdaderamente desafortunados ocurridos en la agencia inmobiliaria y que nuestro empleado recordaba con extremo desagrado. En realidad, la tarea de encontrar compradores para los pisos de Dettersheim había recaído sobre su nuevo colega Hans Strass, un tipo desagradablemente ambicioso. Apenas recibió el encargo, el señor Strass empezó a visitar muy a menudo el despacho del señor Walter para jactarse sin disimulo: ¡qué gran honor, ocuparse de aquella joya arquitectónica de Dettersheim! ¡Qué contento estaba! Que el jefe hubiera pensado en él, que llevaba tan poco en la empresa, le parecía una auténtica distinción. ¿Y él, el señor Walter, qué proyectos interesantes llevaba? Etc., etc.

El señor Walter, como es comprensible, se sentía ninguneado. No era la primera vez que se le confiaba al señor Strass una tarea importante como por descontado, sin siquiera plantearlo. Irritado por la injusticia del mundo, el señor Walter se presentó en el despacho de su joven jefe, que había heredado de su padre el costoso mobiliario de madera oscura. El jefe estaba absorto frente a la pantalla del ordenador cuándo el señor Walter empezó a hablar con exaltación de las canalladas de todo tipo que se le infligían en aquella agencia inmobiliaria. ¡Hacía casi cuarenta años que trabajaba en la empresa, haciendo méritos como nadie!

El jefe lo miró pausadamente y dijo:

—Ya.

Y tras una pausa, todavía mirando de reojo la pantalla, añadió: ¿cómo podía serle útil?

El señor Walter respondió (era la primera vez en la vida que se expresaba con aquella contundencia en la agencia) que quería encargarse del proyecto de Dettersheim. No era justo que todos los proyectos interesantes, para entendernos, se le confiaran al señor Strass. Y, dicho esto, pataleó rabiosamente —lo que a un hipotético espectador externo le habría parecido enormemente ridículo— con el pie derecho sobre el suelo de parqué.

—¿Ah, sí? —dijo el jefe mientras se reclinaba complacido, le pareció al señor Walter, en su butaca. Aquel trabajo, añadió, exigía un gran número de enojosos viajes, y por eso había pensado en su colega más joven, pero vaya, si al señor Walter le entusiasmaba tanto Dettersheim, en fin, desde luego no sería él quien le impidiera desarrollar su compromiso con la empresa. Sin embargo, no podía prometer nada, pues primero tendría que hablar con el señor Strass… Sin demasiadas vacilaciones, y para enorme sorpresa del señor Walter, el señor Strass se mostró generosamente dispuesto a ceder el proyecto.

Heinrich Walter continuaba dentro de los límites de la ciudad. Pero la sucesión de casas a derecha e izquierda ya mostraba de vez en cuando algún hueco: solares aún inutilizados. Heinrich Walter atravesaba zonas poco pobladas de las que jamás había oído ni el nombre. En algún lugar se oía ladrar a un perro. Finalmente, el tráfico se diluyó; pasó de largo una gasolinera cuya luz irreal le pareció resplandeciente en aquel barrio infestado de fábricas ya cerradas. ¿De verdad en otro tiempo entraban y salían de allí trabajadores con las manos sucias de grasa? Algunos edificios, como para realzar aún más su penoso estado de ruina, estaban iluminados. El señor Walter observó los cristales rotos de las ventanas y las feas pintadas de las sucias paredes le parecieron estigmas de la piel.

¡Finalmente, la desviación hacia la carretera nacional! Ya no faltaba mucho. Heinrich Walter puso la cuarta velocidad.

¡Qué cansado estaba! Por la falta de sueño, sin duda. Pero también por el agotamiento provocado por el cúmulo de pensamientos que lo invadían desde hacía semanas. Invadir, sí, ésta era la palabra, como si de un día para otro hubieran aparecido ratones o cucarachas en la casa, hubieran anidado y parecieran decididos a quedarse. Lo querían echar del trabajo. No paraba de

darle vueltas. La mirada de su jefe desde que el proyecto de Dettersheim no avanzaba: entre malhumorada y hostil. ¡Tenía que pensar algo cuanto antes!

El señor Walter había vivido el éxito inicial de la agencia inmobiliaria, un pedazo de historia de la construcción en el país, cuando no era más que un muchacho. En aquel entonces las paredes de los edificios aún estaban llenas de agujeros de metralla, la lluvia pasaba a través de los tejados de las iglesias y en muchas casas, como en el Este, quemaban estufas de carbón. Pero se construía y se renovaba con afán para borrar todo signo del pasado.

¿Qué pensaría ahora de él su mujer, que murió prematuramente después de enfermar de repente? El señor Walter se acordó de que le había tomado la mano hasta que se volvió gélida; el resto de los presentes, primero sin saber qué hacer, ya que el señor Walter no se apartaba de su mujer, habían terminado por indicarle titubeantes que se levantara para que el médico confirmara lo que ya era evidente para todos.

Heinrich Walter odiaba las autopistas. En la autopista siempre lo asaltaban los recuerdos. Un día se volvería loco de tanto darle vueltas a todo. Ahora pensaba en Anja, su hija. Ella tampoco lo había tenido fácil. Primero el despido del instituto demográfico y ahora la separación de su novio.

Le había llamado hacía dos días desde su móvil. Como tantas otras veces, fue una conversación muy breve. Había interferencias y se perdía la comunicación a cada momento. Desde que se había inventado el teléfono móvil, reflexionaba a menudo el señor Walter, el hombre había vuelto a la prehistoria de la telecomunicación.

Anja le contó que se había cambiado de piso y que había tenido una entrevista de trabajo en una empresa de camisetas. No le había ido demasiado bien.

Al señor Walter le habría gustado pronunciar unas palabras de consuelo, pero lo único que dijo fue:

—¿Necesitas dinero?

La oía resoplar. Entonces, Anja colgó. Aunque quizá, pensó el señor Walter, sólo se había cortado otra vez la comunicación.

A derecha e izquierda, el señor Walter veía pasar las flechas de la carretera. Había una niebla muy espesa. Pronto llegaría el desvío hacia la izquierda.

De pronto lo cegó un intenso resplandor. Y mientras oía el largo bocinazo, Heinrich Walter tuvo tiempo de tener un pensamiento nítido y extrañamente pacífico: ¿qué se le había perdido a aquel enorme camión en aquel lugar dejado

de la mano de Dios?

Interrumpamos la narración en este punto. De hecho, por lo que respecta a la moraleja de nuestra historia, ya nos hemos desviado bastante. ¡Por poco se nos olvida elogiar la inteligente estrategia del señor Strass! Éste se había impuesto al señor Walter mediante una notable artimaña. El señor Strass había hecho una carambola: había contado prudentemente con un tercero en su plan para perjudicar al señor Walter. Había presupuesto correctamente que sólo tenía que conseguir irritar al señor Walter para que protestara ante el jefe y reclamara el enojoso proyecto de Dettersheim. Naturalmente, cualquiera se preguntará si el jefe estaba al corriente de esta estratagema sin duda humillante para el señor Walter. Sí, lo estaba. Tenía la intención de empujar al señor Walter hacia una bonita prejubilación sometiéndolo a un poco de presión. Hay que tener en cuenta, puesto que al lector seguramente le habrá llegado al fondo del alma el destino del señor Walter, que el señor Strass, al menos en las circunstancias que caracterizan nuestra época, no es en absoluto una persona odiosa. Al salir del trabajo ayuda voluntariamente en un orfanato del barrio, lo que no está desligado del hecho de que él mismo, por motivos desconocidos y hace exactamente treinta y tres años, fue también entregado a la custodia del Estado.

P. D.: Unos días más tarde, apareció una necrológica en uno de los periódicos más leídos de la región: «La sociedad inmobiliaria *** informa con profundo pesar de que nuestro colaborador durante muchos años Heinrich Walter falleció el pasado miércoles a la edad de sesenta y dos años. Con su muerte perdemos a un colaborador siempre solícito y amable, apreciado por todos sus compañeros no sólo por su profesionalidad, sino por su carácter solidario. Honramos su memoria».

32

MIRAR A LOS DEMÁS CON CARIÑO

Nos pasamos la vida actuando, teniendo que actuar, para expresar deseos, pensamientos y anhelos que en realidad ¡son fingidos! Y todo para tratar a los demás con delicadeza, para que en el futuro no nos perjudiquen y para tomar ventaja frente a nuestros competidores. Para ello, nos servimos del cuerpo y del lenguaje, frágiles herramientas que ponen al descubierto que desde que nos asomamos a este mundo una grieta nos recorre; que estamos escindidos en un interior espiritual y un exterior corpóreo; que queremos ser auténticos y, como mucho, lo parecemos. Nunca somos del todo nosotros mismos; la Creación, desde que caímos en el pecado original, es puro teatro. Ciertamente, existe el instante del amor, una pura ilusión, pues anhelamos una mirada sincera, el contacto de una mano que sólo nos desee a nosotros, un regalo que no exija contrapartida. Sin embargo, hasta la mirada más prendada de amor alberga en su seno el fingimiento —que jamás logramos desenmascarar— y la porfía. Por eso desde el inicio de los tiempos el amor ha sido siempre tan bello, porque se nos escapa de las manos, y por ello ha sido siempre también tan triste. El hecho de que podamos imaginar la armonía del alma y el cuerpo nos convierte en uno de esos animales que esperan en vano, en unos eternos imperfectos.

Camuflamos con gran esfuerzo y manteniendo la compostura incluso la más terrible de las conmociones que nos golpea y logra revolver por un segundo nuestro fingimiento; hasta la atroz muerte se canaliza culturalmente con formalidades y ritos fúnebres que inflaman de nuevo, a más tardar en el convite del sepelio, nuestra vanidad.

Vislumbramos aún destellos de los tiempos en los que nos las arreglábamos medianamente: como por obra y gracia de una ley natural, el hijo del carnicero se hacía carnicero también, y la hija de la maestra se dedicaba a la enseñanza. A los treinta años llegaba el segundo hijo. A los cuarenta, uno estaba preparado para la muerte. Las posibilidades que ofrecía la vida eran limitadas. En estas circunstancias, el arte del fingimiento se mantenía en hibernación. Puede ser que la vida fuera aburrida, pero ¿acaso no es ése el precio de la paz?

El mundo que surgió a continuación, con el frenético intercambio de bienes, la desaparición del futuro preestablecido, la perenne movilidad, el trabajar por cuenta propia, la confusión de la vida profesional y la vida privada, el miedo a perder el trabajo, los viajes de casa a la oficina y de la oficina a casa, el deambular hasta del más sedentario de los hombres, hizo reaparecer el arte del fingimiento.

La competitividad exacerbada ha sido la responsable de desempolvar y dar nuevo brillo a la antigua armadura del cortesano que sabía controlar sus impulsos. Pues desde que el origen social de la persona ha dejado de ser garantía de nada, sólo alcanza el éxito el rápido de reflejos, el adaptable, el que puede cambiar continuamente de lugar, el que, ajeno a las dificultades, mantiene el autocontrol y hace frente al destino, que no cesa de ponerle piedras en el camino. El hombre actual comparte con el cortesano la conciencia del papel que interpreta. Cualquier programa de televisión, ya sea un debate político o un concurso de aspirantes a modelos, impone la farsa, la mascarada, la utilización estratégica del cuerpo. Y lo mismo ocurre en los edificios de oficinas: su jerarquía plana exige trucos y artimañas para encajar en el continuo movimiento de las invisibles relaciones de poder.

Así, hemos contado historias de aquellos que aspiran a triunfar en el trabajo y en el amor; hemos sabido de un arquitecto free lance, de un director editorial y su secretaria (la encantadora señora Sentmüller), también de las vicisitudes de la gerente de un instituto demoscópico y de un perfecto seductor, hemos hecho salir a escena a un agente inmobiliario y a un vinicultor de aspecto favorecedoramente robusto. Y a muchos otros que, mal que bien, han sabido defenderse en un entorno hostil, como la maquetista y su exnovio, el joven escritor de éxito. Quizá algún lector atento sea capaz aún de adivinar la última y sutil imbricación entre estos personajes.

¡Alto! No queremos terminar aún. Todavía queda una última historia, para no dejar la impresión de que con nuestro poema queda dicho todo:

¿Qué es la vida? Un campo minado.
¿Y el fingimiento? La condición necesaria para nuestra ascensión.
¿Y qué es el amor? El más bello de los engaños.

33

SEDUCIR

Desde luego, no es el trabajo perfecto. Al menos no para todo un arquitecto. Stephan Karst recoge dos tazas de café, limpia la mesa y, tras la barra, hace un par de habilidosos juegos malabares con las tazas. Luego las lava con cierta vehemencia. Se termina la música. ¿Es que tendrá que volver a poner a esa cantante francesa de cuyas canciones los clientes no parecen hartarse? Stephan no soporta su voz ronca. ¡Bah, qué más da!

¿El trabajo? Bueno, lo importante es que vuelve a entrar algo de dinero en la caja. Hace unos días, finalmente, se hartó de pasarse el día en la cama dando vueltas a pensamientos de lo más sombríos. Un día sintió en su interior una tímida chispa de ganas de vivir. Se levantó, observó en el espejo su rostro barbudo y concluyó que al menos su estado depresivo lo había hecho adelgazar bastante. Cuando miró a su alrededor, quedó estupefacto. El polvo se había acumulado en forma de feas bolas por toda la casa. El suelo estaba lleno de copas de vino, botellas de cerveza y DVD; en la cocina, la calefacción llevaba días funcionando sin motivo alguno a toda máquina; la luz del contestador parpadeaba nerviosamente, llevaba tiempo sin ser escuchado, aunque probablemente sólo le había dejado mensajes su madre. La ventana también se podría limpiar de vez en cuando, pensó Stephan, de pie en medio de la cocina. Dos pizzas habían empezado a enmohecerse, todo desprendía un hedor desagradablemente dulzón y en la basura revoloteaban agitados una gran cantidad de moscones.

Se hace difícil decir qué fue lo que finalmente lo empujó a poner fin a aquel

desorden infernal. Quizá sencillamente el hecho de rebasar determinado umbral de descuido a partir del cual, por decirlo así, nuestra resistencia se activa automáticamente.

Desde que dejaron de prolongarle el contrato en el despacho de arquitectura y lo había abandonado enfurecido, Stephan Karst había pasado mucho tiempo en la cama como anestesiado, en parte soñando en mejores tiempos pasados, en parte atormentado por la terrible vergüenza que sentía ante sus padres. Su madre había sido siempre la fuerza impulsora de su vida: a pesar de su origen humilde, lo había empujado con esfuerzo a que se presentara a la selectividad y estudiara una carrera, mediante amenazas lo había obligado a sacar las mejores notas, etc., etc. Tenía mucho que agradecerle. Stephan parecía no soportar el patético fracaso momentáneo de su carrera.

Por primera vez en muchos días, tras recoger la basura más visible del piso, Stephan Karst salió a la calle. Hacía un tiempo infernal, llovía; Stephan se abrochó apresuradamente el abrigo y empezó a deambular por el barrio. Se compró un cruasán relleno de salchicha con queso gratinado y, absorto en sus pensamientos, casi pasó de largo el pequeño letrero que colgaba en el cristal de un café: «Se busca camarero». Miró a través del cristal y distinguió a muchas mujeres entre los treinta y los cuarenta años, entre ellas algunas madres, que charlaban animadamente. Por algún motivo, le gustó. Quizá debía dejar apartada la arquitectura por un tiempo. Lo atrajo la idea de trabajar en el café y servir amablemente a las mujeres, que, quién sabe, quizá esperaban con ansia dar un vuelco a su vida.

Unos instantes más tarde hablaba ya con el propietario del local, un hombre con barba de dos días, algo más joven que él, que había abierto el café después de dejar la carrera y parecía muy feliz, hecho con el que Stephan se sintió muy identificado. De alguna manera, se podía decir que el hombre era un compañero de fatigas. Stephan podía empezar enseguida. Para celebrarlo, se bebió una cerveza con su nuevo jefe.

Y así llegamos al punto en el que Stephan se encontraba tras la barra del café, hecho que ocultaba a sus padres. La situación sería algo delicada el fin de semana siguiente, pues le tocaba trabajar y su madre había anunciado que vendría a la ciudad porque tenía una cita en un bufete de abogados para tratar un tema laboral (al padre de Stephan lo habían obligado a prejubilarse).

Con las manos en el fregadero, Stephan pensaba en el abogado de sus padres cuando la vio: una mujer sentada sola en una mesa junto al cristal. Tenía el

cabello corto y oscuro, y su cara le resultó familiar, como si fuera una actriz que hubiera visto hacía años en alguna película. Aquellos ojos grandes, aquel rostro…, ¿cómo describirlo? Quizá el adjetivo «clásico» era el adecuado; en cualquier caso, tenía unas facciones muy simétricas.

No había sido mala decisión coger aquel trabajo en el café, pensó Stephan, indudablemente le ayudaba a pensar en otras cosas. Además, le daba un aire de tipo desenvuelto. ¡Cuánta libertad! Otros seguían el camino marcado. Stephan Karst no. Otros se deslomaban hasta la muerte, hasta que los sorprendía el infarto de miocardio. Stephan Karst no. Todos se aburguesaban. Menos él. Mientras otros, sentados frente a sus ordenadores portátiles, sufrían contracturas en la espalda, a él las mujeres le lanzaban miradas de deseo. Sonrió complacido.

Por ejemplo, aquella mujer. Sí, los ojos de Stephan podían solazarse en ella, desde luego. No se acordaba de haberla visto entrar. Como a cámara lenta, le pareció, ella le devolvió la mirada y se la aguantó un buen rato, como si se conocieran de toda la vida. ¡Qué ínfimo y sutil cambio en las facciones hacía falta para pasar de la mayor seriedad a una sonrisa!, pensó Stephan, azorado. Efectivamente, le estaba sonriendo. Le vino a la cabeza una palabra pasada de moda: garbo. Ella se levantó; fueron unos pocos pasos, pero a Stephan le pareció que andaba como danzando. Se inclinó sobre la barra, calló por un momento y finalmente dijo con una voz indescriptiblemente lasciva:

—¿De verdad no se puede fumar aquí?

No, no se podía. De acuerdo con la legislación, el jefe de Stephan lo había prohibido terminantemente. Pero ¡en este caso…! En un santiamén, Stephan encontró los ceniceros, guardados en el último cajón, le alcanzó uno a ella y, esforzándose a su vez por resultar lascivo, dijo:

—Sólo porque eres tú.

En este punto, no podemos pasar por alto que aquel acto de desenvoltura le acarreó toda clase de problemas a Stephan Karst. Su jefe, Timo, apareció inesperadamente y, al ver a la mujer fumando junto al cristal, reaccionó…, cómo decirlo…, con estrépito. Otros clientes, sobre todo las madres (tremendamente alarmadas por sus hijos), ya se habían levantado y protestaban airadamente en la barra.

Pero lo que más nos concierne es un breve SMS que nuestra fumadora, nada más sentarse a su mesa con el cenicero, le escribió a una buena amiga. Contenía estas terribles palabras: «Estoy fumando en el café de las madres. Apuesta ganada».



ADAM SOBOCZYNSKI (Torun, Polonia, 1975). Adam Soboczynski es un joven escritor polaco. En 1981, cuando tenía seis años, su familia se traslada a la República Federal de Alemania. Después de cursar sus estudios en Bonn, Berkeley y St Andrews, se gradúa en Estudios Literarios y se doctora con una tesis sobre Heinrich von Kleist.

Su debut literario, *Tango polaco*, un libro de reportajes sobre Polonia, despertó gran interés. Su viaje representa el regreso a un país extranjero pero a la vez familiar. Sobre esta cuestión él mismo dice: «Durante mucho tiempo no quise saber nada del país de mi infancia, quería borrar mi acento polaco lo más rápidamente posible. La imagen de Polonia que tienen los alemanes ha estado siempre marcada por una simpatía arrogante, por un abrazo envenenado».

Es posible que el libro *El arte de no decir la verdad* tenga también algo que ver con esa «doble vida». Esta vez, sin embargo, Soboczynski combina su excelente capacidad de observación con sus conocimientos de épocas pasadas.

Tiempos brillantes. Casi una novela, su tercer libro, es, como indica el título, «casi una novela». Aquí ocupan de nuevo el primer plano el talento narrativo y la ironía característica de Soboczynski. El lector se encuentra con personas que renuncian a todo placer y se rinden —según palabras del autor— al suplicio de la

virtud. Su lema es «ni alcohol, ni carne, ni tabaco». Pero siempre que uno se inflige una autoflagelación de este tipo, debe preguntarse muy seriamente si el esfuerzo vale la pena. El libro es, en definitiva, un alegato por la alegría de vivir, ya que, según el autor, «hay que hacer siempre un balance entre la renuncia al bistec y la posibilidad de que se produzca un terremoto».

Soboczynski ha sido galardonado con el Premio Axel-Springer (2005) y el Premio Periodístico Polaco-Alemán (2005).